Nueva Revista

DE POLÍTICA, CULTURA Y ARTE

Nº 99 · MAYO-JUNIO 2005 · 7 €

EL CIERRE del SIGLO XX, OBRA de JUAN PABLO II

El pontificado del hombre Jan Kieniewicz

El Papa que no fue papable José Orlandis

El Papa Wojtyla, actor después de muerto Miguel Ángel Agea

ESPAÑA de CHIRINGUITO

ESPAÑA con FUNDAMENTO

INNOVACIÓN Y CONOCIMIENTO EN ESPAÑA, UN PROBLEMA CULTURAL CAROLINA CAÑIBANO Y RAFAEL RUBIO DE URQUÍA

LA INTEGRACIÓN SOCIAL DE LA INMIGRACIÓN ALMUDENA DE CECILIA

EUROPA-TURQUÍA: LA HORA DE LOS SOFISTAS ANTONIO SÁNCHEZ-GIJÓN

Shakespeare y el drama León Tolstói

00099

8 480020 354154

Nueva Revista

DE POLÍTICA, CULTURA Y ARTE

PRESIDENTE Y EDITOR Antonio Fontán

VICEPRESIDENTE Y COORDINADOR EDITORIAL Rafael Llano

CONSEJO EDITORIAL Sucre Alcalá, Carlos Aragonés, José M. de Areilza Carvajal, Manuel Barranco Mateos, José María Beneyto, Juan Bolás, Emilio Bonelli García-Morente, Francisco Cabrillo, Miguel Ángel Cortés Martín, José Manuel Cruz Valdovinos, Luis Alberto de Cuenca, José de la Cuesta Rute, Miguel Durán Pastor, Nazareth Echart, Luis Miguel Enciso Recio, Emilio Fernández-Galiano, Javier Fernández del Moral, José Mª Fluxá Ceva, Manuel Fontán del Junco, Antonio Fontán Meana, Eugenio Fontán Oñate, Gregorio Fraile Bartolomé, Javier Gomá Lanzón, Rafael Gómez López-Egea, José Luis González Quirós, Guillermo Gortázar, Miguel Ángel Gozalo, Miguel Herrero de Miñón, Jesús Huerta de Soto, José Vicente de Juan, Alfonso López Perona, Julio Martínez Mesanza, José Mª Michavila, Alberto Miguel Arruti, Alberto Míguez, José Antonio Millán Alba, Diego Mora-Figueroa, Arturo Moreno Garcerán, Eugenio Nasarre, Luis Núñez Ladevéze, Andrés Ollero Tassara, Julio Pascual, Alfredo Pérez de Armiñán, Rafael Puyol, Isidoro Rasines†, Dámaso Rico, Emilio del Río, Jaime Rodríguez-Arana, Rafael Rubio de Urquía, Antxón Sarasqueta, Ángel Sierra de Cózar, Jaime Siles, Marqués de Tamarón, Jesús Trillo-Figueroa, Ignacio Vicens y Hualde, Juan Pablo de Villanueva y Gustavo Villapalos.

SECRETARÍA EJECUTIVA Pilar Soldevilla Fragero

DISEÑO María José Subiela

DISEÑO CUBIERTA ESQUIROZ + PAGOLA

REDACCIÓN, ADMINISTRACIÓN Y PUBLICIDAD

NUEVA REVISTA DE POLÍTICA, CULTURA Y ARTE
Javier Ferrero, 2. 28002 Madrid.
Tel.: 91 519 97 56
Fax: 91 415 12 54
E-mail: nuevarevista@tst.es

www.nuevarevista.com

EDITA
Difusiones y Promociones
Editoriales, S.L. (DIPROEDISA, S.L.)

DISTRIBUCIÓN Comercial Atheneum, S.A.
Rufino González, 26.
28037 Madrid. Tel.: 91 754 20 62

IMPRIME Anzos, S. L., Fuenlabrada, Madrid

Copyright: NUEVA REVISTA

ISSN: 1130-0426 Depósito legal: M-1537-1990

SUSCRIPCIONES

NUEVA REVISTA Tel.: 91 519 97 56
CEMPRO Tel.: 91 447 27 00

España:
Un año, 36,06 euros; dos años 60,10 euros
(4% IVA incl.).
Resto de Europa:
Un año, 48,08 euros; dos años, 84,14 euros
Resto del mundo:
Un año, 72,12 euros; dos años 132,22 euros

Esta revista es miembro
de ARCE (Asociación de Revistas Culturales de España)
y de FIRC (Federación Iberoamericana de Revistas Culturales)

Sumario

Nº 99 MAYO-JUNIO 2005

LA CASA NUESTRA

CUARENTA PERFILES MÁS UNO LOS DIÁLOGOS DE AZNAR ANTONIO FONTÁN **2**
TRAS UN AÑO DE GOBIERNO METAFÍSICO SERVICIO, QUE OBSERVARÍA ROCINANTE PABLO HISPÁN **9**
SOBRE LA ACTUAL ESTRUCTURA PRODUCTIVA INNOVACIÓN Y CONOCIMIENTO EN ESPAÑA, UN PROBLEMA CULTURAL. CONVERSACIÓN CON CAROLINA CAÑIBANO Y RAFAEL RUBIO DE URQUÍA ENRIQUE MORALES Y RAFAEL LLANO **14**
LO QUE NO CONSEGUIRÁ UN REGLAMENTO IMPROVISADO LA INTEGRACIÓN SOCIAL DE LA INMIGRACIÓN ALMUDENA DE CECILIA **45**
LA COMISIÓN DE LA UE NEGOCIA CON ANKARA EUROPA-TURQUÍA: LA HORA DE LOS SOFISTAS ANTONIO SÁNCHEZ-GIJÓN **50**

EL CIERRE DEL SIGLO XX: OBRA DE JUAN PABLO II

ENRAIZADO EN UN PAÍS LEJANO EL PONTIFICADO DEL HOMBRE JAN KIENIEWICZ **69**
UN PAPA QUE NO FUE PAPABLE JUAN PABLO II EN LA HISTORIA DE LA IGLESIA UNIVERSAL JOSÉ ORLANDIS **82**
EN COMPLICIDAD CON LOS MEDIOS DE COMUNICACIÓN EL PAPA WOJTYLA, ACTOR DESPUÉS DE MUERTO MIGUEL ÁNGEL AGEA **91**
EL QUE BUSCA COOPERAR CON LA VERDAD DE JOSEPH RATZINGER A BENEDICTO XVI AURELIO FERNÁNDEZ **105**

INÉDITO SIN CAUSA

UNA LECTURA (MUY) CRÍTICA SHAKESPEARE Y EL DRAMA LEÓN TOLSTÓI **122**

CUARENTA PERFILES MÁS UNO

Los diálogos de Aznar

ANTONIO FONTÁN EDITOR DE *NUEVA REVISTA*

Bajo la forma de una serie de estampas de estadistas y otras personalidades de análoga significación de los diversos países del mundo que ha tratado en sus años de presidente del Gobierno, y de algunos acontecimientos vividos por él en ese tiempo, José María Aznar acaba de publicar un libro en el que, entre otras cosas, manifiesta con hechos y palabras los principios ideológicos y políticos que han guiado sus actuaciones públicas desde que en 1982 fue elegido diputado al Congreso por Ávila, primero de Alianza Popular y luego del PP. Estos *Perfiles y retratos* de Aznar son un «libro político», incluso de «filosofía política», y no unos fragmentos de memorias que estarían más cerca de la autobiografía que de la historia. En sus casi cuatrocientas páginas se explica mucho de lo que el presidente Aznar ha hecho en el gobierno de España y por qué lo ha hecho. Todo lo cual se expone no con declaraciones teóricas o exposiciones doctrinales, sino refiriendo decisiones, realidades y actitudes.

Hace casi cinco siglos, el humanista valenciano Luis Vives escribió para el joven príncipe Fernando, hermano de Carlos V y futuro sucesor suyo en el Imperio, un conjunto de declamaciones o discursos sobre situaciones planteadas en la República romana. Afirmaba Vives que ese libro suyo no era una colección de ensayos retóricos, sino una obra de filosofía política, complementaria de los sabios tratados de otros autores. Con él enviaba al príncipe «una obra útil para la administración

de un Estado en las variadas circunstancias de la vida pública», porque en ella se contenían ejemplos y casos prácticos que confirmaban la doctrina y estimulaban su aplicación a las realidades de la vida. En un sentido análogo el libro de Aznar es un libro «político» e incluso de «filosofía política». También es, desde el punto de vista literario, un libro de «diálogos».

La mayor parte de sus cuarenta y un capítulos están dedicados a personalidades políticas del mundo con las que el autor ha mantenido una relación directa y fluida, aunque en algún caso resultara tan áspera y difícil como en sus conversaciones con Fidel Castro. La lista de los interlocutores de Aznar, entre los jefes de Estado y de gobierno que aparecen en el libro, está cuajada de nombres que en estos años últimos han llenado —y llenan— titulares de periódicos: Bill Clinton, Jacques Chirac, Putin, Rabin, Georges W. Bush, Havel, Carlos Menem, Álvaro Uribe, Ernesto Zedillo, el ya mencionado Castro, Adolfo Suárez, Thatcher, Kohl, Berlusconi, Lionel Jospìn, Antonio Guterres, Durao Barroso, Tony Blair. A ellos se unen los islámicos Hasán II, Gadafi y Jatami, más los hispanos Fraga y Pujol y los más próximos parientes del autor, los dos ilustres periodistas Manuel Aznar, abuelo y padre, y Ana Botella, junto a los siempre llorados y entrañables Gregorio Ordóñez y Miguel Ángel Blanco, compañeros de partido del autor, víctimas del terrorismo de ETA.

Con especial atención y respeto ha consagrado Aznar uno de los más cuidados capítulos del libro al papa Juan Pablo II, relatando conversaciones mantenidas con él en el Vaticano y en España, principalmente con ocasión de las impresionantes jornadas del pontífice en Madrid, a principios de mayo del 2003, con las grandes aglomeraciones de la tarde de Cuatro Vientos y la mañana de la plaza de Colón.

Por último, hay también unos capítulos sobre ilustres amigos personales del autor, que han sido, o son, figuras destacadas de las letras y las artes como Cela, Vargas Llosa y Chillida; o los muy diferentes en género y estilo Plácido Domingo y Julio Iglesias, cuya alineación sucesiva, de uno tras otro, prueba la versatilidad de las aficiones musicales del autor. Alfredo di Stefano, el veterano futbolista, español de adopción e ídolo

juvenil de su fidelidad «madridista», está incluido por Aznar en ese tropel final de personajes ajenos a la política que cierra el volumen.

Hay igualmente otras secciones en torno a determinados acontecimientos, decisivos para Europa y el mundo, o para España y para el autor, que él vivió en su camino a la presidencia del Gobierno, o durante ésta y a su término tras las elecciones de marzo del pasado año. Son los que se titulan «9 de noviembre de 1989» (la caída del muro de Berlín), «19 de abril de 1995» (el día en que sufrió el atentado de ETA), «Despacho de la Moncloa» (su presidencia), «la Cumbre de las Azores», «Génova 13» (su adiós a la presidencia del PP), y «11 de marzo de 2004» (el terrible atentado de los casi doscientos muertos de los trenes).

El libro de Aznar es un libro «político» e incluso de «filosofía política». También es, desde el punto de vista literario, un libro de «diálogos».

No faltan en el libro algunas revelaciones importantes que, o se han dicho aquí por primera vez o no recuerdo yo haber leído en otro sitio. Una de ellas tiene como protagonista a Fidel Castro. En una visita a la Moncloa hablaron Aznar y él del embargo norteamericano. Aznar cuenta que le dijo que si estuviera en sus manos levantaría el embargo cuanto antes: «Mañana mismo o al cabo de muy poco tiempo y acababa con el régimen en tres meses». «Castro me contestó —añade Aznar— literalmente que él necesitaba el embargo para esta generación y la siguiente» (pág. 260).

También con Putin ocurrió una anécdota sabrosa y de cierto alcance político. En la reunión que mantuvieron los dos presidentes en la Moncloa, cuando el de Rusia vino a Madrid, Aznar empezó diciéndole que los servicios de la presidencia le habían informado de que Putin era un hombre frío, serio, que rara vez se reía, pero con el que se podía llegar a acuerdos. Putin, entonces, echó mano al bolsillo de la chaqueta, sacó un papel «y me lo dio a leer. Le pedí que lo tradujera, porque, como es natural, estaba en ruso». Venía a decir que los servicios rusos habían dicho a su presidente que «Aznar es un hombre frío, serio, que

no se reía fácilmente, pero con el que es posible llegar a un acuerdo». «El hielo, concluye Aznar, estaba roto» (pág. 176).

Otra historia de las que me han llamado la atención tiene que ver con el Papa. En la tarde de su llegada a Madrid en mayo del 2003, Juan Pablo II le dijo a Aznar «que ahora en España se le quería menos que durante la visita que hizo en 1982». El Papa recordaba el acto de aquel año con los jóvenes en el Bernabéu. Pero, escribe Aznar, «me atreví a llevarle la contraria e incluso a decirle que Su Santidad estaba equivocado». El razonamiento, continúa Aznar, era bien sencillo. Él había estado en el Bernabéu y sabía que allí cabían cien mil personas, y esa misma tarde de la audiencia en la Nunciatura, el Sumo Pontífice iba a celebrar un acto con los jóvenes en unos espacios en que podían asistir hasta medio millón de personas. «No sé, mañana se lo diré», replicó el pontífice. Al día siguiente, 4 de mayo, en la plaza de Colón se llegó a Aznar un eclesiástico del séquito del Papa que, con referencia a la conversación de la víspera, «me dijo, de parte de Su Santidad, que yo tenía razón» (pags. 89-90).

Pero el libro de Aznar no es una mera galería de ilustres contemporáneos y una ensalada de anécdotas sabrosas y hechos menores poco o mal conocidos. Es, decía yo, un libro político e ideológico, en el que el autor no sólo cuenta historias que ha vivido sino que expone, refiriendo hechos, recordando palabras y explicando actitudes, la política que él ha llevado a cabo al frente del gobierno, los principios en que se asienta y su visión de lo que es y debe ser España y su lugar en Europa y en el mundo.

Hace falta estar ciego o negar la evidencia para no reconocer que, al término de los dos mandatos de Aznar, España estaba por dentro y por fuera bastante mejor que en 1996 y eso es el fruto de una buena gestión que se sustenta en algunas ideas claras. Los gobiernos españoles de estos años, por ejemplo, han dirigido una política económica liberal moderna que ha permitido un desarrollo equilibrado de la vida social, rebajando el desempleo y internacionalizando la vida económica nacional con las inversiones exteriores y la presencia española fuera. Y, en general, se ha mantenido la paz social y el juego constitucional de la política con pleno respeto de las libertades públicas y privadas de todo orden.

Aznar ha demostrado que cree en la vigencia de los Estados nacionales en el seno de la Unión Europea, igual que Blair y Berlusconi, sin que hayan de someterse a las hegemonías «carolingias». Igualmente piensa en la necesidad del mantenimiento y refuerzo del vínculo atlántico, que para España es además una vocación y un compromiso con su propia historia. Esa política subrayaba la conveniencia de una estrecha colaboración técnica y económica con nuestros vecinos del sur (léase Marruecos) sin aceptar ni siquiera la conversación sobre las ciudades españolas del norte de África. (Véase el capítulo «Hasan II»). Igualmente, para Aznar han sido y son de interés español las buenas relaciones con otros países musulmanes como prueban los capítulos de Gadafi y Jatami, pese a las profundas diferencias políticas, sociales y humanas entre ellos y nosotros.

Hace falta estar ciego o negar la evidencia para no reconocer que, al término de los dos mandatos de Aznar, España estaba por dentro y por fuera bastante mejor que en 1996; y eso es el fruto de una buena gestión, que se sustenta en algunas ideas claras.

Aznar es un demócrata y un liberal en economía y política, solidario con los métodos y los frutos de la transición política española de hace veinticinco años y con la Constitución de 1978. Su esfuerzo por ampliar hacia el centro las bases electorales y políticas del Partido Popular, sin destruir la antigua AP, responde a una profunda convicción. Igual que estimando la personalidad política de Jordi Pujol mantuvo con éste y con su partido una posición clara, queriendo incorporarlos al gobierno de España para reanudar la tradición integradora presente en las mejores cabezas del nacionalismo catalán (págs. 76-77).

Con ese mismo espíritu de sumar política e historia ha trabajado con constancia y energía promoviendo que en el Tratado Constitucional se reconocieran —o más bien se proclamaran— las raíces cristianas de la cultura y de la sociedad europeas, en lo cual apoyaban su postura los

primeros ministros de Austria, Holanda, Italia, Luxemburgo, Polonia y Portugal, mientras que no se hubieran opuesto otros más, aunque al final acabara triunfando el veto francés representado por los dos últimos presidentes derechistas de la nación gala del último tercio de siglo, Giscard y Chirac, que fueron los más jacobinos y laicistas de la Convención y del Consejo.

En esa misma postura política e ideológica se encuentra el episodio de la famosa «Carta de los Ocho» en defensa y promoción de los valores atlánticos de la que fue redactor y gestor Aznar, y cuya aceptación y suscripción por Havel habría de dar lugar a una descortés e intempestiva reacción de Chirac (pág. 124) que no tenía precedentes, ni afortunadamente seguimiento, en las reuniones del Consejo Europeo. El presidente francés vino a decir que los checos eran nuevos en el club y que allí para hablar había que pedir permiso a los mayores.

Pero el libro de Aznar es también una apreciable obra literaria. No porque el autor sea un brillante narrador profesional o un maestro del idioma, aunque en estos aspectos sea un escritor estimable, sino, sobre todo, porque resulta un escrito de un género literario infrecuente en la pluma de un político. No cae en narcisismos ni autocomplacencias, ni en un proceso de justificación de todo lo que el autor ha hecho en el regimiento de España, o de condenación de sus connacionales que le son contrarios, como éstos vienen haciendo durante más de un año ya sin darse un momento de reposo. Tampoco son unas memorias aunque en ellas se cuenten cosas importantes y otras de manifiesto interés, de que el autor ha sido testigo o gestor en su ya larga vida política.

Más que una serie de capítulos o episodios sin relación entre sí, el libro viene a ser una serie bastante coherente y equilibrada de «diálogos» narrativos en estilo indirecto —que dirían los gramáticos—, o en tercera persona, en los que el autor habla con sus interlocutores teniendo él como asunto principal, siempre vivo, se la mencione o no, a España, su vocación y su destino, sus intereses y su esfuerzo por ganarse el lugar que le corresponde y al que debe aspirar en los asuntos del mundo.

En sus cuarenta y un capítulos Aznar habla con sus interlocutores y con el contexto histórico y político del mundo en que le ha tocado

vivir y administrar su patria. En todas sus páginas hay un diálogo de consensos y discrepancias entre el autor y el interlocutor que da título a la correspondiente sección. Aznar escucha y hace por comprender las razones y la posición del otro, pero sin dejar de manifestar y defender las suyas, sean convergentes o discrepantes. Todo ello con firmeza, cortesía y algunos rasgos de humor, sin ofender a los de enfrente. Quizá el personaje que resulte peor parado es Castro, pero no porque Aznar le ataque, ni pelee con él, ni casi le discuta, sino por sus hechos y sus palabras, más por la penosa impresión que al presidente español le causó la situación de Cuba cuando visitó la isla. Los más apreciados y en algunos aspectos admirados son Juan Pablo II, Havel, Blair, Berlusconi y Bush.

Aznar es un demócrata y un liberal en economía y política, solidario con los métodos y los frutos de la transición política española de hace veinticinco años y con la Constitución de 1978.

Yo no sé si este libro es el mejor de los de Aznar o no. Pero no dudo en afirmar que es un libro interesante y ameno, que está bien construido y que es una obra de historia y también de pensamiento. Su lectura ofrece experiencias y enseñanzas para esa tarea de quienes dedican años de su vida a trabajar en la dirección de los Estados. ANTONIO FONTÁN

TRAS UN AÑO DE GOBIERNO

Metafísico servicio, que observaría Rocinante

PABLO HISPÁN DOCTOR EN HISTORIA

Cumplido el primer año de Gobierno no han faltado las ocasiones para hacer balance de la gestión de Rodríguez Zapatero. Realmente no ha sido un año tranquilo. Una gestión tumultuosa y tres citas electorales (europeas, referéndum y vascas) han hecho de estos doce últimos meses un período de sobresaltos y crispación.

POLÍTICA EXTERIOR Desde su primera decisión, que fue la de retirar las tropas de Irak, Zapatero se ha propuesto que España desande el camino recorrido desde 1996. Ante la posibilidad, confirmada luego, en el mes de junio, de que finalmente en el Consejo de Seguridad se produjese un acuerdo en Naciones Unidas para la estabilización de Irak y los hechos le ataran las manos, Zapatero optó por romper la baraja. Como recordaba además lo que supuso la OTAN en 1982 para la izquierda española, cuando Felipe González se vio vinculado por la decisión tomada por el Gobierno de la UCD de entrar en la Alianza, el nuevo presidente del Gobierno decidió la salida inmediata de Irak.

La ruptura política con la Administración Bush no se produjo por esta decisión de salir de Irak, sino más bien por el modo de hacerlo. Al entrevistarse en el Pentágono, Bono había prometido a Rumsfeld que la salida sería gradual. Los planes de Zapatero eran inmediatos y sin negociación posible. Quería evitar a toda cosa verse enredado por la situación, ya fuese por presiones de Estados Unidos, ya por la posible

muerte de algún soldado español, que transformase la salida de España de Irak en una huida.

La retirada de las tropas y la ruptura de las relaciones políticas con Estados Unidos destruyó la arquitectura en materia de seguridad, construida por la Administración Aznar como consecuencia de la crisis de Perejil. La única salida para Zapatero era apaciguar a Marruecos. Por ello, no ha dudado en sacrificar la tradicional posición española de equidistancia en la región, en abandonar el Plan Baker y optar por Rabat frente a los saharauis y argelinos.

Esta decisión condicionó también la nueva situación de España en la Unión Europea. España ya no podía liderar un grupo emergente de países, que veían que la UE no debía ser un instrumento al *Diktat* del eje París-Berlín. El este de Europa, que Aznar vio como aliado natural de España, especialmente en el caso de Polonia, pasaba ahora a un muy segundo plano. Zapatero abandonaba el vértigo de una España que jugaba con voz propia y volvía a la seguridad de la sombra francoalemana, más manejable para un presidente exclusivamente pendiente de su consolidación interna y su reelección futura. Los riesgos y las carencias de esa política se están viendo en la negociación del Presupuesto de la UE, donde España se ha quedado sola.

También la posición de España en Latinoamérica se ha visto alterada. De la cooperación con Estados Unidos para consolidar la democracia se ha pasado a confiarse a los liderazgos de la región, con el coste político en términos de credibilidad internacional que acarrea mantener un diálogo con el régimen castrista o con figuras como Chávez.

DENTRO, DEBATE TERRITORIAL

Ese papel menguante en la escena internacional y la retirada a un segundo plano de tablero, se han visto acentuadas por la inseguridad que trae abrir un debate como el territorial, que pone en cuestión la personalidad del país.

Ya sea por la influencia de los cantos de sirena de los nuevos intelectuales orgánicos que hacen del nacionalismo un elemento renovador al que debe incorporarse el socialismo, ya sea por la precariedad

parlamentaria, Zapatero ha hecho de la revisión del modelo territorial uno de los ejes de su legislatura.

CATALUÑA Y EL GALLINERO Su apuesta política ha sido hasta el momento Cataluña. El modelo catalán se ha puesto explícitamente como ejemplo frente al reto de Ibarretxe. Todavía es una incógnita cómo va a terminar el experimento de revisión del Estatuto. La crisis del 3% ha hecho más costoso políticamente el pacto con CiU. Es una incógnita si Esquerra Republicana se va a decantar por la moderación y el realismo o va a preferir una apuesta rupturista que haga imposible la aceptación del Estatuto en Madrid y empuje al fin de la legislatura en Cataluña y haga temblar las Cortes en Madrid.

La posible revisión del modelo de financiación está causando un gran desgaste interno en el Gobierno por las diferencias entre Montilla y Sevilla, y en el propio PSOE con las posiciones de Maragall frente a los Ibarra, Areces o Chaves.

Al mismo tiempo, el debate en torno al concepto de nación está demostrando que Zapatero se ha subido en un caballo que no controla y que no se sabe si va a ser capaz de detener, porque la modificación del artículo 2 de la Constitución ni estaba en sus planes ni está entre sus posibilidades.

CAZANDO CON PÓLVORA DEL REY Si en Cataluña el experimento no le termina de salir a Zapatero y presenta muchas dudas, en Euskadi la situación es más complicada. El presidente ha optado por el juego temerario de permitir la presencia de Batasuna en el escenario como EHAK, con el doble objetivo de desgastar a Ibarretxe y de guardarse una baza para una posible negociación con ETA.

El efecto Zapatero se ha limitado a hacer que el PSE sobrepase al PP, pero sin que varíe el escenario de modo sustancial. El PNV ha salido debilitado de la confrontación pero parece improbable que no pueda formar Gobierno. Además, los guiños insurreccionales de su plan, como lo referente a la convocatoria de un referéndum, son muy del gusto del

mundo Batasuna, por lo que no parece muy necesario que tenga que guardarlo de modo inminente y sí, en cambio, lo puede seguir manteniendo como baza.

Zapatero, por tanto, está a expensas del debate en el seno de PNV-EA. Si se impone la tesis moderada, puede haber un escenario que reedite una situación semejante a la de finales de los ochenta y los noventa, de colaboración con el PSE. Si Ibarretxe decide seguir adelante, y puede hacerlo pactando con EHAK, el escenario se le va a envenenar a Zapatero con un gran coste político.

La revisión de los Estatutos, que también se está dando en Aragón, Andalucía, Valencia, Canarias y Madrid, no parece que vaya a tener mayor repercusión que la mera sensación de que el modelo territorial en sí está en debate.

La visión de España del presidente, como una suma de partes independientes, le ha hecho rechazar proyectos como el Plan Hidrológico Nacional o algunos aspectos de las leyes de educativas que pretendían articular el conjunto del Estado.

A cambio, ha preferido abrir un debate sobre la configuración del Estado con el riesgo de que o bien no pueda cerrarlo, o bien que el resultado sea, en palabras del ministro de Administraciones Públicas, Jordi Sevilla, un «Frankenstein».

El modelo económico apenas ha sufrido variaciones, aunque ha sustituido la estabilidad económica por una etérea estabilidad en el ciclo, lo que puede acarrear consecuencias negativas si no se hacen las reformas necesarias. Es en la política de vivienda donde el fracaso está siendo más evidente.

De mucho más calado ideológico es la reforma educativa presentada. La educación se ve como una competencia del Estado —autonomía— y en el que el papel de la escuela concertada y privada se observa con sospecha y se recorta su autonomía. Es un proyecto de alto contenido ideológico y en el que la sociedad se juega mucho, aunque aún esté en su fase parlamentaria.

Como viene ocurriendo desde tiempos de Jules Ferry, es en la educación donde los distintos modelos de sociedad se cristalizan. Por esa

razón Zapatero, en su afán de cambiar la configuración de la sociedad, ha presentado este proyecto —LOE—. La reducción de las humanidades, el arrinconamiento de la asignatura de religión y la promoción de un falso igualitarismo son los ejes sobre los que gira ese proyecto.

LOS CAMBIOS SOCIALES El mismo sesgo ideológico se ve en lo que denomina como nuevos derechos de ciudadanía, en los que se equipara las uniones homosexuales con el matrimonio. Todo ello con un doble objetivo. Por un lado, buscar un cambio social y por otro, tratar de radicalizar y enfeudar a la oposición en posturas numantinas.

El socialismo —republicanismo—, por tanto, renunciaría al cambio social a través del cambio de la estructura económica como habían propugnado los clásicos y pasaría a buscar el cambio a través de un nuevo sistema de actitudes y referencias morales.

CRÉDITO MENGUANTE Después de un año de gobierno, el CIS le da a Zapatero 18 puntos menos en la valoración de los ciudadanos. La discusión del modelo territorial está causando una gran inquietud entre los ciudadanos, los *derechos de ciudadanía* han encontrado oposición social e incluso serios reparos en instituciones apartidistas como el Consejo de Estado y el Consejo General del Poder Judicial y están por ver todavía las reacciones a la reforma educativa. Presentar como bagaje de un año de gobierno la retirada de las tropas de Irak resulta muy pobre. La oposición ha aguantado bien, en un año muy duro, el cambio de papeles. Eso sí, a la espera de lo que ocurra en junio en Galicia.

El futuro del Gobierno va a depender de cómo se resuelva la negociación del Estatuto catalán. Mientras que el apoyo de ERC no le falle, Zapatero no va a tener problemas. Sólo si finalmente el tripartito catalán colapsa en alguna de sus periódicas crisis, la situación puede dar un vuelco. Para ello, Zapatero se ha reservado la carta de la disolución de las Cortes, necesaria para cualquier modificación de la Constitución. Mientras, la sociedad sigue teniendo la voz y la palabra. ⇐ PABLO HISPÁN

Innovación y conocimiento en España, un problema cultural

ENRIQUE MORALES JEFE DE SECCIÓN DE ECONOMÍA Y POLÍTICA DEL DIARIO *LA GACETA DE LOS NEGOCIOS* Y **RAFAEL LLANO** COORDINADOR EDITORIAL DE *NUEVA REVISTA*

La escasa productividad de los trabajadores, ligada a la baja cualificación, resulta un freno para que las empresas españolas sean competitivas. Esta situación tiene su origen en la falta de arrojo político para legislar en la dirección adecuada, pero sobre todo en la mínima calidad de la enseñanza, la prácticamente nula presencia de la formación profesional y en unos hábitos culturales que han convertido a los emprendedores prácticamente en una especie en extinción. El catedrático de Teoría Económica **Rafael Rubio de Urquía** y la profesora de Economía Aplicada **Carolina Cañibano** detallan para *Nueva Revista* las causas de esta grave situación; las posibles soluciones, en varias direcciones; y las graves consecuencias para la sociedad si no se aplican medidas en el corto plazo.

ENRIQUE MORALES · La falta de productividad y el escaso interés emprendedor de los españoles tienen diversas causas, que son económicas, políticas y educativas. Para empezar a centrar el tema, ¿cuáles son los problemas que, a vuestro juicio, tiene planteado España en relación a la productividad de nuestros sistema económico?

RAFAEL RUBIO DE URQUÍA · El estado de la productividad tiene relación con el tema principal de esta conversación. Junto a productividad

hay otros temas conexos, como la creación de empleo, tasa de crecimiento, etc. Pero aunque todos ellos tienen relación con el tema principal de nuestra conversación son temas distintos de éste. No obstante diré algo acerca de productividad.

Se ha hecho alusión a la estructura del mercado laboral español y a deficiencias en nuestros sistemas de enseñanza. La rigidez relativa del mercado laboral español es *una* de las causas de nuestra situación. Conviene recordar, sin embargo, que no es cierto que la rigidez del mercado laboral sea, en todo caso y para cualquier configuración institucional y cultural, un factor negativo para el crecimiento económico. En España, por ejemplo, los índices de crecimiento real más altos del siglo pasado se dieron con una estructura del mercado de trabajo mucho más rígida que la actual.

Ahora bien, el tema de las deficiencias en nuestro sistema de enseñanza, en relación con el estado de la productividad actual, tiene ya más relación que el anterior con la cuestión principal. Aquí hay que distinguir. Si hablamos de educación formal, de horas impartidas en cursos, cursillos, programas reglados, etc., España no presenta malas estadísticas. Tenemos estudios de todo tipo, con una excepción muy importante a la que luego me referiré. Pero, no obstante esas buenas estadísticas formales, es preciso preguntarse si esa formación que se imparte es buena. Porque si los resultados son tan malos, es preciso admitir que el sistema en su conjunto, empezando por la enseñanza básica obligatoria, debe ser sometido a revisión radical.

La excepción a la que me refería es la formación profesional. Por ejemplo, cualquier persona que tenga una mínima relación con la construcción sabe bien que no existe un sistema eficaz y suficiente en nuestro país para formar albañiles, carpinteros, etc. Todo eso se ha dejado realmente de lado. La antigua formación de oficios se sustituyó por una suerte de enseñanza paralela al bachillerato, que en general ha sido un fracaso.

Junto a la instrucción formal, sobre la que volveremos, hay otros factores que inciden en la productividad. Muy en particular debe destacarse la ausencia de una cultura del esfuerzo y del trabajo bien hecho. Como en

otros países, en España se puede hablar de una decadencia clarísima en ese sentido: trabajos que antes se hacían muy eficientemente hoy se hacen de modo negligente en todos los niveles. Sin duda se ha producido, en muchísimos casos, una alteración grave del sentido que se otorga al trabajo.

Ahora bien, además de las cosas de las que tratan las estadísticas, hay otras que éstas ignoran y sobre las que, dada su importancia, me parece deberíamos centrarnos. Me refiero sobre todo a las relaciones que existen entre la estructura de nuestra actividad económica y los diseños estratégicos que la generan y gobiernan. ¿En qué consisten los proyectos a medio y largo plazo de los actores económicos? Esta es una pregunta inmediatamente relacionada con la innovación, la educación y los objetivos estratégicos empresariales y familiares; constituye, me parece, el núcleo del tema principal de nuestra conversación.

Cañibano: «El dato peculiar y significativo de los resultados educativos en España es que en nuestro país se da una polarización muy marcada».

CAROLINA CAÑIBANO · Yo añadiría un comentario acerca de la falta de educación. Aquí nos enfrentamos, efectivamente, con datos de tipo cuantitativo y con otros de tipo cualitativo. ¿Qué nos dicen los primeros sobre las deficiencias en educación, a la que usted se refería? El dato peculiar y significativo de los resultados educativos en España es que en nuestro país se da una polarización muy marcada. Por una parte, tenemos mucha gente con un nivel educativo bajo: casi un 60% de la población activa no termina la educación secundaria; y luego, una proporción de gente con nivel educativo universitario, equiparable a la de los países más avanzados de la OCDE, de la UE. ¿Dónde nos falta gente en comparación con el resto de los países? En los niveles educativos medios. Ahí estaría el problema de la formación profesional, clarísimamente; y el de la gente que ni siquiera termina la educación secundaria. Muchos españoles se apean muy pronto del sistema educativo, y eso es algo que en los discursos políticos —el reiterado «fracaso escolar», por ejemplo—se cita con mucha frecuencia.

El Manifiesto de Telefónica

Lo primero son las personas
Lo primero es la comunicación
Lo primero es la educación
Lo primero es la innovación
Lo primero es acortar distancias
Lo primero es hacerte la vida más fácil
Lo primero es llegar a todas partes
Lo primero es eliminar barreras
Lo primero es tu calidad de vida
Lo primero es evolucionar
Lo primero es la fiabilidad
Lo primero es la rapidez
Lo primero es dar respuestas
Lo primero es estar a tu lado

Lo primero para nosotros
es lo mismo que para ti.

Lo primero eres tú

· Jordi · Alicia · Walter · Felipe · Nadia · Camilo · Carina · Gonzalo · Miriam · Inés · Rafael · Gloria · Pablo · Paola · Ramiro · Camila · Matías · Ana María · Manuel · Paco · Zuleima · Martí · Diego · Martina · Elisa · Pedro · Carlos · Oscar · Sara · Isaac · Daniela · Laura · David · Susana · Emiliano · Chema · Marc · Ramón · Julián · Salvador · Juan · Montse · Renato · Paloma · Cristina · Jorge · Iván · María · Vicente · Marisa ·

www.telefonica.es

Telefónica

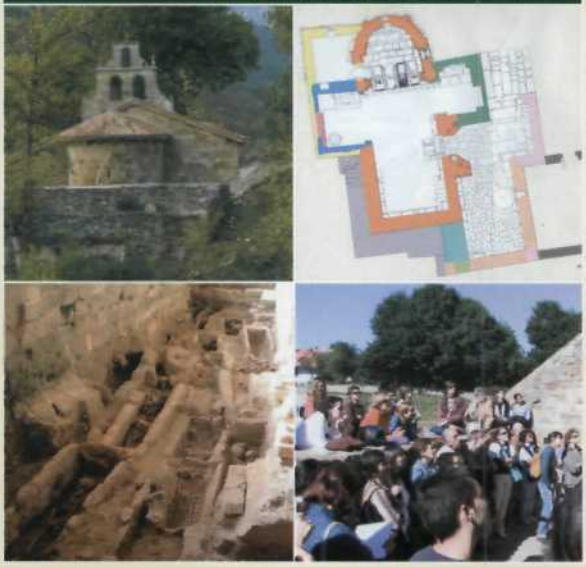
Programa de Conservación del

Patrimonio Histórico Español

La Fundación Caja Madrid dedica una parte principal de su actividad y recursos a la **conservación del Patrimonio Histórico**. Este programa ha destinado hasta 2003 **más de 96 millones de euros**.

Las actuaciones en este ámbito se dirigen principalmente a la restauración de monumentos promoviendo un **método basado en el rigor científico de la intervención** y en el respeto por los valores históricos y documentales del patrimonio.

Plan de conservación y restauración de iglesias románicas y entornos rurales. Cantabria. 2000-2005



Plaza San Martín, 1. 28013 MADRID
ppatrimonio@cajamadrid.es
www.fundacioncajamadrid.es

FUNDACIÓN

Si relacionamos esto con la estructura de la actividad económica, en lo que redunda esta polarización educativa es en la infracualificación de mucha gente, por un lado; y en la sobrecualificación de otros muchos para las tareas que están desempeñando en el mercado laboral, con las repercusiones que eso tiene en términos de insatisfacción, improductividad, obstáculos a la difusión del conocimiento, etc.

Yo precisaría que la «falta de educación» se refiere a la de la población activa que no alcanza un nivel educativo medio. Muchas veces, la constatación de la polarización educativa conlleva conclusiones del tipo: «En España sobran universitarios», pero el problema es más complejo. Yo sí me atrevería a decir, en cambio, que faltan trabajadores con estudios medios.

En relación a los factores cualitativos, cabe señalar en primer lugar que la distribución porcentual por áreas de conocimiento de los titulados universitarios españoles es equiparable a la de otros muchos países, como los Estados Unidos, por ejemplo: la proporción de ingenieros es muy parecida, la de biólogos, físicos, economistas, etc., también. En términos de oferta y demanda, no sé si nos faltan o nos sobran abogados, o ingenieros, etc., como se comenta con frecuencia; pero en comparación con las estadísticas internacionales, nuestro sistema produce la misma proporción de informáticos o de otros profesionales de alto nivel de cualificación que otros muchos países.

Fuera de estas comparaciones, el resto de los datos nos dicen muy poco en relación con la calidad. Lo que revelan algunas encuestas recientes dirigidas a empresarios españoles es que ellos no se sienten insatisfechos, en general, con el nivel de conocimientos del personal cualificado que contratan, porque el nivel de un profesional español no les parece peor que el de uno francés, o alemán, etc. Estos son datos que no se pueden generalizar, pero tal vez sí que apunten que los principales fallos del sistema educativo se producen en los niveles inferiores, de educación primaria y secundaria. Esto queda corroborado por estudios recientes de la OCDE, que sitúan a nuestro país claramente a la cola de esta organización. Según el último informe del programa PISA, nuestros alumnos de secundaria presentan menos conocimientos y habilidades en matemáticas y lengua, por ejemplo, que en otros muchos países.

RAFAEL LLANO · Por abordar esta cuestión primero desde un punto de vista histórico, me gustaría introducir el tema de la industrialización de nuestro país, y de su influencia en la cualificación profesional sobre todo en los niveles superiores. Porque en España, según entiendo, hay sectores profesionales que sí han incorporado todo el conocimiento líder en su ámbito de actuación, como pueden ser el de la banca o el de la abogacía, que los vemos participando en la competencia internacional con peso y estilos propios. Y si esto nos confirma que algunos españoles no han perdido el paso de la marcha de su profesión a escala mundial, de muy pocos otros sectores, sin embargo, se podría decir lo mismo, y desde luego no del industrial. Podríamos pensar, por tanto, que a nuestro sistema le falta aquello que la industria ha incorporado a la estructura económica de otros países desarrollados, a lo largo de los dos últimos siglos. Y si esto puede ser válido como observación histórica para España en su conjunto (no válido en particular para el País Vasco y Cataluña), en nuestros días la industria del turismo, por ejemplo, que es la más importante a nivel nacional, es una industria *sui generis*, porque no incorpora conocimiento. ¿Podríamos considerar esta ausencia crónica de una industria fuerte en España, como una de las causas explicativas de la situación actual?

Rubio de U.: «Es común considerar que el empresario tiene que tener como objetivo primario ganar dinero, sin ulterior precisión. Esto es un absurdo, teórico y práctico. Se puede ganar dinero de muchas maneras, pero no todas ellas son iguales, desde el punto de vista de lo que estamos tratando aquí».

C C · Es cierto que la actividad productiva española está más basada en sectores considerados tradicionales, es decir, en sectores a priori clasificados como poco intensivos en conocimiento o de «baja intensidad tecnológica». Esta terminología puede llegar a ser engañosa aunque se utiliza habitualmente. Toda actividad productiva está basada en el conocimiento en realidad y la innovación es susceptible de aparecer en

todos los sectores, tanto la innovación de producto como de proceso. Pensemos en el caso de ejemplos tan paradigmáticos como Ikea o Inditex. Se trata de dos compañías pertenecientes a sectores tradicionales (siendo una de ellas española): el del mueble y el textil y de confección. Ambas han representado una auténtica revolución en estos sectores y han generado un gran volumen de actividad, así como dos de las mayores fortunas el mundo. La industria turística y del ocio puede no parecer tan *sui generis* si pensamos en el caso de Disney y de su red de parques temáticos, por ejemplo.

R R de U · Por mi parte, digo que, a pesar de los esfuerzos realizados en muy distintas épocas, no hemos tenido efectivamente un desarrollo industrial del otro tipo —de «alta densidad tecnológica»— y en ello han intervenido sin duda múltiples concausas. Personalmente creo que la principal de ellas, en importancia y permanencia, es la falta de intención *suficiente* en los niveles más altos. ¿Qué significa eso?

De modo general, que quienes estaban en situación de hacerlo no han asumido (no han querido, no han sabido) de modo suficientemente orgánico y sistemático proyectos de excelencia capaces de movilizar, por unas u otras vías, a la sociedad en su conjunto. Y cuando digo «quienes estaban en situación de hacerlo» no me estoy refiriendo a gobiernos y agencias de planificación, ni en primer lugar ni en particular: me estoy refiriendo a todo el complejo sistema formado por personas e instituciones con capacidades diversas pero complementarias y sinérgicas, para pensar, proponer, asumir e impulsar proyectos de gran envergadura, desde el mundo del pensamiento en general, la industria, la banca, las asociaciones privadas de estudio y fomento, los cuerpos de funcionarios, la política, etc.

Estos procesos pueden ser, y han sido históricamente, de tipos diversos. En los Estados Unidos y en el Japón, por ejemplo, este proceso se ha dado y se da de modos distintos. Más cerca de nosotros tenemos el caso de Francia, en los años de los «grandes proyectos» de renovación técnica e industrial del general de Gaulle. En su conjunto la mayoría de aquellos proyectos eran diseños estratégicos que implicaban, por diferentes conductos, a extensas zonas de la sociedad francesa. Algunos de aquellos planes no tuvieron éxito, pero otros sí. Han pasado los años y

Francia, a pesar de ser un país pequeño en comparación con sus competidores estratégicos y de estar aquejada de graves y múltiples problemas internos —¡muchos de los cuales también aquejan ahora a España!—, sigue estando en la vanguardia del conocimiento y la industria en no pocos campos. ¿Por qué?

Entre otras causas, porque se propusieron, muchos de quienes estaban en situación de hacerlo, objetivos y horizontes de mucho mayor alcance que los que han sido y son típicos entre nosotros, y actuaron en consecuencia. Esta es, a mi juicio, la verdadera clave de la industrialización. Es común una creencia consistente en considerar que el empresario tiene que tener como objetivo primario ganar dinero, sin ulterior precisión. Esto es un absurdo, teórico y práctico. Se puede ganar dinero de muchas maneras, pero no todas ellas son iguales, desde el punto de vista de lo que estamos tratando aquí. Un umbral más alto de ambición —en el sentido positivo de la palabra— y horizontes más elevados de liderazgo, aspirando a llegar más allá de lo dado es, sin duda, lo que más ha faltado entre nosotros.

Rubio de U.: «El español actual no tiene, por lo común, confianza bastante en la capacidad de la cultura española, de su cultura, para plantear y acometer con éxito empresas de gran envergadura».

R LL · Si admitimos que, en la actividad económica, hay otras categorías que no son sólo el corto plazo, sino que debemos hablar del medio y del largo, entonces, me parece que inevitablemente tenemos que tratar también de la responsabilidad de las administraciones públicas y de los gobiernos. ¿Cuáles han sido y cuáles son sus responsabilidades en este cambio de escala? O dicho de otro modo, ¿hasta qué punto esa falta de perspectiva de los agentes económicos en España no ha tenido por causa la falta de perspectiva de los gobiernos de la democracia española, o los de periodos anteriores? Aunque hayan predicado o prediquen el conocimiento, en el fondo ¿no parece que lo temen? ¿No son timoratos a la hora de implementarlo?

R R de U · Te respondo, si te parece, inmediatamente, para asumir el primer posible choque con algunos de los lectores de *Nueva Revista*, con la afirmativa. Sí, los gobiernos han tenido, en muchos casos, miedo clarísimo a equivocarse, a no ser seguidos por la sociedad. ¿Miedo a qué? A varias cosas, sin duda, pero entre ellas a la insuficiencia de capacidad del pueblo español. Esto nos lleva a un tema fundamental, de naturaleza, digamos, cultural. No me refiero, claro está, a que no tengamos escuelas, universidades, archivos, bibliotecas y museos; ni a que no hayamos tenido o no tengamos pensadores de la primera magnitud. Me refiero a que el español actual no tiene, por lo común, confianza bastante en la capacidad de la cultura española, de su cultura, para plantear y acometer con éxito empresas de gran envergadura.

Hay, desde luego, excepciones, pero son eso, excepciones: en general los españoles actuales son muy timoratos en ese sentido, y en esto los gobiernos y los «estamentos dirigentes» (!) no son distintos del común de los ciudadanos. Salvando excepciones rarísimas, ni a los gobiernos ni a casi nadie se les ocurre que España pueda ser «puntera» en actividades realmente importantes. Y no es «por prudencia», es por falta de intención suficiente. El caso de nuestra Universidad es paradigmático: carencia absoluta de ambición y de confianza en las posibilidades creativas de nuestra cultura. Así es que «público» y «privado» no son aquí dos especies muy diversas entre sí. Son manifestaciones en ámbitos formalmente distintos de un sistema de concausas común, de entre las que debe destacarse la falta de confianza en nuestra cultura y en su valor como fundamento desde el cual proyectar y acometer empresas excelentes.

C C · Estoy absolutamente de acuerdo; apuntaría también a los problemas que implica en muchos casos la idea de que hacer política equivale a ajustar cifras e indicadores estadísticos, sin pasar por un análisis riguroso de qué hay detrás de esos indicadores, por una reflexión acerca de los problemas de fondo. Si España, como es el caso, invierte mucho menos en I+D que otros países europeos y presenta una dinámica económica menos innovadora que éstos, llegamos fácilmente a la conclusión lógica de que hay que aumentar el gasto en I+D. Ahora bien, ¿cómo se explican estas diferencias?, ¿dónde están las raíces de los

problemas? La respuesta a estas preguntas es clave, y también corresponde a los políticos el planteárselas y diseñar las estrategias de largo plazo conducentes a resolver los problemas, que en este caso tienen profundas raíces culturales.

E M · Aceptemos, pues, que tiene que darse este cambio cultural en la sociedad española, y en particular refirámoslo a los empresarios, que tienen que ser más innovadores. Pero ¿por dónde empezar? ¿Cómo avanzar en un cambio de mentalidad, que efectivamente parece ser una necesidad general?

Cañibano: «Existe la idea de que hacer política equivale a ajustar cifras e indicadores estadísticos, sin pasar por un análisis riguroso de qué hay detrás de esos indicadores, es decir, por una reflexión acerca de los problemas de fondo».

C C · Hay que insistir en el papel que puede desempeñar el sistema educativo. Me atrevería a decir que nuestro sistema de educación penaliza incluso la iniciativa individual y fomenta actitudes muy poco proactivas; produce unos alumnos que llegan a la universidad sin capacidad de reflexión. Para poder transformar a los empresarios del mañana, hay que educar mejor a los niños de hoy.

R R de U · Estoy completamente de acuerdo con que un elemento fundamental es un cambio radical en la, por así denominarla de momento, instrucción pública en su conjunto. Aquí propongo distinguir dos asuntos. El primero, muy espinoso para la sensibilidad de sectores de población diversos, y que no podemos abordar aquí de la manera sistemática que sería precisa, es lo que para la mera concepción de «sentido y contenidos de la enseñanza en general y en especial en relación con la valoración de la cultura hispánica» ha implicado, o ha ido implicando, la fractura que se produce en España ya antes de la «revolución industrial». España deja de ser tráctil, no tracciona, sino que va siendo progresivamente traccionada en diferentes aspectos fundamentales.

Dejando eso de lado (no porque no sea importante, que lo es máximamente, sino porque debe ser objeto de un tratamiento distinto al propio de esta conversación), hay un segundo tema o asunto, relacionado directamente con lo que ahora estamos examinando, y con lo que ha dicho Carolina, que es esencial: que la enseñanza en España es deleznable. Es deleznable en varios sentidos y, entre éstos, en este: no consigue despertar ni en los niños, ni en los jóvenes, ni en los universitarios, de modo general y por lo común, ni el rigor en el pensamiento ni la curiosidad intelectual más allá de temas más bien efímeros y superficiales. La «demanda de cultura superior» es enteca y de poca altura. ¿Por qué en Madrid es dificilísimo encontrar a la venta un diccionario de sánscrito?, ¿Por qué es muy caro?: no, porque a casi nadie le interesa eso para nada. ¡Pasará lo mismo en todas partes!, se oye ya replicar airado al pseudo castizo; pues no, no pasa lo mismo en todas partes, de hecho no pasa en casi ninguna otra capital importante de Europa. ¿Por qué en Madrid es muy difícil encontrar a la venta libros sobre Filipinas, por ejemplo, antiguos y modernos, habiendo sido las Filipinas parte de nuestro mundo durante siglos y hasta ayer? Alguien que quiera libros, actuales y menos actuales, sobre la Indochina francesa, por ejemplo, en cuatro horas llena en las librerías de París un carro de ellos. Y en Londres encuentra a la venta lo que quiera acerca de lo que fue el Imperio británico y de lo que hoy son los antiguos territorios de éste. Y así, sucesivamente. Pero entre nosotros, que tenemos para dar y tomar, no. Esto es profundamente anómalo. Es patológico en grado sumo. Es un indicio fatal. Porque los tipos de curiosidades a los que me he referido, como ejemplos, no son «asuntos sublimes para especialistas», son curiosidades culturales, intelectuales y, en general, humanísticas, que una vida cultural *normal* en una sociedad como la nuestra, debería despertar en la familia y en los lugares de instrucción, en diversas zonas de la sociedad y, desde luego, entre gentes con grados universitarios.

R LL · Me gustaría introducir aquí una pregunta que, aunque no es directamente del tema que estamos abordando, nos puede servir para completar

algo de lo que ya ha se ha tratado. Con el Gobierno anterior del PP, hemos tenido la experiencia de unos intereses en política exterior que, si evidentemente no estaba directamente relacionado con lo económico —con la procuración de una producción más inteligente—, sí desde luego era un intento de poner a España a la altura de una política internacional más ambiciosa que las mantenidas por los gobiernos anteriores. Y con los resultados sabidos; así que, en el rechazo popular de esa política exterior ambiciosa (y por otra parte, muy cuestionable), podríamos ver confirmada la opinión de que en España no nos hallamos ni especialmente preparados ni especialmente interesados en lo internacional, sea lo político en este caso, o en lo económico. «Que nos quedemos como estábamos», parece que sería la conclusión de ese viaje. Salir de nuestras fronteras por nuestros intereses estratégicos, militares, económicos, etc., ¿es una tarea todavía realmente pendiente para los españoles?

Rubio de U.: «La enseñanza en España no consigue despertar ni en los niños, ni en los jóvenes ni en los universitarios, de modo general y por lo común, ni el rigor en el pensamiento ni la curiosidad intelectual, más allá de temas más bien efímeros y superficiales».

C C · Yo creo que desde el punto de vista económico no se puede decir que esa sea una tarea del todo pendiente. Las inversiones de España en el exterior han crecido. No me atrevería, por tanto, a calificar a España como una economía sensiblemente más cerrada que las de nuestro entorno. Si bien es cierto que son en gran medida los grandes grupos empresariales españoles, que sí destacan por una mayor intencionalidad innovadora, los que han protagonizado el crecimiento de las inversiones en el exterior.

R R de U · Creo que, siendo esto así, Rafael se refería también (de esto ya hemos hablado antes) a saber si el pueblo español tiene o no suficiente interés por sus relaciones con el resto del mundo y si, como consecuencia, estaría o no dispuesto a apoyar, no una mera «política de

apertura» (¡España no está, precisamente, «cerrada» en ese sentido!), sino de incidencia de lo español en el resto del mundo.

Pero ¿qué *saben* la mayor parte de los españoles actuales acerca de «España y el mundo» en general? Porque para apoyar, no apoyar, etc., se requieren elementos de juicio. Propongo el siguiente experimento mental. Reunamos en torno a esta mesa a ministros, catedráticos diversos, jefes de empresas, etc., y formulémosles las dos preguntas siguientes, por ejemplo: ¿qué presencia tenía España en el Pacífico hace ciento veinte años?; ¿qué saben acerca de cuántos diccionarios de lenguas exóticas (para los europeos) han sido hechos por españoles y portugueses? ¿Qué respuestas se obtendrían? Gran parte del complejo de inferioridad y de la incapacidad para proponer y asumir proyectos de altura radica en la ignorancia de la propia identidad.

R LL · Desde luego, el conocimiento cultivado tradicionalmente en España no tiene que pedir patente de legitimidad a ningún extranjero, sus logros existen por sí mismos. Sin embargo, parece que es necesario una actualización o una adecuación de esa tradición cognoscitiva española, para que nuestras ciencias y experiencias históricas resulten productivas en una sociedad del conocimiento como la actual globalizada. Pero esto del conocimiento productivo en la sociedad actual a mí me plantea algunos problemas gnoseológicos graves. En realidad, no sé muy bien de qué tipo de conocimientos estamos hablando. Desconocemos nuestro pasado intelectual, que efectivamente era brillante, y sin embargo, incluso si lo conociéramos, no parece que nos pudiera servir hoy en día. ¿Cuál es, pues, el conocimiento que hoy nos hace falta para lograr esa sociedad más eficaz, más productiva?

C C · Hay un problema evidente en la generalización del empleo del término «conocimiento» para referirnos a muchas cosas distintas. Uniéndome a tu reflexión, voy a hablar de lo que conozco mejor. Entre los indicadores estadísticos, los relativos a la producción y difusión de conocimiento científico sitúan a España relativamente bien entre los países de nuestro entorno. Es decir, que los investigadores españoles colaboran activamente con grupos de investigación de todo el mundo y consiguen resultados que son publicados en revistas de gran prestigio.

Pero, ¿en qué circunstancias están viviendo y desarrollando su actividad esos investigadores, gracias a los cuales salimos mejor parados en el *ranking* científico mundial? Un número muy importante de investigadores jóvenes trabaja en condiciones muy precarias en nuestro país. Estamos hablando en muchos casos de doctores que han superado ya la treintena de años, con unos currículos muy prestigiosos y que se enfrentan a una inestabilidad e inseguridad laboral tremendas o de jóvenes investigadores que trabajan sin contrato y en muchos casos sin cobrar.

Cañibano: «¿En qué circunstancias están viviendo y desarrollando su actividad esos investigadores, gracias a los cuales salimos mejor parados en el *ranking* científico mundial? Un número muy importante de investigadores jóvenes trabaja en condiciones muy precarias en nuestro país».

R LL · ¿Durante cuánto tiempo?

C C · No se sabe, no hay estadísticas al respecto. La información relativa al colectivo de investigadores que trabajan en organismos públicos es muy deficiente, e inexistente en el caso del sector privado. Apenas contamos con estimaciones del número de investigadores que trabajan en cada sector elaboradas a partir de encuestas. Pero se desconoce por ejemplo el número de becarios de investigación que hay en el sector público; no hay estadísticas acerca de la movilidad de los investigadores entre países y sectores; no hay información transparente y clara acerca de las retribuciones de los investigadores, etc. Desconociendo todo esto lógicamente no puedo contestar a la pregunta de cuánto tiempo puede llegar a trabajar un investigador sin cobrar, ni siquiera sabemos cuánta gente se encuentra en esta situación. El hecho de que las herramientas de medición sean tan escasas en España pone de manifiesto cierta incoherencia entre el discurso político y la realidad: si el incremento del atractivo de las carreras científicas y la mejora de las condiciones de trabajo de los investigadores en nuestro país son realmente una prioridad política, se debe empezar por construir una base de

conocimiento sistemático y de medición para estudiar cuáles son estas condiciones y qué tendencias de cambio se registran.

R R de U · Comparto por entero lo que dice Carolina. Hay otro elemento en la pregunta formulada por Rafael que me parece crucial y al que voy a contestar. Si lo entiendo bien se trata de examinar la tesis siguiente: «el tipo de conocimiento que de modo más característico se asocia con la cultura española es humanístico; este tipo de conocimiento está bien, es interesante y digno de estudio, pero no parece ser el adecuado para servir de fundamento a una sociedad actual, «del conocimiento», etc.; de modo que la cultura específicamente española, históricamente considerada, es insuficiente, si no inútil o aun dañina, para fundamentar el futuro de la sociedad española». Pues bien, yo tengo por enteramente falsa esa tesis.

De modo general no hay disyunción «natural» ninguna entre cultura humanística y cultura científico-técnica; más bien es cierto que esta última sólo está dotada de sentido en y desde su radicación orgánica permanente en la primera. He aquí algunos ejemplos bien conocidos. Durante bastante tiempo y hasta la II Guerra Mundial, Alemania era el paradigma de la ingeniería, la tecnología de vanguardia y la gran industria en la mayor parte de los sectores. Cuando se pensaba en ingeniería y en gran industria de vanguardia y calidad se pensaba, casi siempre, primero en Alemania, y después en el resto. Ahora bien, ¿es que los alemanes habían llegado a esa situación tras algún tipo de «proceso de automodernización» en cuya virtud abandonaron las humanidades y se consagraron por entero a la electricidad, el motor de explosión, la química y la aeronáutica? ¡No!, ¡muy lejos de eso! El prestigio de Alemania era, muy principalmente, la cultura alemana. El prestigio de la Universidad alemana eran sus médicos, geólogos, biólogos, físicos, matemáticos, químicos, etc.; pero también y *sobre todo*, sus teólogos, sus indólogos, sus gramáticos, sus historiadores, sus juristas, sus etnólogos, sus geógrafos, sus helenistas y latinistas, etc., etc.; y, claro está, y no precisamente en último lugar, sus filósofos. No había ninguna ruptura; la fertilidad de la ciencia físico-natural alemana de entonces es incomprensible sin tener en cuenta la densidad y magnitud con la que se cultivaron las

humanidades y el grado de difusión que la cultura humanística alcanzó en la sociedad alemana. Aquella universidad, por otra parte, no hubiera sido posible sin los Gimnasios humanísticos.

¿Era distinto en Francia? No, en Francia no era distinto; era otra versión de lo mismo. ¿Era Francia escasa en ciencia y técnica? No precisamente. ¿Quedaron, entonces, disminuidos y relegados a función decorativa en Francia los conocimientos humanísticos? Es exactamente lo contrario la verdad. Y, como en Alemania el Gimnasio, como fundamento estaba en Francia el Liceo. Tomemos el ejemplo vivo —¡podríamos aducir muchísimos análogos!— del profesor Maurice Allais, el economista-teórico neoclásico más importante desde Pareto, ingeniero del Cuerpo de Minas, geofísico, humanista y polígrafo, Premio Nobel de Economía (entre otras muchas cosas), representante eminente de la cultura francesa a la que antes me refería. Pero he aquí al propio Vilfredo Pareto, admirable síntesis de Italia y Francia: humanista clásico, economista fundamental, sociólogo, etc., etc., y, también, ingeniero de Minas. La idea, o más bien la pulsión, de querer desradicar la técnica del pensamiento sobre la persona es la antítesis del espíritu europeo.

Rubio de U.: «La eficacia de la formación matemática y científico-natural no sólo no disminuiría, sino que aumentaría y se robustecería, si se radicase en una formación humanística. Esto tiene mucha relación con lo que se requiere para superar nuestra crítica situación y es perfectamente posible».

En España han existido hasta hace poco muchos elementos de todo eso, y aún existen los suficientes para poder plantear, como empresa abierta a toda la sociedad, una reasunción estructurante de nuestra cultura capaz de fundamentar un futuro mejor. Naturalmente esto no consiste en meras operaciones técnicas y político-administrativas; requiere una profunda transformación en muchos sentidos. Pero me parece que planteárselo e intentarlo no está precisamente de más en la situación de

gravísima crisis en los meros fundamentos de nuestra sociedad y de los de las de las sociedades europeas en general.

Indudablemente una de las transformaciones imprescindibles para esto es la de la educación, a la que ya hemos hecho referencia varias veces en esta conversación; esta sí tiene, en parte no despreciable, un carácter técnico-político-administrativo, sobre todo al principio. No es este, seguramente, lugar idóneo para tratar este tema, pero sí lo es, me parece, para insistir en su importancia. La transformación de nuestros «sistemas de educación» debe ser, para que tenga algún sentido y resulte eficaz, profunda en varios aspectos. Aquí sólo voy a referirme a uno de ellos, más relacionado con el tema general de esta conversación: el de su *centramiento en las humanidades*, en todos los niveles, singularmente la enseñanza elemental y la media. Esto es *condición de posibilidad* para una verdadera transformación positiva. La eficacia de la formación matemática y científico-natural no sólo no disminuiría, sino que aumentaría y se robustecería, si se radicase ésta en una formación humanística. Esto es excelente, tiene mucha relación con lo que se requiere para superar nuestra crítica situación y es perfectamente posible. Ahora bien, no es «políticamente correcto» (¡lo que en sí mismo puede ser ya un indicador positivo!) ni en España, ni para la organización de Bruselas, ni para las diversas fuerzas eficazmente empeñadas en destruir Europa bajo el señuelo de reinventarla.

Pero en nuestra sociedad semejante proyecto encuentra un obstáculo poderosísimo, que acaso sea el mayor de todos, y que no es, en absoluto, de reciente implantación. Consiste, en esencia, en que una enorme proporción de españoles, en todos los sectores de la sociedad, tienen el íntimo convencimiento de que la formación humanística es más bien un «*plus* "cultural"», un adorno, un asunto más bien propio de la cultura del ocio o, como mucho, algo relativo a una «especialidad» más, algo marginal y «minoritaria». Por ejemplo, que eso de aprender historia antigua y geografía universal, a escribir y pensar de modo riguroso, a leer en latín, etc., son cosas que están bien, pero sólo como complementos livianos y siempre que no consuman tiempo y energía para aprender «informática» o para operar con logaritmos.La firme instalación en,

repito, muchísimas mentes de todos los sectores de la sociedad española, de tan descomunal y letal disparate es obstáculo principalísimo a cualquier progreso en la educación.

R LL · ¿ Carolina está de acuerdo?

C C · Totalmente; las humanidades han perdido terreno en los programas educativos y tienen poco peso en los planes de investigación nacionales y europeos. La importancia que se le da a la formación humanística en el sistema de educativo va en declive. Se insiste mucho más en la formación de carácter técnico y eso, aunque a priori pudiera parecer lo contrario, no favorece los cambios necesarios de los que hablamos al principio, hacia una cultura más innovadora y creadora.

Rubio de U.: «Una enorme proporción de españoles, en todos los sectores de la sociedad, tienen el íntimo convencimiento de que la formación humanística es más bien un "plus 'cultural'", un adorno, un asunto más bien propio de la cultura del ocio o, como mucho, algo relativo a una "especialidad" más, algo marginal y "minoritario"».

R LL · Creo que ya hemos hablado suficientemente de los políticos, hemos visto ya que tenemos un problema con ellos, y vamos a centrarnos, si os parece, en algunas otras cuestiones pendientes. Querría que habláramos primero de las instituciones intermedias. ¿Dónde están esas instituciones que podrían actuar como filtro o correa de transmisión entre los productores de conocimiento y sus empleadores productivos, creativos? Estoy pensando en instituciones tradicionales como los sindicatos o las cámaras de comercio, pero a lo mejor hay que hablar de otras nuevas, creadas *ad hoc* para actuar como *interface* entre el conocimiento y el mercado.

C C · Las instituciones *interface* tradicionales son las Oficinas de Transferencia de Resultados de la Investigación (OTRI) y los centros tecnológicos. Por lo que yo sé, hay muchos centros tecnológicos

funcionando muy bien en España, y en particular aquellos orientados a poner a disposición de las Pymes actividades de desarrollo de nuevos productos y conocimiento, que ellos no podrían financiar directamente. Hay centros tecnológicos de este tipo repartidos por toda la geografía española y vinculados a distintos sectores productivos. Y las OTRI también trabajan, en general, bastante bien. ¿Por qué no hay más? Pues volvemos al problema inicial: tal vez sea porque el tejido empresarial no demanda más mecanismos de *interface*. ¿Sería tarea del sistema público crear más instituciones que sigan transfiriendo resultados? Yo no tengo claro que el remedio pase directamente por ahí. Conviene estudiar los centros que ya están funcionando bien, analizar cuáles son los factores de éxito en su actividad y luego ver cómo se pueden aplicar en concreto a cada área de actividad o en cada zona geográfica. Este es un trabajo que debe ser anterior a la simple creación de nuevos centros.

R R de U · Suscribo por completo lo dicho por Carolina. El asunto es más complejo que un «no saber lo suficiente» estadístico-administrativo. En nuestras universidades, por ejemplo, muchos profesores no *saben* realmente a qué se dedican exactamente colegas con los que conviven durante años; suponen, se atienen a prejuicios (en el sentido estricto de la palabra), a indicadores, etc., pero con la mayor frecuencia, no *saben*. Y no saben porque la estructura de relación es muy poco densa.

Esta pobreza de las estructuras de relación no es sólo propia de nuestro deterioradísimo mundo académico; es bastante general en nuestra sociedad. Y esto tiene mucha relación con la siguiente pregunta: ¿hay *sociedad* en España? Parece una pregunta absurda, pero no lo es. En muchos aspectos es evidente que la respuesta es afirmativa, pero en otros, y muy importantes, la respuesta es dudosa o negativa, porque *faltan* conexiones proyectivas generadas endógenamente por grupos de personas de la sociedad en múltiples campos de la vida social.

Tenemos entre nosotros, comparativamente pocas asociaciones vivas, creadas libremente, que realmente perduren. Si lo asociativo está mucho más vivo en otros países europeos, no es por casualidad, ni porque haya sido instituido por algún gobierno, sino porque ha habido personas que con toda intención se han aplicado a crear vínculos proyectivos

ordenados a la consecución de algo, y ha seguido habiendo posteriormente otras personas que han continuado haciéndolo. De la interacción permanente, subjetiva u objetiva, entre múltiples procesos de ese tipo generados y movidos por quienes se asocian libremente para algo que les interesa en común porque, en definitiva, creen en ello, surge sociedad verdadera. Así, por ejemplo, ¿por qué en España es rarísimo que quienes tienen dinero (¡dinero de verdad!) lo *den* para la creación de pensamiento?: principalmente, sin duda, porque no valoran tanto el pensamiento. En cuyo caso es enteramente natural que, si dan dinero del suyo para algo, lo den para otra cosa que, por los motivos que fueren, consideran más valiosa. Y lo mismo sucede con el tiempo disponible. Los procesos asociativos libres generadores de verdadera sociedad (¡advierto aquí, para algunos lectores, que no estoy describiendo un proceso evolutivo hayekiano exactamente!) no pueden ser, ordinariamente, sustituidos por un orden administrativo, por un orden estatal.

Rubio de U.: «Si lo asociativo está mucho más vivo en otros países europeos, no es por casualidad, ni porque haya sido instituido por algún gobierno, sino porque ha habido personas que con toda intención se han aplicado a crear vínculos proyectivos ordenados a la consecución de algo, *y* ha seguido habiendo posteriormente otras personas que han continuado haciéndolo».

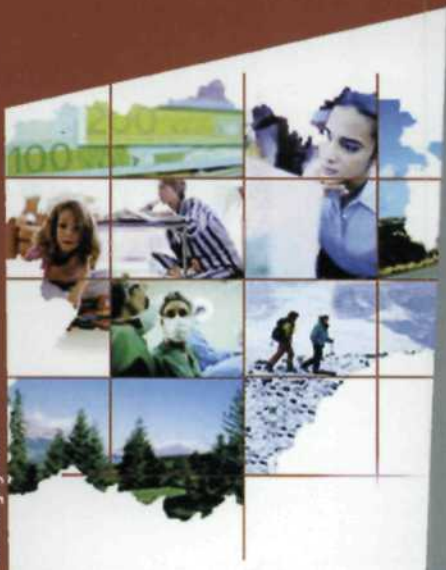
E M · En la creación de este orden social, ¿no debería jugar un papel importante internet? Los foros en internet, por ejemplo, ¿no son una forma de asociacionismo a través de este nuevo medio, donde se fomentan los intereses y conocimientos comunes?

C C · Su papel es fundamental, evidentemente, en la creación de estos vínculos sociales espontáneos, o de redes de transferencia de conocimientos. Aunque también se puede encontrar uno con la paradoja vital de estar conectado con colegas de países muy distintos, pero desconocer al vecino de enfrente. Y en el orden de los problemas políticos se trata, una vez más,

Nosotros lo llamamos pasión, pero Inés aún lo llama: "de mayor quiero ser pianista". Y Lucas lo llama ser médico. Y Ramón, el pastor, lo llama universidad para sus hijos. Un futuro.
Qué importa cómo se llame.
Lo importante, lo que de verdad es importante, es que todo el mundo pueda llevar adelante la suya.
Su pasión. Se llame como se llame.

adelante, tráenos tu pasión.

BBVA



www.jcyl.es

Castilla y León
una comunidad abierta

Junta de
Castilla y León

de ser rigurosos: es importante por ejemplo establecer el objetivo de que en los colegios haya un cierto número de ordenadores por aula, pero tan importante como el número es la definición del uso que se les va a dar a estos ordenadores y de los objetivos concretos de aprendizaje.

R LL · A propósito de esa relativa incapacidad asociativa de la población española, me gustaría plantear una cuestión de orden ideológico. Y es si cabría distinguir en este orden de cosas, la orientación de lo que llamamos simplificadamente la socialdemocracia, y que suponemos genéricamente a la base de los partidos mayoritarios de izquierdas; y la orientación de lo que llamamos el liberalismo, y que suponemos que inspira a los partidos mayoritarios de derechas. Pues yo tengo la impresión de que a propósito de un concepto tan fundamental como es el de la «eficacia social», ambos mantienen posturas irreconciliables. Porque en un planteamiento más socialdemócrata, dan mucho miedo los individuos que van por libre: los políticos de izquierdas tienen miedo, y lo transmiten, a que no sea el conjunto de la sociedad, empezando por las clases menos favorecidas, la que marche al mismo paso en ese avance progresivo de incorporación de conocimientos. Por eso la socialdemocracia se muestra habitualmente más favorable a mecanismos de control social que a los mecanismos de avance. Esta sería por ejemplo la perspectiva francesa, la alemana, etc., y en general la europea. En cambio, en otra sociedad más liberal, como podría ser la americana, se piensa que, permitiendo que los electrones más activos, por así decir, vayan por delante, ellos solos tirarán del conjunto. Si esto es verdad —que no lo sé—, ¿dónde deberíamos ubicar la orientación de España? ¿Es posible que toda la sociedad española avance al mismo paso, empujada por las leyes, por las costumbres, por la opinión pública, etc., en una «larga marcha» hacia el conocimiento? ¿O pensáis que más bien hay que liberar a quienes sean capaces, por así decir, de escaparse del pelotón, para que sean éstos, en su esfuerzo casi individual, quienes logren que aumente la velocidad de toda la carrera?

C. C. · Por mi parte, diría que no hay que confundir la socialdemocracia con el igualitarismo, porque el igualitarismo habitualmente iguala a la baja, impidiendo así que los individuos más brillantes, con iniciativa, etc., despeguen.

Podemos pensar en el ejemplo de los países nórdicos, países innovadores con rentas per cápita que se cuentan entre las más elevadas del mundo y donde se hacen grandes esfuerzos redistributivos de estas rentas. No es que se trate de sociedades sin problemas y que en ellas no se esté planteando también el debate acerca del difícil equilibrio entre el mantenimiento de importantes derechos sociales y de suficientes incentivos a la iniciativa empresarial. Sí cabe, sin embargo, considerar el ejemplo de estos países como una ilustración de que es posible construir sociedades modernas y en progreso que a la vez hagan esfuerzos por proteger e igualar los derechos y las oportunidades de los ciudadanos.

Rubio de U.: «Así, por ejemplo, ¿por qué en España es rarísimo que quienes tienen dinero (¡dinero de verdad!) lo *den* para la creación de pensamiento? Principalmente, sin duda, porque no valoran tanto el pensamiento».

R R de U · Las expresiones «socialdemocracia» y «liberalismo» utilizadas en las preguntas de Rafael tienen, claro está, varios referentes doctrinales y real-históricos. Pero, aparte de que además de «socialdemocracia» y «liberalismo» (entendido éste en lo que creo es la acepción más común) existen varias otras concepciones de lo político, me parece preferible ir a los elementos de fondo de las preguntas planteadas. De modo general, sin hacer de momento referencia especial a «educación», el elemento aquí más esencial es lo designado por la expresión «naturaleza de la solicitud por el otro» referida a personas, grupos humanos y sociedades. Aquí «el otro» incluye, claro está, a lo que en inglés se denomina a veces *underdog*, pero no consiste en eso: «el otro» es *todo otro*. «Naturaleza de la solicitud por el otro» significa, entonces, lugar del otro en los sistemas de objetivos de acción de las personas, los grupos de personas y las sociedades. Las diferencias a este respecto, *a priori* y real-históricas, entre personas, grupos y sociedades pueden ser y son muy considerables.

Diferencias en la *facticidad* del lugar que el otro ocupa en los sistemas de objetivos de acción; diferencias entre cómo se valoran las diferencias

de diversos tipos entre las personas; diferencias entre las concepciones acerca del origen, sentido y función de esas diferencias entre las personas; diferencias entre lo que se entiende es el «debe ser» con respecto del otro, etc. Esas diferencias entre personas, grupos, etc., son, por una parte, culturales, y especialmente guardan estrecha relación con la experiencia religiosa de las personas; y, por otra, resultan de dinamismos específicos de cada persona.

En España ha existido en general, en la mayor parte de las personas, una actitud habitual de solicitud fuerte por el otro, especialmente por el débil, lo que sin duda es, en medida determinante, consecuencia de nuestra cultura cristiana. Ahora bien, debido a la concurrencia de diversos factores, esa actitud, no obstante la proliferación del voluntariado y de otras realidades positivas, está, a mi juicio, en claro retroceso entre nosotros. Fenómeno este que también se observa en otras sociedades europeas. Me parece indudable que uno de los factores que más ha contribuido y sigue contribuyendo a la producción de ese fenómeno es la progresiva estatalización de la vida por efecto de la cual muchas actividades centrales en la vida personal y social, entre ellas la solicitud por el otro, caen bajo la jurisdicción obligatoria de la mecánica estatal, generalmente bajo la forma de intentar acomodar a la mayor parte de la gente a una especie de molde «igualitario» que, además, es, y lo es necesariamente, de igualación por ablación y reducción. Semejante proceso es sumamente dañino en todos los sentidos; en particular fomenta en las personas la eliminación de la solicitud por el otro *concreto*, que es «el otro» realmente existente, mutila gravemente la capacidad proyectiva de las personas, desorganiza a la familia y genera, a no muy largo plazo, una sociedad inviable.

Como católico entiendo que la solicitud por el otro, especialmente por los más carentes, debe normar el sentido y el contenido de nuestra acción. Ahora bien, esto, que ciertamente tiene consecuencias importantísimas para la vida personal y social, *no* equivale ni a la Agencia Tributaria, el PER, etc., ni al intento de reducir a un etéreo «ámbito privado», que en una sociedad estatalizada equivale casi siempre a muy poco, ese despliegue de la solicitud normante por el otro. Que es a lo que, en

general, ha venido equivaliendo en la concepción del asunto de los diversos gobiernos, con dosificaciones algo diferentes de unos a otros. Así es que las implicaciones políticas de una real solicitud por el otro están por hacer.

C C · Para cerrar el tema de la fractura social y la sociedad del conocimiento, yo remitiría a los trabajos de Lundwall y Borrás —investigadores daneses que han estudiado la dinámica de la innovación en Europa—. Estos autores han abordado la importancia del mantenimiento de la cohesión social en nuestras economías basadas en el conocimiento, con el fin de hacer sostenible en el largo plazo el crecimiento y el progreso.

Cañibano: «Podemos pensar en el ejemplo de los países nórdicos, países innovadores con rentas per cápita que se cuentan entre las más elevadas del mundo y donde se hacen grandes esfuerzos redistributivos de estas rentas».

R LL · Se va acercando el tiempo de concluir nuestra conversación, pero hay un par de preguntas que me resisto a dejar pasar. La primera de ellas se la dirigiría a Rafael, con la intención —un poco malévola— de darle la vuelta a una de las afirmaciones que ha hecho. Porque él acaba de referirse al catolicismo como al origen de esa solicitud espontánea por los otros, que aún está viva en la sociedad española, y que no ha tenido una instrumentación política suficiente, a su juicio, hasta el momento. Pues bien, mi pregunta quiere darle la vuelta a esa afirmación: la Iglesia católica, que es la institución asociada a esa solicitud natural, ¿ha logrado una instrumentación social, cultural de impulso tan valioso, en grado suficiente eficaz?

R R de U · Esa pregunta es muy compleja. No es que sea «comprometida» en el sentido de que piense que hay algo que debería decir pero que me parece más oportuno callar. Sino muy compleja porque en realidad, remite nada menos que ¡a la historia del mundo durante dos mil años!; entiendo perfectamente que esto que acabo de decir pueda parecer a algunas personas una exageración excesiva, pero no lo es en absoluto.

Así es que sólo voy a aludir a algunos de los elementos de respuesta (y por eso he comenzado con la observación inicial con la que he comenzado). La Iglesia de España, empezando por la jerarquía, ha sido, efectivamente, una depositaria eminente de esa solicitud por el otro en todo momento, teórica (por así, más bien groseramente, expresarlo) y prácticamente, en los reinos peninsulares y en todos los territorios de la monarquía hispánica. Antes y ahora. Cuando éramos poderosos en el mundo, después y ahora, en condiciones muy ingratas. Siempre. Con entera independencia de fallos, lapsos y debilidades de los pastores y de los fieles. Ahora bien, para las formas más complejas y menos inmediatas de lo que esa solicitud por el otro normante de mi acción implica es necesario elaborar *pensamiento* y organizar ámbitos y formas, en general y en cada momento histórico. ¿Compete a la jerarquía (que es en lo primero en lo que la gente piensa cuando se dice «Iglesia») elaborar ese pensamiento y organizar esos ámbitos y formas? Ciertamente no, de modo necesario, ordinario y propio: eso compete más bien a los laicos con capacidad y vocación para ello. Asuntos distintos son que el clero se dedique también al pensamiento, como por otra parte viene haciendo abundante y brillantísimamente durante dos mil años; o que entienda que deba suplir carencias en estos campos, cuando éstas, por las razones que fueren, existan. Pero ese pensamiento científico y esa *praxis* organizativa competen, en principio, a los laicos.

En el momento actual la necesidad de generar pensamiento en esas materias (entre las que, por cierto, se encuentra la teoría económica), y de organizar ámbitos y formas de todo tipo es *absoluta*. Estoy totalmente convencido de que la renovación en el pensamiento, la cultura y las formas concretas de organización más acordes con lo que implica la solicitud por el otro normante de mi acción vendrá, directa e indirectamente, de los esfuerzos desplegados en el seno de la Iglesia española y universal.

R LL · Por último, permitidme que os plantee lo que podríamos llamar unas «recomendaciones» en torno a dos cuestiones que han salido en nuestra conversación, y que no podremos ya desarrollar en extenso.

Me refiero a estos dos objetivos prácticos: primero, cómo lograr que el conocimiento, entendido en su máxima extensión —humanístico o científico, productivo o menos productivo— tenga en la sociedad española un mayor prestigio social. Y segundo, si es posible, ya desde un punto de vista más político, que se dé lo que podríamos llamar un «patriotismo intelectual», es decir: un patriotismo, hoy completamente necesario como factor de cohesión, pero sin embargo discutido desde el punto de vista de sus contenidos (si debe ser constitucional o no, si debe ser tradicional o no, racional o sentimental, etc.), al que se incorporase una solicitud o una filantropía relacionada con el desarrollo intelectual: realizar determinadas actividades culturales e intelectuales porque nos interesa que nuestro país se beneficie de un conocimiento que, aunque a mí no me produzca réditos económicos directos, sí puede ser el origen de motivaciones sociales más ideales y, en la medida en que sean comunes a muchos, el origen también de esas socializaciones creativas que ahora echamos en falta. ¿Cabe pensar en esa categoría desde el punto de vista práctico?

Rubio de U.: «En España ha existido en la mayor parte de las personas una actitud habitual de solicitud fuerte por el otro, especialmente por el débil, lo que sin duda es, en medida determinante, consecuencia de nuestra cultura cristiana».

c c · Yo me arranco con la primera, si os parece. Prestigiar socialmente el conocimiento: eso es sin duda algo necesario. Y creo que podríamos distinguir estrategias a largo plazo, por una parte, y otras cosas que se pueden ir haciendo de forma más inmediata. Respecto a lo primero, la clave para mí está, insisto, en el sistema educativo. En el corto plazo debemos empezar por profundizar en el estudio más sistemático de la sociedad del conocimiento en España. Impulsar el prestigio de algo, sin saber lo que está ocurriendo de verdad, es muy complicado, cuando no imposible. Habría que resolver urgentemente los problemas que afectan a la comunidad científica que siguen pendientes de solución.

Porque puede darse el caso de que los propios científicos lleguen a dudar de la utilidad del trabajo que realizan si éste no está suficientemente reconocido. Tan importante como contar con empresas innovadoras es tener una comunidad científica ambiciosa, creativa y orgullosa de lo que hace. Finalmente, diría que los medios de comunicación públicos también tienen una responsabilidad importante en el fomento del prestigio del conocimiento y de la ciencia.

R R de U · Carolina ha contestado a la primera parte de la pregunta, así es que yo voy a contestar a la segunda. Esta segunda parte de la pregunta tiene, de nuevo, relación estrecha con la existencia de una sociedad viva con elementos suficientes de proyecto de vida en común, no como algo dado externamente, sino como algo que real y efectivamente existe, porque existe en los proyectos de las personas de la sociedad. Si se cree que una sociedad es una especie de campo gravitatorio de mónadas autorreferenciadas y nada más, evidentemente la pregunta planteada tendría escaso o nulo sentido. Pero como ninguna sociedad es, ni puede ser, eso —¡ni siquiera la sociedad formada por quienes afirman tener esa creencia!—, tiene todo el sentido decir «metas grupales» más allá de «reglas de procedimiento» o de «votaciones», etc. Tiene, entonces, también sentido el patriotismo, lo que en este contexto específico implica capacidad de reconocer sistemas de elementos positivos en sí mismos y en relación con un proyecto común. De lo valioso cabe estar orgulloso, sanamente orgulloso. Eso tiene que ver con la autoestima, y la autoestima con el desarrollo normal y sano de las personas, las familias y las sociedades. No hay por qué reprimir sistemáticamente la satisfacción que nos pueda producir lo que de valioso hemos hecho y tenemos en común.

Por el contrario, la valoración común de lo que de valioso han hecho nuestros antepasados, y de lo que podemos seguir haciendo nosotros ahora, con todas las alteraciones que quepa ir introduciendo, es algo muy bueno. Es muy bueno saber que hay algo valioso que transmitir y que hacer, por los demás y por nosotros. Y que eso valioso es, en muchos aspectos, distinto de lo valioso que puedan transmitir y hacer otros pueblos; será, aun incorporando valores universales, específicamente nuestro, y

como tal lo podemos poner a contribución para los demás. Exacerbar eso de modo unilateral es una deformación terrible; pero vivir el orgullo por lo propio valioso, en el sentido que he indicado hace un momento, es muy positivo. Sin ello los españoles perderíamos los elementos reales de referencia común y, al cabo, desapareceríamos de la historia como tales.

Examinemos, para concluir, con un ejemplo, una forma de una pregunta bastante frecuente. «¿Qué tienen en común las gentes de Galicia y las de Almería?». ¿Ciertos descriptores étnicos?: no. ¿El clima y la geografía?: no, y, así sucesivamente. Pero tienen en común algunas cosas *esenciales*, comenzando por su cultura cristiana. Entre ellas *Don Quijote* —tan de moda estos días, por lo visto—, por ejemplo. En muchas cosas, centrales y accidentales, *Don Quijote* es una expresión orgánica de lo que tienen en común los pueblos de España. Ese libro ¿es bueno?: buenísimo. ¿Es útil?: utilísimo. ¿Es español?: archiespañol, a él pueden referirse todos los pueblos de España. ¿Hay motivos para estar orgullosos de él?: los hay abundantes. He aquí, en este ejemplo, un elemento de cohesión orgánica que conviene conocer, poner en valor, enseñar a los niños. El patriotismo de este tipo no es sólo bueno, es imprescindible para la vida de un pueblo.

Rubio de U.: «Semejante proceso es sumamente dañino en todos los sentidos; en particular fomenta en las personas la eliminación de la solicitud por el otro concreto, que es "el otro" realmente existente, mutila gravemente la capacidad proyectiva de las personas, desorganiza a la familia y genera, a no muy largo plazo, una sociedad inviable».

R LL · Imposible decir más. Muchas gracias, Carolina, Rafael y Enrique, por vuestra presencia y vuestro deseo de compartir estas preocupaciones vuestras con los lectores de *Nueva Revista*. Gracias, y hasta pronto.

↞ RAFAEL LLANO Y ENRIQUE MORALES

La integración social de la inmigración

ALMUDENA DE CECILIA ABOGADO. FUNDACIÓN IBEROAMÉRICA EUROPA

En un corto período de tiempo, España se ha convertido en un país de acogida de inmigración, en el que conviven gentes de nacionalidades muy diversas. Sin apenas sentirlo, nos hemos transformado en una sociedad multirracial y cultural, dentro de la cual es necesario aprender a convivir. La llegada de nueva población genera una profunda conmoción en la economía y en la cultura, en la educación, la sanidad y en el mercado laboral, es decir, en todos los puntos neurálgicos de la sociedad receptora —la nuestra—.

Si la presencia de inmigrantes es un fenómeno inevitable, se impone el establecimiento de algunas medidas, que básicamente son de dos tipos: las que se orientan a regular los flujos de población, y las que se encaminan a la integración de los inmigrantes en la sociedad de acogida.

Estas últimas requieren una actuación conjunta por parte de las autoridades y de los ciudadanos. En el proceso integrador, se pone a prueba la capacidad de respuesta de la sociedad, que debe guardar un difícil equilibrio entre tolerancia y firmeza.

LA INTEGRACIÓN JURÍDICA Y SOCIAL

España partía de una situación de inexperiencia previa en la acogida masiva de inmigrantes, ya que durante los siglos XIX y XX fue un país exportador neto de mano de obra. En consecuencia, y por lo que se refiere a la legislación sobre nacionalidad y extranjería, sólo

En el proceso integrador, se pone a prueba la capacidad de respuesta de la sociedad, que debe guardar un difícil equilibrio entre tolerancia y firmeza.

existían normas de Derecho internacional privado, que establecían una situación de privilegio en lo referente a la adquisición de la nacionalidad española para los iberoamericanos.

A medida que aumentaba la llegada de inmigrantes, se fueron endureciendo las condiciones para acceder a la residencia legal, dando contenido concreto a este término y excluyendo las situaciones que no podrían tener tal consideración. Tratándose de España, es preciso recordar un matiz que no se da en otros lugares de acogida, como lo es el hecho de que la mayoría de nuestros inmigrantes proceden de Iberoamérica. A pesar del incremento de la afluencia, la adquisición de la nacionalidad española continuaba siendo muy sencilla, especialmente para los nacionales de países iberoamericanos precisamente, una vez éstos obtenían la residencia.

Asumido, por parte de las autoridades, que la inmigración era un hecho consumado, resultaba imprescindible regular la situación de los «ilegales», es decir, de aquellos que entran con un visado de turismo que caduca a los tres meses y que, transcurrido dicho plazo, permanecen en España de forma ilegal y carecen, por tanto, de capacidad de obrar válidamente en el tráfico jurídico.

En tales circunstancias, dos son las opciones que aparecen en una primera aproximación. Una, actuar desde el Estado de Derecho mediante los Cuerpos de seguridad, para proceder a detener y repatriar a los que carecen de «papeles». Y la segunda, tratar de discriminar los casos, analizando las causas que generan la falta de documentación.

Esta fue la actitud adoptada por el Gobierno del Partido Popular en el año 2000 (Ley Orgánica 4/2000, de 11 de enero), que abrió vías para la regularización, mediante figuras como la «adquisición de residencia por arraigo», atendiendo a las situaciones de personas que llevaban más de tres años residiendo ilegalmente en España y que contaban con familiares de primer grado residentes legales.

Estas medidas, al igual que la reagrupación familiar, responden a la necesidad de completar vacíos legales que generan situaciones insostenibles, pero que se mantienen cuando se trata de personas que han logrado una integración plena de hecho y, por lo tanto, soportan con holgura su situación de ilegalidad administrativa. Es el caso frecuente del marido o la mujer que trabaja con permiso, temporal o permanente, mientras el otro cónyuge carece de tarjeta de residencia; o el caso, cada vez más frecuente, de la madre soltera de nacionalidad ecuatoriana cuyo hijo o hija, nacido en España, es español desde su nacimiento.

No se trataba de reconocer todas las situaciones de hecho con permisividad absoluta, ya que, junto a estas medidas, siguen existiendo los procedimientos de expulsión y se mantienen, además, los programas de «retorno voluntario» subvencionados por la Organización Internacional para las Migraciones, y que se ofrecen a aquellos que no pueden o no desean integrarse en la sociedad de acogida.

LA NUEVA REGULARIZACIÓN

Esta regularización se ha realizado sin modificar la vigente Ley de Extranjería, aprobada por el Gobierno del Partido Popular (Ley 14/2003, de 20 de noviembre), ya que, probablemente, no hubiera logrado el actual gabinete del presidente Zapatero reunir el consenso necesario para cambiarla. Por tanto, y dado que no se había publicado aún el Reglamente de desarrollo de dicha ley, las modificaciones se han introducido por vía reglamentaria y, por lo tanto, sin capacidad para contradecir los principios contenidos en dicha ley.

Es preciso señalar que, al no haberse publicado un nuevo Reglamento de desarrollo de la ley, se había creado una situación de vacío que era necesario cubrir y que ha sido aprovechada por el actual Gobierno para apuntarse un tanto de matiz electoralista de cara a la población inmigrante. Teniendo en cuenta que se trata de un Reglamento y que ha tenido que respetar la ley vigente, lo cierto es que, a pesar de toda la publicidad mediática, los cambios no han sido, por lógica, tan profundos como se ha hecho creer al ciudadano. La novedad principal se refiere al acceso al mercado laboral.

La reforma respondía a una necesidad real, puesto que existía, de hecho, una cierta discriminación derivada de la situación de privilegio a favor de los inmigrantes iberoamericanos frente a los de otras procedencias.

Esta reforma respondía a una necesidad real, puesto que existía, de hecho, una cierta discriminación derivada de la situación de privilegio a favor de los inmigrantes iberoamericanos frente a los de otras procedencia, que solicitaban tarjeta de trabajo por el llamado régimen general y a quienes les era denegado en un 80% de los casos.

Esto provocaba que un elevado número de rumanos y búlgaros trabajasen de hecho, sobre todo en el ramo de la construcción, como ilegales, hasta que un accidente laboral, a veces de gravedad, les obligaba a regresar a su país o vivir en la calle. Mediante las modificaciones introducidas, se pretendía lograr que se concedieran tarjetas de trabajo temporales a quienes se encontraban en tal situación.

Esta finalidad que, en sí misma, es adecuada al permitir que la mano de obra ilegal acceda al sistema de Seguridad Social, incrementando así la base de los que cotizan, se ha realizado de forma que puede resultar poco eficaz. Durante la fase de elaboración del borrador dle Reglamento apenas hubo información disponible, y la que había solía filtrarse a través del diario *El País*, lo cual es una fuente de publicidad de las normas que es, cuando menos, claramente discutible.

NOVEDADES INTRODUCIDAS

Una vez publicado el Reglamento, se pudo observar que lo que se había desarrollado era una especie de «arraigo laboral», pero sin una indicación clara de cuáles serían los documentos necesarios para probar la residencia ilegal en España. La información no se ha facilitado a las instituciones involucradas, ni al Colegio de Abogados ni a los Centros de Atención Social a Inmigrantes, a través de las cuales se prestan servicios de asesoramiento jurídico.

Se aprecia una evidente falta de coordinación por parte de las oficinas de la Administración a cargo del proceso de regularización, que no han organizado ningún dispositivo ni de información ni de apoyo a los abogados. De modo particular, esas carencias han sido percibidas y lamentadas por las instituciones dedicadas a la acción social, con las cuales no se ha contado en ningún momento, ni en la fase de redacción del Reglamento ni en el momento de su ejecución, con lo que se ha dificultado el objetivo de facilitar la regularización de aquellos que la solicitaban.

No es la falta de concreción el único reproche que se puede hacer al Reglamento del Gobierno. En un momento en el que numerosos países iberoamericanos siguen sumidos en crisis políticas y económicas que obligan a su población a emigrar, el anunciar con gran publicidad la existencia de una «regularización» —palabra mágica que actúa como un imán sobre los habitantes de países en desarrollo— es en cierta medida irresponsable, debido al «efecto llamada» que genera. Teniendo en cuenta, además, que los efectos de este proceso son, a la hora de la verdad, muy reducidos porque se refieren sólo a quienes de hecho trabajaban como ilegales. Sin embargo, las ilusiones falsas generan una espiral de nuevos recién llegados que, al no poder acreditar el cumplimiento de las condiciones exigidas por el Reglamento, quedarán como ilegales.

Al valorar todos estos aspectos, parece evidente la necesidad de recordar al Ejecutivo que no serán eficaces las medidas de regularización tomadas en orden a disminuir la población ilegal y cuyos resultados ya son conocidos por todos, si no van acompañadas de un adecuado control en los puntos de entrada al territorio español, ya que, de otro modo, lo único que se consigue es que los Servicios Sociales se vean anegados por una nueva avalancha de autobuses procedentes de Rumania y Bulgaria.

Sería, por tanto, conveniente y deseable que cualquier modificación en las normas de un asunto tan sensible y complejo como es el de la extranjería no fuera tratado como el anuncio de un milagroso elixir, sino con el rigor propio de los efectos que está llamado a causar en gran número de personas. ◆ ALMUDENA DE CECILIA

Europa-Turquía: la hora de los sofistas

ANTONIO SÁNCHEZ-GIJÓN PERIODISTA. EXPERTO EN RELACIONES INTERNACIONALES

La Unión Europea se dispone a traspasar dos fronteras, más allá de las cuales le aguardan empresas a las que no está en condiciones de enfrentarse. Se trata de su, al parecer, decidida voluntad de extenderse hasta los límites orientales de la península de Anatolia, implantada en los cuadrantes del Oriente Medio y del Cáucaso; y de integrar en su seno a una sociedad que no pertenece a la experiencia de la formación histórica de Europa, aunque haya estado de un modo peculiar implicada en su historia desde hace siglos. El artículo se refiere al ingreso de Turquía en la Unión, hecho posible por el mandato del Consejo europeo del 17 de diciembre pasado para que la Comisión inicie negociaciones con Ankara con vista a su adhesión.

El primer aspecto, el de la extensión territorial de la Unión Europea más allá de las fronteras de Europa, supone un despropósito geopolítico; mientras que el segundo —el de la admisión en su seno de una sociedad que encarna otra civilización y cultura— supone la renuncia a organizar Europa según un sistema de fines y valores, para recaer en otro que se está armando en calidad de «construcción por conceptos», como si nuevas realidades pudiesen ser levantadas sobre abstracciones voluntaristas.

La transgresión geopolítica que Europa está a punto de perpetrar tiene como patrocinador principal algunos gobernantes que practican un estilo político cesarista, empeñados en hacer de Europa un bloque o fuerza dotado de corporeidad estatal, con la pretensión de que la Unión «mida sus armas» con la única superpotencia existente en el mundo actual, y con las que puedan surgir en el futuro. Otros, contentos con que la Unión se limite a ser lo que esencialmente ha venido siendo hasta ahora —un mercado común dinamizado por un serie de políticas instrumentales—, les prestan su apoyo en esta cuestión. Los primeros se hacen la ilusión de que podrán crear con Turquía una Europa bicontinental fuerte; los segundos saben que con Turquía dentro, una Europa de homogeneidad y consistencia debilitadas no podrá intentar el convertirse en una innecesaria potencia mundial. De estas dos tomas de posición básicas resulta el híbrido de los que, queriendo la Europa potencia, temen que el ingreso de Turquía la haga imposible precisamente por su heterogeneidad. Como patronos subsidiarios tenemos otros líderes políticos que no se han pronunciado sobre las disyuntivas acabadas de describir, pero tampoco se han sentido capaces de arrojar una mirada crítica y bien fundamentada sobre la cuestión. Y esta es una referencia directa a los partidos políticos españoles, pero ante todo al Partido Popular.

La cuestión de Turquía está envuelta en un gran sofisma. Los padres fundadores de la Europa de la UE partían de la premisa contenida en la siguiente invocación: únanse los pueblos europeos y habrá Europa. Los sofistas del día dicen: ya no hacen falta países europeos para hacer Europa.

Esta cuestión no es puramente política; creemos que pertenece más bien a la esfera de las ideas, a ese dominio intelectual que establece las conexiones existentes o posibles entre realidades materiales e inmateriales. Como fenómeno de tal naturaleza, parece recomendable seguir los pasos metodológicos que Wilhelm Dilthey recomienda en su *Introducción a las ciencias del espíritu*. Por tanto, procederé a la exposición de 1) los hechos y sus consecuencias; 2) los teoremas o principios que deben regir el tratamiento de una materia que es a un tiempo de naturaleza geopolítica e histórico-cultural; 3) los valores que están en

juego; y 4) las reglas para una resolución correcta de esta cuestión en que se arriesga, no tanto el futuro de la civilización europea como tal, sino su naturaleza.

LOS HECHOS Las relaciones de Turquía con la Unión Europea y su antecedente el Mercado Común tienen cuarenta y seis años de antigüedad. En julio de 1959 Turquía presentó a la recién formada Comunidad una solicitud de asociación. Ésta fue concedida el 12 de septiembre de 1963. En el preámbulo del tratado de asociación se declaraba la voluntad de los entonces seis fundacionales de prestar apoyo al *aumento del nivel de vida del pueblo turco*, lo que «facilitará posteriormente la adhesión de Turquía a la Comunidad».

El artículo 28 de ese tratado obligaba a las partes contratantes a examinar las posibilidades de adhesión de Turquía a la Comunidad, una vez que ese país hubiese aceptado integralmente las obligaciones derivadas del tratado de asociación. En 1987 presentó oficialmente su candidatura. En realidad, Turquía no estaba más preparada que en 1963 para abrir negociaciones, debido a la naturaleza de su régimen, de democracia vigilada, y a su pésimo historial de derechos humanos. A pesar de todo, la integración progresó; en diciembre de 1995 se consumó la unión aduanera con Turquía, y en 1998 se presentó el primer informe de la Comisión sobre «el progreso de Turquía con vistas a la adhesión». En diciembre de 1999, el consejo europeo de Helsinki reconoció a Turquía la condición de candidato oficial. Desde el 2001 se establecen con precisión esos criterios, y se invita a Turquía a participar en determinados programas.

El 6 de octubre del 2004 la Comisión emitió un informe favorable sobre las reformas emprendidas por Turquía. El 17 de diciembre del pasado año llegó por fin la ya mencionada decisión.

En todo este proceso no han intervenido ni los parlamentos nacionales ni el parlamento europeo. Las decisiones las ha tomado un cuerpo colegiado, el Consejo, por los procedimientos clásicos de los tratados intergubernamentales

Esto último quiere decir que una cuestión que afecta de modo esencial a la naturaleza y límites territoriales de la Unión Europea, así como

¿Quiere pagar menos cada mes? Reste.

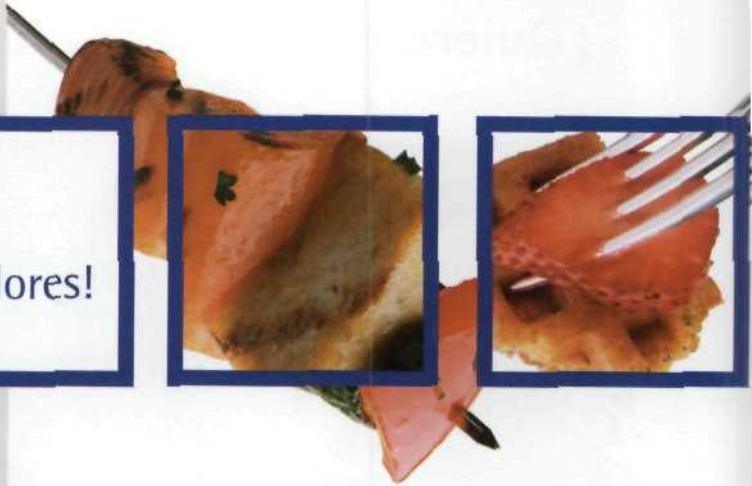
Ahora, sólo por ser cliente de Ibercaja, puede pagar menos en su crédito personal. Porque ahora, por tener domiciliada su nómina, los recibos de su casa, utilizar *sus tarjetas, tener su plan de pensiones, etc. etc....* la cuota mensual de su crédito va restando y así usted, al final, paga menos. Infórmese en nuestras oficinas, todo serán ventajas para usted.

Préstamo Personal Bonificado Ibercaja

El Préstamo que resta.

iberCaja

¡Para gustos se pintan colores!



Cada persona es un mundo, los gustos, las necesidades y los objetivos definen la personalidad de cada inversor.

Por eso en **Banco Gallego** tiene a su disposición un **Asesor Personal** que le ayuda a proyectar la **planificación financiera** más adecuada a su perfil.

BANCA PERSONAL

Tan Personal como Necesaria

Banco Gallego
www.bancogallego.es

i **902 157 800**

a los equilibrios de poder en su propio seno, se habrá tratado como cualquier cuestión de comercio, justicia, fronteras o reparto de cargos en la Comisión. El Consejo y la Comisión pueden alegar que no les corresponde tratar de cuestiones aparentemente metafísicas como la naturaleza de la UE, lo cual es discutible como iremos viendo, pero no pueden excusar que la cuestión fundamental de que la Unión se salga de su ámbito geográfico europeo, o la del impacto que cabe esperar del ingreso de una población de setenta millones hoy, y posiblemente noventa o cien en 2025, en la ponderación de los mecanismos de decisión, hayan sido hurtadas hasta ahora a la consideración de los parlamentos y de las opiniones públicas.

La transgresión geopolítica que Europa está a punto de perpetrar tiene como patrocinador principal algunos gobernantes que practican un estilo político cesarista, empeñados en hacer de Europa un bloque dotado de corporeidad estatal, con la pretensión de que la Unión «mida sus armas» con la única superpotencia existente en el mundo actual, y con las que puedan surgir en el futuro.

Los gobiernos, sobre todo el alemán y el francés, se escudan contra estas alegaciones diciendo que nada hay decidido sobre el ingreso de Turquía, y que la ratificación de su adhesión pasará por los parlamentos o por referendos. Lo de los referendos tiene gracia: no hay mejor modo que un referendo para que los gobiernos se laven las manos sobre el desenlace de cuestiones en que ellos mismos han entrado en compromisos a espaldas de sus opiniones públicas.

Habla poco en favor de la democracia europea que no podamos mencionar un debate de altura en torno a esta cuestión, en todos y cada uno de los países europeos, más allá de algunos artículos y entrevistas en contados medios de información y opinión.

En cuanto a los parlamentos nacionales, es poco probable que ante ellos algún líder político se atreva a abanderar el no, al modo de De Gaulle, que en horas veinticuatro, menos un minuto, dijo no a Gran

Bretaña en 1963 y 1967. Por cierto, que De Gaulle declaró en 1963 que Turquía poseía credenciales europeas. ¡Las que le negaba a Gran Bretaña! Conviene no olvidar esto para comprender la génesis del entusiasmo del presidente Chirac por el ingreso de Turquía en la UE. En fin, no parece estar a la vista, por lo menos de momento, el gobierno de fuste suficiente que lleve a la Unión a una serie crisis con Turquía, interponiendo su veto y justificándolo por razones tan sustanciales como la de la naturaleza de la UE y sus límites territoriales.

Y llegamos a los tratados de Niza y el Constitucional Europeo. Niza no contemplaba el ingreso de Turquía en la Unión. El Constitucional Europeo sí: prejuzgando que Turquía es un Estado europeo, y sin fundamentar la razón de considerarla como tal, los «padres de la Constitución» consintieron que Turquía participara en las discusiones del tratado, y Ankara firmó el proyecto en octubre del 2004 junto con todos los miembros de la UE[1]. La posibilidad de impedir que Europa se meta en esta aventura innecesaria depende ahora de que en el parlamento de algún país de la Unión se vote en contra de la adhesión de Turquía; o de que, por lo menos en Francia, un referéndum obligatorio rechace su adhesión[2].

LOS PRINCIPIOS TEÓRICOS

La mera exposición de esos hechos político-diplomáticos no aporta todos los elementos de juicio necesarios para poder examinar desarrollos tan complejos como los del futuro de Europa y de la propia Turquía en un destino común. Europa y Turquía son algo más que objetos o sujetos de negociaciones: son realidades vitales y poseen personalidades preexistentes, de las que las negociaciones deben tomar nota y dar cuenta. Son productos de desarrollos histórico-culturales puestos de manifiesto desde muy antiguo por la historiografía, la ciencia y la literatura[3]. La idea de que pueden ser tratados como puros entes de razón no responde por sus realidades existenciales. La proposición de que Turquía debe formar parte de Europa con tal de que cumpla unos criterios básicos en cuanto a comercio, economía, Estado de derecho, medio ambiente, etc., es construir la realidad por conceptos, dejando la cuestión de qué objetos contienen esos conceptos totalmente indeterminada: Europa y

Turquía, miradas sólo bajo la lupa de esas actividades humanas, arrojan una imagen pobre de sus realidades.

Una proposición de construir Europa según criterios abstractos o meramente aritméticos haría obligatoria la extensión universal de ese derecho cualquier otra sociedad, sin acepción alguna de cultura o posición geográfica. ¿Por qué no un día Israel, o quien sabe si en algún momento Marruecos, si llega a alcanzar esas determinaciones? ¿Por qué no Rusia cuando perdamos los recelos sobre la naturaleza de su democracia? Cuanta más extensión posee un concepto menos factores de diferenciación admitirán los objetos que caigan dentro de él, y por lo tanto más indeterminados e informes serán esos objetos. Así que necesitamos encontrar otros principios de determinación que nos autoricen a dar fondo y precisión a la idea de una Europa unida y distintiva. Para encontrarlos haremos recurso a una de las ciencias del campo histórico: la geopolítica.

En 1987 Turquía presentó oficialmente su candidatura. Pero en realidad, no estaba más preparada para abrir negociaciones que en el año 1963, debido a la naturaleza de su régimen —una democracia vigilada— y a su pésimo historial de derechos humanos.

Pero antes hagamos una reserva sobre esta ciencia: cualquier intento de interpretarla como una forma de determinismo natural debe ser rechazada[4]. La naturaleza no es lo que hace al hombre; sólo lo condiciona; y ello moderadamente, porque el hombre es capaz de transformar radicalmente la naturaleza; lo importante es si está dotado o no de los recursos morales suficientes para hacerlo. Todos los pueblos significativos de la historia lo han hecho: el pueblo turco de modo eminente cada vez que ha trasladado sus imperios sucesivos desde las estepas de Asia oriental hasta Anatolia, Oriente Medio y Europa, para replegarse por fin, sobre un pequeño y significativo rincón del continente europeo pero, sobre todo, sobre la faz de aquella gran península. Y este repliegue es el resultado del influjo, flujo y reflujo de otros pueblos sobre los mismos espacios ocupados por los turcos.

Pero la geopolítica no se refiere sólo a la acción de un pueblo histórico sobre la masa de un territorio. También es relación entre las masas de diversos pueblos y territorios. Entre ellos se desencadenan tensiones como si fuesen saltos de potencia entre diversos polos. Este es el moderno concepto de geopolítica: como relaciones de poder entre las sociedades asentadas en una región geográfica significativa o en su vecindad. La mente del hombre arroja sobre los hechos históricos y geográficos una luz creadora de formas geopolíticas (o geohistóricas[5]), insuflando a las grandes y distintivas configuraciones de la geografía (mares, golfos, cordilleras, altiplanos, valles, etc.) significado vital. Las hacen así objetos de la voluntad; incluso pueden revestirlas de atributos espirituales, y siempre leen en ellas un destino. Es decir, son los pueblos los que seleccionan los principios de su propia e inigualable geopolítica.

Sirviéndonos de las pocas herramientas analíticas de que dispone la geopolítica, nos proponemos ahora contemplar con mirada crítica las tres posibles alternativas geopolíticas que están implicadas en esta cuestión: 1) la de la geopolítica de una Europa extendida hasta Turquía; 2) la que resulta de una Turquía dentro de Europa, y 3) la de la organización de los espacios internacionales, envolventes de Europa por un lado y de Turquía por otro.

GEOPOLÍTICA DE UNA EUROPA EXTENDIDA HASTA TURQUÍA

Las condiciones geopolíticas de la parte del mundo donde se halla físicamente integrada Turquía son ajenas a las condiciones que determinaron históricamente el espacio geopolítico europeo. Desde la caída de Constantinopla en 1453 ninguna potencia europea logró, pese a intentarlo repetidamente, mantener una implantación secular en el espacio desde el que Turquía irradiaba su proyección geopolítica. Históricamente, ese espacio ha constituido la plataforma de llegada de pueblos y hordas centroasiáticas, que chocaban con tribus procedentes de la península Arábiga, hasta que se formó un sistema de Estados relativamente constante, girando en torno a los imperios turco y persa.

Las fracturas geográficas de la zona determinan un gran número de conflictos y tensiones, en cuyo enmarañado centro se halla Turquía. Este país tiene conflictos territoriales con Iraq, Siria y Grecia, y tensiones al parecer insanables con Armenia. La cuestión kurda traspasa de conflictividad el orden público interno y complica sus relaciones con Irán, Iraq y Siria. Nada de esto puede entenderse como un reproche, sino al contrario, como un elogio a un pueblo que, de estar constituido en imperio belicoso, pasó, casi de la noche a la mañana, a república pacífica que ha sabido contener (casi siempre) sus tensiones estructurales externas mediante prudentes arreglos diplomáticos. En los tiempos actuales es prácticamente inevitable que Turquía haya de revisar esos ajustes diplomáticos, porque las condiciones geopolíticas en la zona han cambiado drásticamente en los últimos años. Esa es una tarea para Turquía, que nadie más puede realizar por ella.

Una proposición de construir Europa según criterios abstractos o meramente aritméticos haría obligatoria la extensión universal de ese derecho cualquier otra sociedad, sin acepción alguna de cultura o posición geográfica. ¿Por qué no Israel, o quien sabe si en algún momento Marruecos, si llegara a alcanzar esas determinaciones?

Los equilibrios institucionales y políticos de Turquía, que le han permitido desenvolverse en los últimos ochenta años como una potencia estable, a pesar de su, frecuentemente, flaqueante democracia, se verían afectados por la extensión de la UE hasta sus confines. Esos equilibrios se han convertido en la Turquía de hoy en un paseo en la cuerda floja desde el autoritarismo laico a la democracia islamizante. El papel institucional que sus Fuerzas Armadas y el estado mayor de éstas han jugado durante decenios para mantener a Turquía en un curso prooccidental, será la primera víctima necesaria de la extensión de la UE a Turquía. No debe minusvalorarse el papel que el estado mayor de los ejércitos juega en mantener a Turquía como Estado republicano, con estricta separación entre fe y gobernación. Aunque, evidentemente, sería

preferible que estas ortopedias se fuesen retirando, no está asegurado que su actual gobierno islamista, o cualquiera del futuro, no recaigan, por demanda popular, en tensiones sectarias de tipo islamista.

En todo caso, el legado de Ataturk se ha debilitado extraordinariamente en la sociedad turca, como muestra la pérdida, en 1999, de la representación parlamentaria del Partido Republicano Popular, fundado por aquel gran líder, al haber obtenido menos del diez por ciento de los votos en las elecciones. Es muy probable que la entrada de la UE en Turquía añadiría un plus de estabilidad democrática a este país, pero el riesgo de un error de cálculo debe medirse con el golpe mortal al prestigio de la Unión que representaría un fracaso. El problema kurdo (y Turquía tiene un problema kurdo) es otro motivo de alerta para la UE. Esta es una cuestión en que la UE lo mejor que podría hacer es mantenerse lo más neutral posible, para ser más eficaz en su apoyo a las reivindicaciones legítimas de los kurdos. ¿Pero cuáles son esas aspiraciones legítimas? Los turcos no se ponen de acuerdo. ¿Por qué tendría la UE que determinarse en esta cuestión?

En resumen, en cuanto a esta perspectiva de la entrada de la UE en Turquía, sin duda se producirían algunos efectos benéficos en los márgenes, pero la UE no tiene las capacidades ni la resolución necesaria para enmendar entuertos que para ella representan sólo una ganancia marginal, al tiempo que un alto riesgo de fracaso.

GEOPOLÍTICA DE UNA TURQUÍA DENTRO DE LA UNIÓN

El ingreso de Turquía en la UE supondrá la debilitación de los factores de tipo histórico y cultural que hasta ahora han estado subyacentes a las sucesivas ampliaciones de la Unión. Prácticamente desaparecerán como explicación espiritual del movimiento hacia la unidad, vivido en los últimos cincuenta años. Esos factores sirven para que algunos países europeos que aún no pertenecen a la UE se identifiquen con ella: me refiero a Croacia, Serbia, Bosnia, Moldavia, quizás Albania y Macedonia, y quién sabe si el día de mañana Ucrania y Bielorrusia. Todos y cada uno de esos países han pertenecido, con mayor o menor constancia, al sistema de Estados europeos, poseen identidades culturales europeas. Todas, además, se hallan en el área

geográfica europea. El trabajo de programar y asimilar dentro de la UE esos países es gigantesco, pero se queda chico con el de asimilar a Turquía, que no posee el factor identitario y geográfico por el que hasta ahora esos países y los de la UE se autoconocen como europeos[6].

Los equilibrios institucionales y políticos de Turquía, que le han permitido desenvolverse en los últimos ochenta años como una potencia estable, a pesar de su, frecuentemente, flaqueante democracia, se verían afectados por la extensión de la UE hasta sus confines.

En el plano estrictamente político, el peso demográfico de Turquía le daría una capacidad de voto en el Parlamento europeo igual hoy al de Alemania (96 escaños), y para aceptar su entrada, otros países deben ceder puestos, dado el techo de 750 parlamentarios. En el Consejo europeo, las decisiones que requieren doble mayoría (55% de los Estados, 65% de la población) dan un peso ponderado a Turquía comensurable con una población que representa el 15% de la población de la UE actual. Aunque estos condicionantes no pueden descalificar una aspiración legítima a integrarse en la UE, debe valorarse el impacto que produce en un espacio de ciudadanía europea el ingreso de una población que, en su mayor porción, no comparte los factores de identidad europea, hasta ahora consuetudinarios.

Una última cuestión, de la que no se habla. Una Turquía miembro de la UE tendrá una frontera exterior común con el resto de países miembros. El ingreso de Turquía daría el golpe de gracia a las esperanzas de dar algún día eficacia a las fronteras de la Unión contra los tráficos ilícitos de todo tipo y los movimientos migratorios generados en vastos territorios económicamente deprimidos y culturalmente ajenos a Europa, como son todos aquellos con los que Turquía hace frontera; algunos de ellos no se han sacudido del todo sus formas tribales de organización social, y el nomadismo es un hábito milenario en ellos, hábito que llevó a los propios turcos en los siglos XIV y XV hasta casi el corazón de Europa. La ineficacia del acuerdo de Schengen es la prueba más alarmante de que este problema no hará sino agravarse.

LA UNIÓN Y TURQUÍA EN EL TABLERO ESTRATÉGICO GLOBAL

La posible emergencia de Irán como potencia nuclear no haría sino elevar la tensión estructural entre los dos grandes Estados presentes en la región, herederos de aquellos grandes imperios, el otomano y el persa, siempre en lucha. Turquía, además, no puede ser neutral respecto de los arreglos constitucionales de Iraq, sobre todo si los kurdos iraquíes del norte se hacen con un control sustancial del territorio y del petróleo subyacente. Turquía, además, tiene razones para ejercer un *droit de regard* sobre la intimidada minoría turcomana de Iraq. Para todas estas cuestiones habrá o no una respuesta turca, pero lo que no puede haber es una respuesta europea.

La incursión geopolítica europea en la zona, además, habría de asumir la necesidad de ajustar los problemas estratégicos así creados con los intereses estratégicos de los Estados Unidos. A este último punto se podría replicar que los Estados Unidos están a favor del ingreso de Turquía en la UE, lo que verbalmente es cierto, aunque estratégicamente es un sinsentido que los Estados Unidos no van a confesar. La contrarréplica a esa objeción es sencilla: es seguro que los Estados Unidos dejarán de apoyar el ingreso de Turquía en la UE tan pronto como perciban que ésta se endereza a instituirse en bloque de poder diplomático o militar con derecho de residencia en la zona. Se podrá replicar que por qué los Estados Unidos tendrían derecho a instituirse en agente estratégico en esa parte del mundo y Europa no, y quien lo hiciera tendría razón. Pero quien lo haga debe calcular el coste y el impacto entre aquellos miembros de la Unión que no quieren perjudicar las relaciones con los Estados Unidos con pretensiones injustificadas. Ni quieren que Europa se ponga a jugar a la gran potencia.

UNA CUESTIÓN DE VALORES

Vamos a proponer como resumen del desarrollo histórico-social de Europa el siguiente párrafo, y tómese sólo como una imperfectísima propuesta intelectual, hecha de buena fe:

La UE es un compromiso para la confluencia histórica entre las naciones y pueblos europeos con el fin de asegurarse paz, libertad y

prosperidad. La posibilidad de que estas confluencias se enderecen hacia un fin o destino común se basa en las conexiones de todo tipo entre ellos establecidas a lo largo de muchos siglos, hechas posibles, a su vez, gracias a otras conexiones determinadas por diversos grados de comunidad de raza, lengua y costumbres, así como por la unidad de la fe, de la filosofía, de la ciencia, del Estado y del Derecho. El impulso principal hacia la unión es la conciencia del vigor y autenticidad de esas conexiones; conexiones que pueden mostrarse como constantes históricas, independientemente de que esas constantes se hayan manifestado como hostilidad o afinidad. A Europa se la puede definir parcialmente desde cada uno de los factores de conexión mencionados: como territorio de pueblos indoeuropeos; como espacio de grandes troncos lingüísticos (latino, griego, germánico, eslavo); como contemporaneidad de usos sociales de tipo feudal, burgués o popular; como casas separadas del poder de la Iglesia y del soberano; como aula de la escolástica, del empirismo y del idealismo; como dominio del imperio, de los reinos y de las ciudades libres; en fin, como jurisdicción del derecho romano, del canónico y del germano.

En el plano estrictamente político, el peso demográfico de Turquía le daría una capacidad de voto en el Parlamento europeo igual hoy al de Alemania (96 escaños), y para aceptar su entrada, otros países deben ceder puestos, dado el techo de 750 parlamentarios.

Sin embargo, la economía y el derecho modernos han modificado esas constantes. Europa debe dar ahora cuenta y razón de otras conexiones histórico-culturales, como las que introducen la inmigración laboral y el establecimiento sustancial en su territorio de credos religiosos no habituales hasta ahora, más que en determinados y limitados espacios de su geografía. Se trata de quince millones de personas de religión musulmana, y unos pocos millones más de europeos, de pertenencia centenaria al islam. Hay una cuestión que todavía no se ha dilucidado: si la constitución política que básicamente subyace en las constituciones de todas las

naciones europeas es compatible o no con la vieja religión del islam. Que lo sea, es algo que aún queda por demostrar, cuando se produzcan clarificaciones y rupturas con el sectarismo más profundas que las que nos están mostrando estos días, por ejemplo, los países árabes y algunas otras sociedades musulmanas.

¿Qué tiene que ver lo que se acaba de decir con el posible ingreso de Turquía en la UE? A Turquía se la quiere incorporar en base a sólo uno de los factores constitutivos de la tradición histórico-social europea, el derecho. Si Turquía cumple los requisitos formales y sustanciales del derecho europeo, se viene a decir, tiene derecho a formar parte de la UE. Es esta una muestra de reduccionismo mental, al que se le escapa la infinidad de contenidos y determinaciones que caracterizan la realidad moral. Es de una percepción integral de la realidad de donde surgen las corrientes de opinión contrarias a la extensión de la UE hasta Asia Menor, manifestadas muy vivamente, hasta ahora, en muy pocos países[7], pero que es muy probable que crezcan cuando se haga evidente que los políticos y los burócratas han dejado que las cosas llegaran hasta ahí, en ausencia de un debate serio.

¿Nos hallamos en una de esas situaciones que las sociedades viven bajo lo que Ortega llamaba la dictadura kantiana, en que la razón da cuenta de todo menos del *en-sí* del mundo exterior a la mente, esto es, de lo que intuitivamente percibimos como realidad? Creemos que la realidad acabará por colarse en esta cuestión, y una de ellas es la realidad geopolítica con sus conexiones naturales, culturales y sociales.

El mismo derecho es terreno sobre el que analizar esta cuestión de la extensión de la UE a Turquía. Tomemos la cuestión de los derechos humanos. Son éstos la manifestación quintaesenciada de lo que Europa pretende, pero una de las cuestiones pendientes en Turquía. Por lo menos, así lo manifiestan continuamente cuantos informes dan cuenta de su desarrollo en ese país. Turquía es miembro fundador de la Convención Europea de Derechos Humanos, desde 1949. ¿Qué impide a Turquía cumplir las obligaciones libremente contraídas? Turquía alega mil razones de seguridad, de necesidad, de falta de medios, de oportunidad, etc., por incurrir repetidamente en su incumplimiento. Estoy seguro de que muchas de esas

alegaciones son «humanamente» comprensibles, independientemente de si son o no moralmente justificables. Pero lejos de apresurarnos a decir que esa realidad es una contravención pasajera de nuestro sistema de valores, me inclinaré a pensar que son reflejo de una escala de valores distinta a la que caracteriza a Europa, sencillamente porque se trata de una realidad histórico-social distinta de la europea. No hace falta siquiera juzgar si es una escala mejor o peor: baste con decir que es *otra*, y que sin duda se explica por razones correspondientes al desarrollo histórico de Turquía, que es distinto al de los pueblos europeos.

El problema kurdo (y Turquía tiene un problema kurdo) es otro motivo de alerta para la UE. En esta cuestión, lo mejor que la UE podría hacer es mantenerse lo más neutral posible, para ser más eficaz en su apoyo a las reivindicaciones legítimas de los kurdos.

LAS REGLAS La consecución de un ambicioso sueño como el de la unidad europea necesita el compromiso vital de llevarlo a cabo bajo el control de todas las facultades humanas. No basta la razón, que parte de las categorías preestablecidas que le son propias, y se comporta como un fluido, quizás cristalino pero carente de contenido vital. Es necesario aguzar el pensamiento todo, no sólo la razón; un pensamiento que dude, que argumente, que pugne entre conflictos de ideas, que trate de entrar en las venas de esa realidad que ha dado cuerpo histórico, social y cultural a los países europeos y a cualquier proyecto europeo del pasado.

Por lo tanto, la primera regla consiste en adoptar, frente al análisis del problema una actitud mental adecuada y afrontarlo con las personas y en los foros más adecuados, que no son precisamente los de los ámbitos político o diplomático, que nos lo han dejado a nuestra puerta. Una disposición mental dirigida por el pensamiento descubrirá los teoremas aplicables al caso, de los que ya hemos adelantado dos —el geopolítico del espacio físico y de otro al que podemos llamar geografía del espíritu histórico—.

La segunda regla debe ser: estudiar concienzudamente, según ramas diversas del conocimiento, la posibilidad de que Turquía llegue a formar un sistema integral con Europa en las partes sustanciales y particulares de su vivir histórico, con vistas a cumplir los fines sociales y culturales que cada una se atribuye. Con la advertencia de que, aún en el caso de que Turquía y la UE llegasen a coincidir en sus concepciones del Estado, del lugar de la libertad en la vida de los hombres y de la religión en la de las sociedades, queda por estudiar y anticipar los comportamientos previsiblemente divergentes o conflictivos de pueblos muy distintos, sometidos a incitaciones ambientales del medio geográfico e internacional totalmente dispares.

Una tercera regla viene promulgada directamente desde esa ciencia del espíritu que es la geopolítica. Como decía Jaime Vicens Vives en uno de sus estudios sobre geopolítica de los grandes pueblos, es un error «el abandono del marco geográfico reclamado por su verdadera misión histórica [...] por el supuesto imperativo estratégico de profundizar hasta

Los turcos en la historia del mundo

ANTONIO SÁNCHEZ-GIJÓN

Las dos grandes transiciones del pueblo turco son, según el autor del libro, su islamización (apenas milenaria) y su apertura a la modernidad desde mucho antes de Ataturk (en realidad, bicentenaria); y añade que «el islam es el segundo y más decisivo factor constituyente de la identidad turca después de la lengua». Pero también que, «de forma abrumadora, para los turcos hoy día comprometidos con la religión, su vida religiosa es parte de su compromiso con la modernidad, no un medio para oponerse a ella» (p. 226). Sin embargo, los obstáculos para alcanzar la modernidad serían, según el autor, la reverencia que la sociedad turca guarda respecto del poder del Estado y de las fuerzas armadas, algo que en Occidente parece contrario al sentido de la modernidad, que se vence más bien del lado de la sociedad civil.

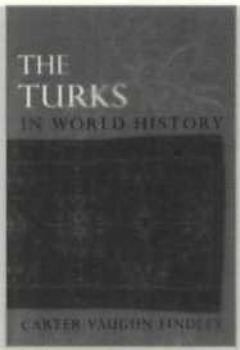
La modernización de cada uno de esos rasgos constitutivos del desarrollo histórico-social de la Turquía actual, o de su economía o su estado de bienestar,

el último reducto del adversario». Y por adversario no debe entenderse, naturalmente, Turquía, sino los Estados que, desde luego con toda legitimidad, se alzarían como adversarios si Europa incursionase con un proyecto político de la envergadura de la UE en la zona geopolítica que a otros les es propia.

En fin, última regla: los pueblos que han sabido buscar un gran destino deberían seguir haciéndolo precisamente allí donde su cumplimiento es más conducente a una feliz conexión de los fines más favorables al conjunto de la humanidad, entrañados en la multitud de destinos particularizados que esos pueblos han buscado a lo largo de la historia. Nadie mejor que el pueblo y el Estado turcos pueden cumplir el destino geopolítico que corresponde hacer a favor de la civilización y el progreso humano en esa inmensa parte del mundo donde se hallan implantados. A título de ejemplo, si la rebelión popular que derribó en marzo del 2005 la dictadura de Kirguizistán es la primera ficha del dominó que cae entre las repúblicas

debería contar, en mi opinión, con el total apoyo de Europa y de Occidente. Pero el intentar y lograr esa modernización debe ser una decisión incondicionada e incondicional de Turquía. El desarrollo de una sociedad civil turca vigorosa e independiente es algo deseable para Turquía y que sólo Turquía puede desear y conseguir. Por tanto, su modernización y su ingreso en la UE deben ser tratadas como variables independientes.

Lo que, sin embargo, constituye un hecho invariable es la pertenencia de Europa y Turquía a dos espacios geopolíticos y geohistóricos distintos e inconfundibles, en cada uno de los cuales pueden cumplir destinos admirables, enriquecedores, en su diversidad, de la experiencia humana. ANTONIO SÁNCHEZ-GIJÓN



CARTER VAUGHN FINDLEY

THE TURKS IN WORLD HISTORY

Oxford University Press, 2005
300 págs.

túrquicas de Asia Central, ningún otro pueblo o Estado que los de Turquía tienen mejores condiciones para ejercer sobre ellos una influencia favorable a su modernización y democracia. Turquía, además, tiene todas las cartas necesarias para ser agente de primer orden en la estructuración pacífica y democrática de las regiones del mundo extremadamente convulsas donde se hallan implantados su territorio y su espacio vital.

El milenario curso de la «caravana turca» a través de espacios inmensos no necesita traspasar más fronteras, sino integrar en la admirable diseño de su alfombra histórica a pueblos y regiones del mundo, cuyos destinos no se han visto tan felizmente realizados, porque son ellos, el pueblo y el Estado turcos, los que lo pueden hacer posible mejor que nadie[8]. ANTONIO SÁNCHEZ-GIJÓN

NOTAS

1 El art. 1-58 afirma que «todo Estado europeo que desee convertirse en miembro de la Unión debe dirigir su petición al Consejo»

2 El 28 de febrero del 2005 el congreso francés, en Versalles, aprobó una enmienda constitucional por la que el gobierno se obliga a que el proyecto de ley para la adhesión de un candidato a la Unión sea sometido a referéndum (art. 88-5).

3 En relación con la organización del Estado turco y, dentro de él, con la formación del pueblo turco, ver Colin Imber, *El imperio otomano, 1300-1650*, Vergara, Barcelona, 2004. Basta recorrer sus páginas para que la imaginación trace un paralelo entre el desarrollo histórico-social del pueblo turco durante el imperio otomano, y el de los pueblos europeos occidentales contemporáneos, en materia de organización del Estado, legitimación del poder, libertades personales, administración de justicia, etc. Lo que se quiere indicar con esto es que la formación de los modernos pueblos europeos y el moderno pueblo turco tienen raíces espirituales totalmente diferentes.

4 Desarrollo este tema en el artículo «Geopolítica y la cuestión turca», en *Política Exterior*, n.º 101, septiembre/octubre 2004.

5 Terminología de Jaime Vicens Vives.

6 Los autores del Tratado de Constitución europea han retirado el factor religioso como rasgo identitario de Europa, pero en Turquía se discrimina de forma deliberada a las iglesias cristianas, y se las hace rehén de la buena marcha de las negociaciones entre Turquía y la UE. Véase *The New York Times*, 21 de noviembre de 2004.

7 En Francia, al menos, a finales del 2004, el 64% de los opinantes en una encuesta se oponían al ingreso de Turquía en la Unión. Ver el artículo de Valery Giscard d'Estaing «Turquie: pour le retour a la raison», *Le Figaro*, 25 de noviembre de 2004.

8 Los tropos literarios de este párrafo están tomados de Carter Vaughn Findley, *The Turks in World History*, Oxford University Press, 2005, p. 55.

ENRAIZADO EN UN PAÍS LEJANO

El pontificado del hombre

JAN KIENIEWICZ CATEDRÁTICO DE HISTORIA DE POLONIA. DIPLOMÁTICO

Fue el mismo Karol Wojtyla quien se presentó como un forastero llegado «de un país lejano». En aquel entonces —corría el año 1978—, aquella definición suya tuvo un significado especial. Desde 1945 Polonia formaba parte del bloque soviético y, además, desde hace mucho se la veía como una parte periférica de Europa, casi ni del todo europea. «¿Es un negro Wojtyla?», se preguntaron cuando fue anunciada su elección. Después comprobaron con alivio que el nuevo papa hablaba «nuestro» idioma. Juan Pablo II les corrigió enseguida con precisión: hablaba el idioma del amor. Y eso es lo esencial, puesto que este pontificado ha dado testimonio del amor de Cristo al hombre. ¿Es que un observador polaco podría ver de otro modo todo lo que más importa en la obra de Juan Pablo II? ¿Es que las raíces polacas pueden dar alguna otra explicación? Me gustaría analizar ambas posibilidades y con plena consciencia de arriesgarme a una reflexión hecha al instante. La dimensión universal de la obra de Karol Wojtyla es tan obvia como su arraigo en lo polaco. Juan Pablo II no sólo fue polaco, sino que fue un gran patriota polaco. Sin embargo, ya desde los inicios de su camino sacerdotal, en su actividad notamos un profundo sentido universal.

La perspectiva polaca de Karol Wojtyla viene dada ante todo por la experiencia vivida en Polonia, por toda la formación cultural recibida. A esto habría que añadir las enseñanzas que dirigió a sus compatriotas,

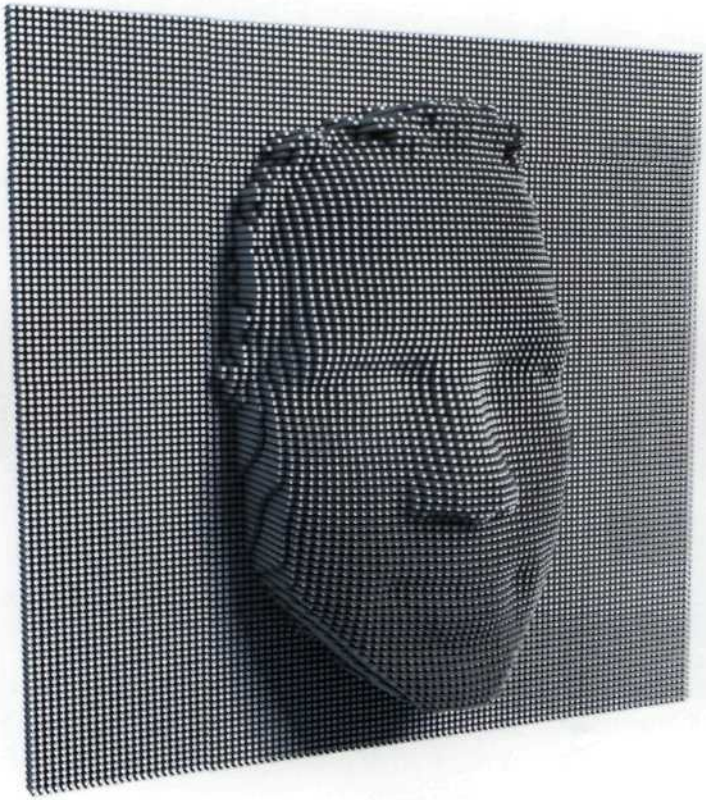
su papel en la Iglesia polaca. Y por último, un aspecto aún más difícil de concebir: la percepción polaca de las enseñanzas de Juan Pablo II. Esas tres corrientes de pensamiento hay que tratarlas de forma conjunta.

Su llamamiento: «¡No tengáis miedo!», fue lo esencial. Juan Pablo II disminuyó el distanciamiento, abrió la Iglesia y se abrió a la gente. Asimismo, y como consecuencia de este llamamiento, Polonia no sólo se encuentra en la Unión Europea sino, simplemente, en el mundo, más cerca de Roma. La frontera que dividía a Europa desapareció en grado sumo. Al mismo tiempo, la Iglesia católica entró sin temor en la época global y aceptó el reto que tenía planteado desde el principio. Ese proceso significó el comienzo, y no un mero intento de rescatar a la Iglesia. Al eliminar las divisiones, Juan Pablo II salía al mundo y por todo el mundo.

Con esta tarea cumplió su misión de forma extraordinaria, aunque a veces pudiera parecer que las formas prevalecieron sobre el contenido. Así podrían pensar aquellos que midieron su pontificado sólo por la cantidad de países visitados, por los miles de kilómetros de su peregrinación, por los millones de oyentes, por las docenas de miles de páginas de sus encíclicas, exhortaciones, ponencias, sermones y otros enunciados. La faceta exterior del pontificado tuvo un atractivo sin precedentes desde el punto de vista de los medios de comunicación. Juan Pablo II, por primera vez en la historia, consiguió hacer cosas tan importantes como visitar una sinagoga, rezar en una mezquita, pedir perdón por las culpas cometidas y no cometidas en el pasado por la Iglesia católica o en nombre de la misma. Los logros de Juan Pablo II son incontables, pero no fueron el motivo por el cual el mundo ya lo ha nombrado Grande. No fue ese el motivo por el que la gente reunida en la plaza de San Pedro reclamó que lo anunciasen como un santo. Siendo todo ello muy importante, lo esencial de su acercamiento fue su profunda reflexión sobre el hombre como tal. Con amor. Algo obvio pero que, de repente, se descubrió como una revelación.

El significado histórico de la presencia de Juan Pablo II en la Iglesia se encuentra en la atención centrada en la misión pastoral. Por lo tanto, lo primero fue el amor hacia el hombre, que es el camino de la Iglesia.

Invierta en
FONDOS PERFILADOS



Una gestión a su medida

Consulte los folletos de los fondos en su sucursal
o infórmese llamando al 902 10 17 10

sogeval, s.a.
Sociedad Gestora

GRUPO BANCO POPULAR

BANCO POPULAR ESPAÑOL · BANCO DE CRÉDITO BALEAR · BANCO DE ANDALUCÍA · BANCO DE GALICIA · BANCO DE CASTILLA · BANCO DE VASCONIA

Entidad Gestora: SOGEVAL, S.A., S.G.I.I.C, inscrita en el registro de la CNMV con el número 4. Entidad Depositaria y garante BANCO POPULAR ESPAÑOL, S.A. inscrita en el registro de la CNMV con el número 21. Puede obtener gratuitamente el folleto completo y simplificado en la Gestora o entidad comercializadora y en la página web del Grupo Banco Popular (www.grupobancopopular.es) y puede ser consultado en el Registro de la CNMV donde se encuentra inscrito.

SI ERES AUTOR O EDITOR, EN CEDRO TUS PALABRAS VALEN MÁS

CEDRO es la asociación que **gestiona colectivamente los derechos de reproducción de escritores, traductores, periodistas y editores.** Ponemos todos nuestros recursos para que tus palabras tengan el valor que merecen. **Asóciate:**

- Cada año recibirás los **derechos económicos** que te corresponden por la copia de tus obras.
- Te beneficiarás de **múltiples servicios** que ponemos a tu disposición.
- Sin tener que pagar cuotas ni desembolsar cantidad alguna.

MÁS INFORMACIÓN

www.cedro.org
91 702 19 39 socios@cedro.org
93 272 04 45 cedrocat@cedro.org

CEDRO
Centro Español de Derechos Reprográficos
Entidad de Autores y Editores

Lo segundo, la apertura hacia el mundo, que se coronó con el establecimiento de la fiesta de la Divina Misericordia. El objetivo del Papa fue conducir a la salvación a todos los hombres y llevar la Buena Nueva a toda la comunidad. Esto centró las enseñanzas del Papa en valores como el amor, la verdad, la justicia y libertad. Y todo ello otorgó al pontificado una dimensión civilizadora y, a la vez, le convirtió en un ejemplo de superación de las fronteras de la civilización europea en nombre de la universalidad del Evangelio. Ese es el mayor logro del pontificado: volver a predicar el Evangelio para todos. Para todo el mundo, sin perturbar su identidad. Este mundo comenzaba en Europa, a la que Juan Pablo II se dirigió ya desde el principio con un mensaje derivado de su experiencia polaca.

No fue el Papa de los polacos, aunque estamos orgullosos de haber sido los que dimos al mundo a alguien de esa talla. Esto ni nos sorprendió entonces ni sorprende ahora. Este país lejano guardaba suficiente riqueza de ideas y hazañas acumuladas, como para dar lugar a un hombre de esta personalidad tan poco común.

La profunda reflexión sobre el hombre tiene tres dimensiones: la de la persona, la de la comunidad y la de la humanidad. Esa es una división banal y por razones obvias no requiere mayores explicaciones; de ese modo, la perspectiva pastoral la constituyó el mismo Jesucristo. La cuestión está en la manera de llevarla a cabo. Sin embargo, eso no quiere decir que los logros de Juan Pablo II en materia de la doctrina tengan menos importancia. Sus encíclicas han jugado un papel muy importante y siempre se hará referencia a ellas, pero todos los papas las han elaborado desde siempre. El fenómeno de un pontificado no se manifiesta en el potencial intelectual de sus enseñanzas, ni tampoco debería valorarse por la personalidad de un papa. Karol Wojtyla aportó a su misión pastoral «a la Ciudad y al Mundo» una inmensidad de talentos: un excelente intelecto acompañado de una erudición académica y experiencia vital; habilidades teatrales acompañadas de una voz cautivadora; una memoria extraordinaria y una vitalidad inagotable; fue poeta y

filósofo. Pero todas esas cualidades, incluso antes de su elección, estuvieron siempre sometidas a la vida de un hombre.

A CADA PERSONA

La experiencia vivida polaca de Juan Pablo II es por tanto importante, porque le ha formado como hombre. Fueron los polacos los que tuvieron ese privilegio especial de ser sus colegas de escuela o de escenario, de universidad o de senderismo en la montaña. A nosotros, los polacos, nos habló en su idioma materno, al que concedía el valor de un instrumento musical. Nuestra concepción de su formación, es decir, su cultura, su manera de percibir los valores o su modo de servirse en la vida las experiencias vividas, es único. Esa riqueza de la cultura propia no siempre se puede traducir a otro idioma, a otra cultura. Y esto no se le concede a todo el mundo en forma de talento. Karol Wojtyla lo supo. Y quiso y supo emplear su talento y experiencia en función de la misión para todos y cada uno. No fue el Papa de los polacos, aunque estamos orgullosos de haber sido los que dimos al mundo a alguien de esa talla. Esto ni nos sorprendió entonces ni sorprende ahora. Este país lejano guardaba suficiente riqueza de ideas y hazañas acumuladas, como para dar lugar a un hombre de esta personalidad tan poco común.

Fue la misma tradición la que le enseñó el papel del amor y de la libertad. Su propia experiencia vivida le enseñó la importancia de la verdad en las relaciones con las otras personas. Estos tres valores son el fundamento de diálogo. Ya antes, siendo párroco universitario, Karol Wojtyla practicó el diálogo, antes de ocuparse de ello como intelectual.

¿Hay algo específicamente polaco en su tratamiento de la libertad humana? Juan Pablo II no elabora sus opiniones desde la reflexión filosófica o teológica. Su punto de partida es la práctica. Había experimentado el cautiverio impuesto por ambos sistemas totalitarios y se impuso ante los dos, siendo un hombre formado por la tradición polaca y cristiana. Esa tradición se remonta hasta los tiempos de la *Respublica* polaco-lituana de los siglos XVI-XVII, multinacional y multirreligiosa, pero de una sola libertad, la del estamento noble de ciudadano. Dentro de esa tradición, la única limitación de la libertad fue la fe en Dios. La nación, a la que se

privó de su propio Estado a finales del siglo XVIII, creó una fuerte convicción en un derecho irrenunciable a la libertad y una confianza casi mesiánica en la fe católica. Juan Pablo II convirtió esas experiencias en una práctica pastoral basada en el amor.

La nación polaca, a la que se privó de su propio Estado a finales del siglo XVIII, creó una fuerte convicción en un derecho irrenunciable a la libertad y una confianza casi mesiánica en la fe católica. Juan Pablo II convirtió esas experiencias en una práctica pastoral basada en el amor.

La actividad con los jóvenes tuvo una importancia decisiva. Esto se puede entender como consecuencia de sus propias vivencias, antes de que nadie se hubiera dado cuenta de la necesidad de salir para enfrentarse con los problemas de la gente joven. Desde que empezó su labor pastoral en los ambientes universitarios de Cracovia, vio que lo que necesitaban era amor. Sabía que aquello consistía en una profunda reflexión sobre la causa esencial del otro. Los testimonios de la gente con la que trabajó en la parroquia de San Florián de Cracovia siendo un joven sacerdote, le marcaron claramente. La facilidad extraordinaria de Juan Pablo II para entablar una relación, la convicción de que en ese instante el otro es para él la persona más importante, tiene su origen indudablemente en un verdadero amor. Karol Wojtyla detectó esa necesidad, al igual que sus propias habilidades para saciarla, de la relación con los jóvenes. De mi propia experiencia vivida en la parroquia universitaria de los años cincuenta resulta que su modelo funcionó y también lo emplearon otros sacerdotes con bastante éxito. Sin embargo, al tener en cuenta memorias y lazos que hasta hoy día unen a la gente que formó parte del llamado «Srodowisko»[1], descubrimos que el sacerdote —y después, obispo— Wojtyla tuvo un talento excepcional. Estas cosas no se pueden medir, pero creo que vio en esa habilidad suya un don que tenía que desarrollar. Su experiencia de la actividad con los jóvenes fue una inspiración evidente para el importante programa de los Días Mundiales de los Jóvenes, que se vienen celebrando desde hace ya veinte años.

A CADA COMUNIDAD La segunda dimensión de su servicio pastoral es la comunidad. Juan Pablo II estaba convencido de la importancia de la nación para el hombre, para su camino de salvación. Es en la nación donde nace y se preserva una cultura que propicia el diálogo. El hincapié que ponía al hablar de esta cuestión no derivaba exclusivamente de su patriotismo. Su programa para Polonia no se limitaba sólo y únicamente al llamamiento del Espíritu Santo. Aunque es cierto que en su homilía pronunciada en Varsovia en 1979 reclamó que el Espíritu Santo renovase el rostro de la tierra polaca, pero con ello se refería a la renovación del corazón humano. Con menos frecuencia se recuerda que, en la misma homilía, dijo que no se podía entender la historia de la nación polaca sin Jesucristo.

En la percepción polaca de las enseñanzas del Papa en aquellos años se intentó buscar sobre todo las connotaciones políticas en las que él insistía. Es cierto que en los años ochenta nos habló a nosotros y por nosotros. Sus viajes a Polonia fueron muy incómodos para el gobierno comunista polaco. Pero hay que subrayar que sus enseñanzas dirigidas a la comunidad polaca tuvieron, por encima de todo, una dimensión religiosa. En ellas hizo hincapié, esencialmente, en la cuestión de la responsabilidad del hombre por su propia vida y por la de su nación. El programa para Polonia fue el llamamiento de Jasna Gora anunciado en el año 1966 con motivo de las celebraciones del milenio del bautismo de Polonia: «Santa María, Reina de Polonia, estoy a tu lado, recuerdo, vigilo». Es un programa de fidelidad, de amor y, asimismo, de apoyo a la identidad y a los vínculos nacionales. Al hablar, la velada destacó especialmente como una defensa de valores y de la solidaridad de las gentes. Les recordó a los polacos que tenían que ser fuertes y no doblegarse ante al mal, sino vencerlo con el bien.

A TODA LA HUMANIDAD Ya desde el principio del pontificado resaltó expresamente la unidad entre el afán de formar a un hombre capaz de evangelizar a través del ejemplo de vida cristiana, el reconocimiento del papel de la comunidad de la nación como un vínculo cultural enraizado en Cristo, y la perspectiva

universal. Juan Pablo II lo expresó de manera contundente en una conmovedora enseñanza en el Blonie de Cracovia el 10 de julio de 1979, al indicarnos que teníamos que ser fuertes con el poder de la fe. Pero también con el poder de la esperanza y del amor. Esa fuerza «nos ayuda a entablar ese gran diálogo con el hombre y con el mundo, arraigado en el diálogo del mismo Dios... el diálogo de la salvación». El ruego del Santo Padre —que «jamás dudéis ni os canséis, y que no os desaniméis, que vosotros mismos no cortéis esa raíz de la que crecemos»— contiene en sí mismo todas las dimensiones de su preocupación pastoral: por el hombre, por la nación y por toda la humanidad. Ese modelo encontró en Polonia una aceptación absoluta, ya que derivaba de la experiencia polaca. Juan Pablo II daba esa experiencia a una dimensión universal.

Juan Pablo II estaba convencido de la importancia de la nación para el hombre, para su camino de salvación. Es en la nación donde nace y se preserva una cultura que propicia el diálogo.

Otra cuestión fue que las enseñanzas del Papa pasaron más inadvertidas por el surgimiento del movimiento de «Solidaridad», la ley marcial del 13 de diciembre de 1981 y, finalmente, por la transformación pacífica del año 1989. El Papa acabó con el comunismo... El mismo lo negó tajantemente, señalando (por ejemplo, en *Memoria e identidad*) que el sistema había caído por sí mismo. Aun así, no cabe duda que a Juan Pablo II se le consideraba a la cabeza de la nación. Después de 1989, cuando empezó a construirse la democracia en Polonia, fue cuando salieron a la luz las discrepancias entre las enseñanzas del Papa y la actitud de sus compatriotas. Se puede decir que Juan Pablo II esperaba más, puesto que exigía de los polacos mucho más. Sus reflexiones acerca de la patria, del patriotismo y de la nación no dejan ninguna duda. Todo cristiano tiene un deber que cumplir respecto a la comunidad con la que convive.

Juan Pablo II fue plenamente consciente no sólo de los sentimientos de sus compatriotas sino que también del papel que se le había otorgado

como «cabeza» de la nación. En la tradición polaca, durante la época de interregno, el primado cumplía con el papel de *interrex* y esa función de rey no oficial se fortaleció durante la época del cautiverio en el siglo XIX. Por eso, bajo el mando del gobierno comunista, el primado Stefan Wyszynski cumplió con un papel que sobrepasaba bastante sus competencias relativas a la Iglesia. Sin embargo, tras su muerte en el año 1981, este papel fue transferido a Juan Pablo II. El Santo Padre se dio cuenta de los sentimientos y del ambiente vivido en aquel entonces. Uno de los observadores de su primera peregrinación a Polonia, al ver a los jóvenes reunidos delante de la iglesia universitaria de Santa Ana de Varsovia, anotó que serían capaces de llamar rey al Papa (como en *Juan* 6,15). En ningún otro país, tal y como en la Polonia de aquel entonces, fue tan fuerte la tensión entre el papel religioso y una esperanza secular.

De la misma manera hay que hablar sobre su visión de Europa como unidad orgánica del Este y Oeste. En el sermón pronunciado en Gniezno el 3 de junio de 1979, Juan Pablo II formuló una tesis que volvería a repetir varias veces, de varias maneras y en varias ocasiones: «¿No es así que el mismo Cristo quiere, o el Espíritu Santo resuelve, que este papa-polaco, este papa-eslavo, ahora mismo, desvele la unidad de la Europa cristiana?». Se refería, por supuesto, a las dos grandes tradiciones cristianas que forman la base de Europa, y sin las cuales la civilización actual estaría condenada a la extinción.

Pero también nos hizo comprender el escándalo que había supuesto la partición impuesta a Europa como consecuencia de la II Guerra Mundial y la aceptación en Yalta y Potsdam de la dominación soviética sobre la parte oriental del continente. Asimismo recordó los versos de Juliusz Slowacki quien, llevado por una inspiración profética en el año 1848, trazó en un poema la visión de un papa-eslavo. Sin embargo, tanto el poeta como sus lectores sabían que aquel eslavo era un polaco. Así fueron recibidos esos versos en Polonia en el momento de la elección de Juan Pablo II. Él lo sabía perfectamente. Ahora, después de la muerte de Juan Pablo II, esos versos dan mucho más que pensar al trazar la visión de la salvación del mundo a través del amor.

El Santo Padre quiso darnos a entender que sólo era posible conseguir la unidad de Europa en la cristiandad, no fuera de ella. Lo expresó con precisión en el libro *Memoria e identidad*. Es, sin embargo, una visión marcada por el amor y el deseo de convencer de la necesidad de respetar nuestro patrimonio. Cuando Juan Pablo II interrogó a Francia por su patrimonio cristiano, se refería también a todos nosotros como responsables del mismo. No fue una reconvención a todos cuantos se olvidaban de él. En su voz siempre se pudo escuchar amor, preocupación, ánimo, para que eligiésemos unas soluciones difíciles: unas soluciones basadas en la esencia de la civilización, en el sistema de valores.

Después de 1989, cuando empezó a construirse la democracia en Polonia, fue cuando salieron a la luz las discrepancias entre las enseñanzas del Papa y la actitud de sus compatriotas. Se puede decir que Juan Pablo II esperaba más, puesto que exigía de los polacos mucho más.

Mucho más difícil parece describir la visión polaca de las enseñanzas del papa en todo tipo de materias claves. La encíclica *Laborem exercens* fue leída muy a menudo por la gente que se dedicaba a la labor sindical bajo el gobierno comunista. Sin embargo, el actual movimiento sindicalista de Polonia ya no suele guiarse por sus palabras.

El rechazo a la clasificación izquierda-derecha, el escepticismo frente a la oposición del progreso al conservadurismo no fue ni en la obra ni en la actitud de Juan Pablo II un intento de evitar la confrontación. Me cuesta dar el visto bueno a la insinuación frecuente de que Juan Pablo II no comprendía suficientemente la motivación de los católicos implicados en los procesos revolucionarios, pese a entender el peligro del totalitarismo. Creo que fue exactamente todo lo contrario. La falta de libertad del hombre, su pobreza y falta de esperanza eran las mismas y originadas por la misma falta de amor. Rechazaba el análisis de la lucha de clases, no sólo por el motivo de su experiencia vivida: lo hacía también por el respeto al hombre como tal, por el respeto a los valores.

Frente a un mundo arrastrado por todo tipo de conflictos, el camino que había elegido siguió siendo el hombre.

Los polacos fueron y siguen estando orgullosos de su compatriota. Su visión del mundo que no se deja llevar por la tentación totalitaria ni por el consumo se asemeja mucho a la ética de «Solidaridad». No parece en absoluto extraño. El movimiento polaco de contestación tuvo la misma raíz que el pensamiento de Juan Pablo II sobre el problema del trabajo y del capital. Hoy día se ve muy claramente que, en todas las dimensiones, ese pontificado unió la experiencia nacional con la visión global. Eso hizo que Juan Pablo II pudiera abordar sin miedo el fenómeno de la aculturación. Su apertura hacia todos los continentes y variedad de experiencias no fue un mero un trato diplomático, sino que derivaba de la experiencia de un mundo multicultural de la *res publica*.

¿Es que la perspectiva polaca de ese extraordinario pontificado debe limitarse a señalar las distintas fuentes polacas e influencias en múltiples aspectos de la realidad polaca? Por supuesto que no. Es muy comprensible que al ser polacos, nos fijemos con más atención en lo que se refiera a nosotros, es decir, a la comunidad polaca. Sin embargo, no es lo único. En las enseñanzas de Juan Pablo II podemos encontrar las instrucciones acerca del papel que preveía que desempeñase Polonia: tenía que aportar a Europa unas fuerzas nuevas y fortalecer el proceso de una nueva evangelización. Algunos lo han tomado con una actitud profética, quisieron ver en esa referencia a las raíces cristianas una misión especial para ellos mismos. Pero no era eso lo que esperaba Juan Pablo II. Al dirigirse a sus compatriotas sólo tenía en cuenta el hecho de que a finales del siglo XX, Polonia seguía siendo un país menos afectado por el progreso del laicismo. Por eso quiso protegerla, para que se salvase de ese proceso. Lo que proponía era la perspectiva de diálogo, es decir, de una comunidad y de una apertura hacia el mundo en las que los valores estuvieran al alcance de todos y fuesen adoptados por todos.

En mi opinión, el intento de clasificar a Juan Pablo II con base en las categorías de progreso y conservadurismo, a través de las clases políticas, da lugar a unos efectos lamentables. Él fue un hombre completamente inmune a la corrección política. Aun cuando pidió perdón por

las culpas cometidas por los cristianos, incluso, por las no cometidas, lo hizo con amor y no por motivos de interés. Para Juan Pablo II, la salvación de la gente fue lo esencial, la anunciación de la Buena Nueva fue un instrumento y nunca un objetivo. Nos hizo recordar insistentemente que la Iglesia la creó Jesucristo y no nosotros. Por lo tanto, no debemos dar demasiadas vueltas presumiendo de nuestro papel en la victoria en las puertas del infierno. Por otro lado, al dirigirse al hombre, Juan Pablo II, simplemente, cumplió con la instrucción: «Por ello os reconocerán como discípulos míos». El Santo Padre fue seguidor de Jesucristo y sugirió que ese era el camino que deberíamos seguir cada uno de nosotros. Un camino de diálogo, es decir, de adopción del amor, de la verdad y de la libertad, como valores que nos guíen cada día. ◆ JAN KIENIEWICZ

Uno de los observadores de su primera peregrinación a Polonia, al ver a los jóvenes reunidos delante de la iglesia universitaria de Santa Ana de Varsovia, anotó que serían capaces de llamar rey al Papa (como en *Juan* 6,15). En ningún otro país, tal y como en la Polonia de aquel entonces, fue tan fuerte la tensión entre el papel religioso y una esperanza secular

NOTA

1 O bien pequeña familia, así se denomina el grupo unido por Karol Wojtyla en los años de su trabajo pastoral universitario.

Juan Pablo II en la historia de la Iglesia universal

JOSÉ ORLANDIS CATEDRÁTICO DE HISTORIA DE LA IGLESIA

Quienes por razón de edad estamos en condiciones de recordar sucesos acaecidos entre los meses de agosto y octubre del año 1978, podemos apreciar hasta qué punto fue aquél un período singular en la historia tantas veces centenaria del pontificado romano. El «verano de los tres Papas» ha sido llamado con alguna inexactitud, ya que aquel tiempo se repartió entre el final del verano y el comienzo del otoño. El 6 de agosto murió en Castegandolfo Pablo VI, tras un pontificado que había durado más de quince años. El 26 de aquel mismo mes fue elegido Juan Pablo I, «el Papa de los treinta y tres días», fallecido el 28 de septiembre, tras uno de los pontificados más breves que se han conocido. El 16 de octubre, la elección de Karol Wojtyla abrió el tercer papado más largo de la historia de la Iglesia, tan sólo superado por los de san Pedro y Pío IX. Juan Pablo II falleció a las 21 horas y 37 minutos del sábado de la Semana de Pascua, 2 de abril de 2005.

No se trata aquí de esbozar una síntesis de la vida y el pontificado de Juan Pablo II. Tiempo habrá de prolongar hasta el final de su existencia terrena las valiosas biografías que ya se han escrito, sin aguardar a que llegase el fin de su gobierno pastoral. Mi intento va a ser mucho más modesto y se limitará en esta hora, dominada aún por la conmoción suscitada por su muerte, a destacar algunos rasgos relevantes de la personalidad del difunto Papa y de la huella que ha dejado su obra en la más reciente historia de la Iglesia.

Un primer punto sobre el que conviene llamar la atención es que Karol Wojtyla fue Papa sin haber sido antes papable. Su nombre nunca figuró en las quinielas previas a la elección pontificia. En la Iglesia del siglo XX ha habido ocasiones en que, vistas las cosas con ojos humanos, la sucesión parecía bastante previsible, mientras que en otras no. En 1939, a la muerte de Pío XI, la figura del cardenal Pacelli, secretario de Estado, destacaba como probable sucesor y, efectivamente, Eugenio Pacelli fue elegido como el papa Pío XII. También en junio de 1963, a la muerte de Juan XXIII, el arzobispo de Milán, Juan Bautista Montini, tenía tal personalidad en el colegio cardenalicio, que no sorprendió que este «papable» fuera el nuevo papa Pablo VI. Otras veces, en cambio, ocurrió lo contrario. Juan XXIII «sorprendió» a los «vaticanistas» como sucesor de Pío XII e igual sucedió con Juan Pablo I a la muerte de Pablo VI, en agosto de 1978. Tras el inesperado fallecimiento de Juan Pablo I, en el cónclave del siguiente mes de octubre, la lista de candidatos parecía mucho más incierta y ningún «experto» se atrevió a incluir en ella el nombre de Karol Wojtyla, arzobispo de Cracovia. Es lógico que así fuera.

EL EMPEÑO ECUMÉNICO Una tradición ininterrumpida de más de cuatro siglos y medio, que se remontaba a la muerte de Adriano VI en 1523, demandaba que el Papa fuera italiano, natural de tierras de la península en que estaba enclavada la sede romana. Karol Wojtyla no era italiano, sino polaco, eslavo, y nunca un eslavo había ocupado la cátedra de Pedro. Polonia, su patria, formaba parte por entonces del bloque de Estados políticamente dependientes de la Unión Soviética, con un gobierno de inspiración comunista que restringía drásticamente la libertad religiosa y condicionaba sobremanera la vida de la Iglesia. Un papa no italiano sino extranjero —polaco—, procedente de un país del este de Europa, constituía una hipótesis tan inverosímil que escapaba a las cábalas de los más audaces «vaticanistas».

Juan Pablo II fue elegido obispo de Roma, se hizo romano y, como tal, ecuménico, universal. Así lo proclamaba ya solemnemente en noviembre de 1979, apenas cumplido un año de su elección, en Éfeso,

Tras el fallecimiento de Juan Pablo I, ningún «experto» se atrevió a incluir en la lista de candidatos el nombre de Karol Wojtyla.

visitando la casa que la tradición considera la morada terrena de la Virgen María, en la época siguiente a la Ascensión del Señor. «Queremos —dijo— asumir hoy un compromiso a los pies de esta nuestra Madre común: nos comprometemos a llevar adelante con toda nuestra energía y en actitud de total disponibilidad a las sugerencias del Espíritu el camino hacia la plena unidad de todos los cristianos». La Iglesia —y en concreto la de Europa— no debía ser ni oriental ni occidental, porque había de respirar con sus dos pulmones, Oriente y Occidente. Pablo VI había proclamado un patrono para Europa y escogió a san Benito, el patriarca de los monjes de Occidente. Juan Pablo II, sin enmendar la plana a su antecesor, completó el grupo de patronos de Europa, otorgando el título de copatronos a dos santos más: los hermanos Cirilo y Metodio, venidos en el siglo IX desde Constantinopla a misionar los pueblos eslavos occidentales. La encíclica *Ut omnes unum sint* (25.V.1995) ha de considerarse como un documento clave para comprender este anhelo ecuménico que ha constituido uno de los empeños fundamentales de su pontificado.

Es cierto que los esfuerzos de Juan Pablo II en pro de la unión de los cristianos chocaron con la oposición del patriarcado de Moscú, impidiendo la realización de uno de los mayores deseos del Papa: visitar Rusia y dar un paso más en el camino hacia la unidad de los que comparten una misma fe y unos mismos sacramentos. Pero no deben caer en olvido los avances que ya se han conseguido. Quienes fueron testigos de las exequias de Juan Pablo II recordarán los responsos entonados por los jerarcas de las Iglesias orientales, encabezados por el patriarca ecuménico de Constantinopla. Los encuentros religiosos de Asís tuvieron también su reflejo en la plaza de San Pedro donde se hallaban presentes delegaciones de las grandes religiones monoteístas descendientes de Abraham —judíos y musulmanes— y aún de otros credos religiosos. Las doscientas representaciones que asistieron a las exequias —entre ellas los tres últimos

presidentes de Estados Unidos— dan idea del prestigio alcanzado por el pontificado en el largo gobierno de Juan Pablo II.

JUAN PABLO MAGNO Juan Pablo II ha marcado una huella indeleble en un dilatado período de la Iglesia contemporánea. Maestro y apóstol son dos rasgos característicos de su personalidad. Como maestro, resulta impresionante el legado doctrinal que deja a la cristiandad de hoy. Un legado que aborda las cuestiones más diversas, planteadas en un tiempo decisivo para la historia religiosa y moral del mundo. Catorce encíclicas y un centenar de cartas apostólicas son el exponente de una inmensa labor magisterial, ilustrando la fe de la Iglesia ante los problemas, muchos de ellos inéditos, que han agitado las sociedades de la tierra durante el último cuarto de siglo. El Papa ha sido el heraldo de la verdad, expuesta sin ambigüedades y con valentía, bogando siempre que ha sido preciso a contracorriente de la degradación de los valores fundamentales de la ley natural y evangélica.

Pero Juan Pablo II ha sido también el varón apostólico que ha llevado las «palabras de vida eterna» por toda la faz de la tierra. Así lo atestiguan más de cien viajes en los que ha buscado a los hombres de todas las lenguas y culturas, acercándose a ellos con su presencia y su palabra. Estos viajes de misión le pusieron en contacto con las realidades de la Iglesia actual, que han desbordado sus antiguas fronteras europeas, entrando profundamente en las dos Américas, y entre los pueblos de más reciente evangelización de Asia y África. Unos continentes que han de ser tierras de promisión para la Iglesia, tanto la de hoy como, con más razón, la de mañana.

Estas —más la contribución a la emancipación liberadora de los pueblos del este de Europa— son algunas de las razones que parecen justificar el apelativo de «Magno» que el cardenal Sodano, secretario de Estado, atribuyó a Juan Pablo II en la homilía de una misa celebrada a raíz de su muerte. Este término no fue bien comprendido por muchos comentaristas que lo interpretaron como una alusión a la fama —por otra parte innegable— de la santidad personal del Papa difunto. Es conveniente aclarar, por razón de exactitud histórica, que no todos los papas santos han sido llamados «Magno» en dos milenios de vida de la Iglesia. No ha sido

La Iglesia —y en concreto la de Europa— no debía ser ni oriental ni occidental, porque había de respirar con sus dos pulmones, Oriente y Occidente.

llamado Magno Pío X, el único papa canonizado en el siglo XX; ni Pío V, el impulsor de la Liga Santa, victoriosa en Lepanto; ni siquiera lo fue Gregorio VII, el defensor de los derechos de la Iglesia en la lucha de las Investiduras. León I y Gregorio I son los dos únicos papas «Magnos» que registra la Historia.

San León Magno (440-461) desempeñó un papel fundamental en la configuración doctrinal del primado romano. Su magisterio doctrinal, expuesto en la epístola dirigida al obispo Flaviano de Constantinopla, fue aclamado en el concilio ecuménico de Calcedonia (451) —«¡Pedro ha hablado por boca de León!»— y sirvió de base a la definición dogmática de las dos naturalezas de Cristo, «perfecto Dios y perfecto hombre». En el plano político, León hizo frente a la terrible amenaza que representó para Europa la invasión de los hunos, y consiguió su retirada, tras entrevistarse personalmente con el rey Atila cerca de Mantua, en el norte de Italia.

Gregorio I (590-604), siglo y medio más tarde, recibió el título de «Magno» por muchas razones: por su obra escrita entre la que nos ha dejado 850 cartas y tratados doctrinales tan notables como la «Regla Pastoral» o las *Moralia*; por su empuje evangelizador, que puso las bases de la Europa cristiana de la primera Edad Media. Gregorio, impulsor de la conversión de los longobardos, fue el amigo de san Leandro de Sevilla y contemporáneo de Recaredo, el primer rey visigodo-católico; y envió a Agustín de Canterbury a implantar el cristianismo en la Inglaterra sajona. En el propio campo de la liturgia, todavía recuerda su nombre el canto «gregoriano». Hasta ahora, en la historia del pontificado ha habido muchos papas santos, pero sólo dos han sido llamados Magnos. Juan Pablo II parece que va a ser el tercero.

EL CAMINO HACIA EL TERCER MILENIO

Juan Pablo II ha sido, tras muchos siglos de historia, el Papa que derramó su sangre por su condición de vicario de Cristo. Una

misteriosa conjuración de las fuerzas del mal pretendió acabar con su vida al poco tiempo de elegido, y se valió de un instrumento seguramente incapaz de adivinar quién era el que había puesto en su mano el arma homicida. El pontífice tuvo siempre el convencimiento de que la santísima Virgen —la Virgen de Fátima, cuya fiesta se celebraba en aquel día— le salvó la vida. Y pudo cumplir así la predicción del cardenal Wyszynski, hecha a la hora de la elección: sería misión suya llevar a la Iglesia hasta el tercer milenio de la era cristiana.

A lo largo de este camino —ya se dijo— Juan Pablo II desplegó un incesante esfuerzo para extender la Iglesia católica por nuevas tierras. Y luchó a la vez con denuedo en pro de la salvaguardia de la naturaleza del mundo y de la humanidad que lo puebla. El mantenimiento de la paz fue en él una actitud sostenida con serena fortaleza, incluso, frente a los mayores poderes temporales del momento. Hay que recordar igualmente la preocupación por el hombre y su dignidad, y ¿qué decir de su defensa de la vida, amenazada especialmente en los momentos inicial y terminal de la existencia?, ¿y su magisterio sobre la familia y el matrimonio frente a la «epidemia» del divorcio, extendida por todo el primer mundo?

«Ahogar el mal en abundancia de bien» es el mandato que se desprende de la última obra del difunto Papa, *Memoria e identidad*. Es su legado doctrinal ante una ofensiva laicista de raíces ilustradas, empeñada en borrar a Dios y a su Ley del horizonte de la existencia del hombre, condenado a la más estricta temporalidad sin posibilidad de acceso a la Verdad y sin otra regla de conducta que el relativismo moral. En la hora que vivimos, el ímpetu de esta corriente antidivina es tan violento que hizo preguntarse a Juan Pablo II, en el mencionado libro, «si no estamos ante otra forma de totalitarismo falsamente encubierto bajo las apariencias de la democracia».

Juan Pablo II preparó el advenimiento del tercer milenio con la dedicación de los años que lo precedieron a cada una de las Personas divinas, Padre, Hijo y Espíritu Santo. El 6 de enero de 2001, al clausurar el jubileo del Año Santo, publicó la carta apostólica *Novo millennio ineunte*, exponiendo un programa pastoral para el milenio recién nacido, que evidentemente no ha podido realizar y que habrá de constituir

Resulta impresionante el legado doctrinal, que aborda las cuestiones más diversas planteadas en un tiempo decisivo para la historia religiosa y moral del mundo.

una directriz fundamental para la Iglesia del futuro. El «testamento» del Papa, publicado a raíz de su fallecimiento, parecía insinuar que al culminar aquel Año Santo inicial del siglo XXI el pontífice pensó que había cumplido su misión y podía entonar el *Nunc dimittis*, el cántico del anciano Simeón en el templo, estrechando entre sus brazos a Jesús niño: «Ahora, Señor, puedes dejar en paz a tu siervo según tu palabra: porque mis ojos han visto tu salvación» (Lc II, 29). Pero a Juan Pablo II le quedaba todavía por escribir el último capítulo de su vida.

SANTO SÚBITO! Ha sido el capítulo de la vejez y la enfermedad. Juan Pablo II ha culminado la epopeya de su vida convertido en un anciano, viva efigie del sufrimiento y el dolor. Estos últimos fueron los años en que el pontífice ha sido el vicario de Cristo Crucificado, que llevaba sobre sus hombros la cruz de la Iglesia y de la humanidad y no renunció a ella —al ministerio pastoral— hasta el fin de su existencia en la tierra, contra lo que le aconsejaban ciertas voces, movidas por la compasión o el criticismo. Durante las semanas finales de su vida, el Papa, incapaz de valerse por sí mismo y perdida incluso la voz, ha estado junto a sus hijos, sin poder hacer otra cosa que bendecirles, desde la ventana abierta de la plaza de San Pedro. En estos días ha brillado como nunca la santidad de Juan Pablo II. Y ha muerto rodeado por la veneración universal, y muy particularmente, por el amor de la juventud, atraída por el «buen aroma de Cristo» que se desprende de su vida. «En el dolor que aparecía en el rostro del Santo Padre —ha dicho Benedicto XVI en la homilía pronunciada en la celebración eucarística por el inicio de su ministerio petrino— hemos contemplado el misterio de la Pasión de Cristo». Esto tal vez explique la conmoción universal que ha causado su fallecimiento y aquel clamor de «santo súbito!» —¡santo ya! —, que acompañó a sus exequias en la plaza de San Pedro. ◆ JOSÉ ORLANDIS

Teatro Albéniz
Comunidad de Madrid

C/ Paz, 11 · Tel.: 91 531 83 11

DEL 16 AL 29 DE MAYO DE 2005

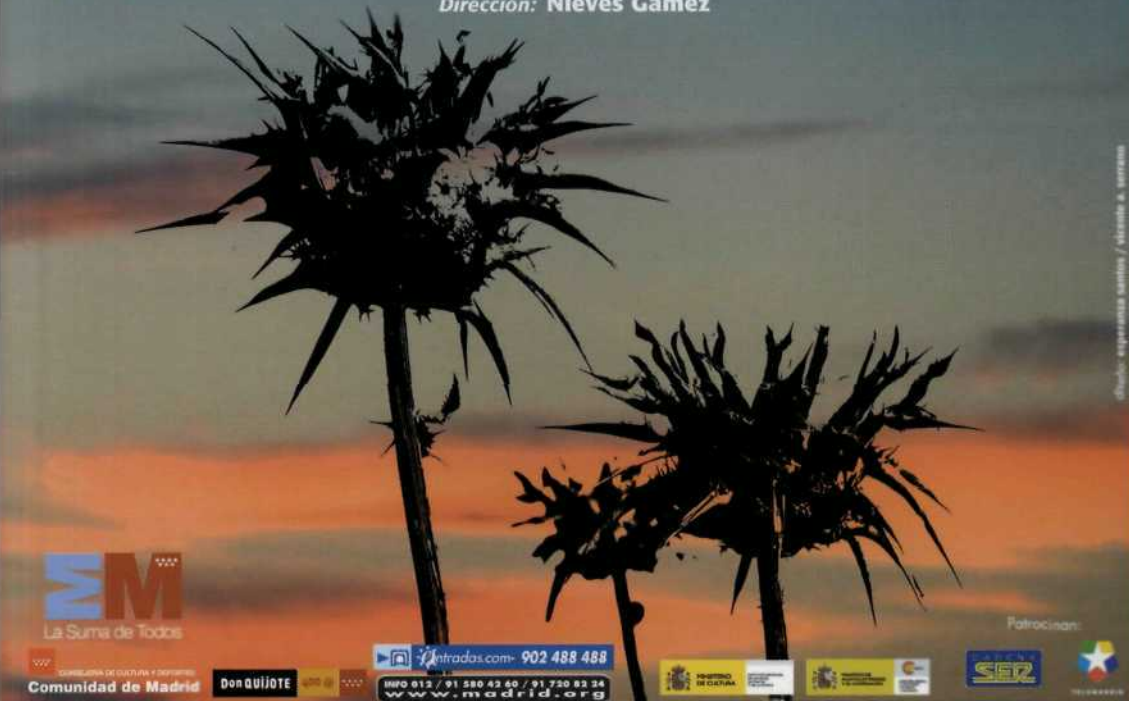
TOMÁS GAYO PRODUCCIONES S.L.
presenta a

Héctor Colomé • Nuria Gallardo • Vladimir Cruz
Julio Escalada • Juanjo Pérez Yuste • Jorge Lucas
Mundo Prieto y **Tomás Gayo** *en el papel de Veguillas*
Con la colaboración de **Mario Martín** y **Mariano Venancio**

TIRANO BANDERAS

RAMÓN MARÍA DEL VALLE-INCLÁN

Vestuario: **Javier Artiñano** • *Iluminación:* **Fernando Ayuste**
Escenografía: **Ricardo S. Cuerda**
Dirección: **Nieves Gámez**



La Suma de Todos

Comunidad de Madrid

Don QUIJOTE

entradas.com 902 488 488

INFO 012 / 91 580 42 60 / 91 720 92 24
www.madrid.org

Patrocinan:

SER

feria del libro de madrid 05

27 05 2005 12 06 2005 parque de el retiro

Organiza
Asociación de Empresarios del Comercio del Libro de Madrid (Gremio de Libreros de Madrid)

Con la participación de
Asociación de Editores de Madrid
Federación de Asociaciones Nacionales de Distribuidores de Ediciones

Patrocinan

madrid

rtve

Telefónica

movistar

CAJA MADRID

64 FERIA DEL LIBRO DE MADRID 05

Calle Santiago Rusiñol, 8 | 28040 Madrid
T. 91 533 88 36 | F. 91 533 66 61
e-mail. info@ferialibromadrid.com

www.ferialibromadrid.com

Colaboran
Ministerio de Cultura
Comunidad de Madrid
Consejo de la Juventud de España
Universidad Complutense Madrid
Universidad Autónoma de Madrid
Universidad Politécnica de Madrid
Universidad de Alcalá
Universidad Carlos III
Universidad Rey Juan Carlos
Instituto Cervantes
Institut Ramon Llull
Circulo de Lectores
Fundación Catedral Santa María (Vitoria-Gasteiz)
Coydis
Frigo
[CEDRO] Centro Español de Derechos Reprográficos
HP Invent
ABC
EL PAÍS
EL MUNDO
LA RAZÓN

El papa Wojtyla, actor después de muerto

MIGUEL ÁNGEL AGEA PERIODISTA

Inmerso en la marea humana —más que nada, marea joven— que invadió Roma los días tristes y hermosos del tránsito de Juan Pablo II, con una multitud conmovida, cuyo aliento acariciaba el frescor de la noche primaveral de la Ciudad Eterna, montaba guardia a pocos metros del lecho donde el primer pontífice del tercer milenio agonizaba, mientras evocaba sin remedio el sentimiento que me invadió durante años, como periodista, formando parte de la tropa informativa que acompañó a Karol Wojtyla por los rincones más alejados de la tierra, durante lustros: cuando este hombre muera se estremecerá el mundo. Y así ha sido.

Al oír la voz trémula del sustituto de la Secretaría de Estado, Leonardo Sandri, que anunciaba la muerte del Papa polaco, la noche del 2 de abril, a muchos de nosotros nos parecía un sueño el haber llegado a un punto final; pensábamos que sólo había concluido una etapa de su vida. Lo dijo, en otras palabras, el cardenal Roger Etchegaray, uno de los purpurados más carismáticos de la curia, que gozó de la mayor confianza del pontífice difunto: el pontificado del papa Wojtyla «comienza ahora».

No me refiero sólo, ni principalmente, al Papa taumaturgo, cuyos prodigios, físicos y/o morales, atribuidos ya en vida, comienzan a aflorar en la revistas de medio mundo —alguno de los cuales experimentó un profesional de la información—, sino a la estela que ha dejado como hombre de fe y como protagonista de la escena internacional, con sus posiciones decididas frente a la guerra y a otros dramas de

nuestro tiempo; con sus escritos —sus encíclicas han hecho dar pasos de gigante a la doctrina social de la Iglesia—; y sus gestos proféticos, el más reciente de los cuales fue el solemne *mea culpa* pronunciado en San Pedro el año jubilar, por los pecados cometidos por gentes de Iglesia en el curso de la historia. Toda una herencia abierta, sin que sea posible hoy determinar lo que de su acción y de su enseñanza quedará fijado para la posteridad.

Para el pueblo llano y creyente, Juan Pablo II seguirá siendo, sin duda, más allá de la grandeza que imprimió a su pontificado, el Papa al alcance de la mano, consumado actor en el más noble y certero sentido de la palabra: el que actúa, con eficacia, ciertamente desde otra dimensión, sobre la vida de los hombres, como intermediario de la salvación física y moral que nos viene de Dios.

Prueba de esta convicción la tuvimos las jornadas de puertas abiertas en la basílica de San Pedro, los días y noches en que un inmenso caudal humano, lento como las aguas de un río helado, afluía hasta el baldaquino de Bernini, a cuyos pies se exponía el cadáver de Karol Wojtyla a la veneración de los fieles. Cinco, diez hasta doce horas de espera para apenas un minuto de adiós. Y prueba también la tenemos a diario, con los miles de peregrinos que se detienen ahora ante su tumba, y musitan una plegaria, incluso una frase de agradecimiento; y con la escenificación de decenas de altarcitos, con velas encendidas, flores, fotos, dibujos, frases, dedicatoria infantiles, que poblaron las calles de Roma, los días anteriores y posteriores a su muerte; y, en fin, con el clamor popular —no totalmente espontáneo— de hacerlo santo «ya». El mundo al que fue, a él volvía.

DESCUBRIENDO AL PAPA «COMUNICADOR»

Los periodistas comenzamos a detectar el calibre de este hombre desde el comienzo de su ministerio pontificio, con el primer saludo al mundo, lanzado desde el balcón de la logia central de la basílica de San Pedro. Con él entró en comunicación directa con el público, al presentarse como un obispo de Roma que no dominaba la lengua italiana y reclamaba que le corrigieran si se equivocaba

—de hecho cometió un error lingüístico en su presentación—, rompiendo así con la rigidez del ceremonial.

Hasta entonces, los papas formulaban su primer saludo al mundo con bendiciones, manos alzadas, sonrisas... y ninguna, o muy pocas palabras. Sólo Juan Pablo I comenzó a bajar del pedestal, al prescindir de la triple tiara y saludar en lenguaje llano a los fieles. La espontánea sinceridad del Papa polaco, no exenta de buen humor, parecía hacer suyas las palabras del escritor austriaco Robert Musil: «La verdad no es un cristal para llevarlo en el bolsillo sino un mar sin límites en el que debemos zambullirnos».

Para el pueblo llano y creyente, Juan Pablo II seguirá siendo, más allá de la grandeza que imprimió a su pontificado, el Papa al alcance de la mano, consumado actor en el más noble y certero sentido de la palabra.

De sus rasgos biográficos se supo inmediatamente que estábamos ante el primer Papa actor, dominador del espacio y el tiempo dramático; un hombre familiarizado con el contacto directo con el público, desde sus años mozos; con muchos registros en su modo de expresión, en las tonalidades de su habla. Pero si un buen profesional de las tablas se distingue por la verosimilitud que confiere a sus personajes, aunque personalmente esté en la antípoda de la figura representada, en cuanto Karol Wojtyla comenzó a «actuar» como Papa el mundo se percató de tener ante sí a un hombre radicalmente coherente con sus palabras, al punto de hacer carne y sangre propia todo lo que salía de su boca. Ha sido la coherencia entre su vida y su mensaje, llevada hasta el extremo de no querer ocultar el propio sufrimiento, lo que le ha granjeado la admiración más profunda a los ojos de todos, incluso de los que no comparten algunas facetas de su magisterio, por no decir de gentes de culturas alejadas de la mentalidad occidental y cristiana.

Ciertamente, es el papa Pablo VI quien aprende inmediatamente la lección de Juan XXIII, de ser ésta «la época en que los papas deben moverse», y por ello decide romper el hielo informativo y tiende puentes

de comunicación regulares con la prensa, durante sus contados viajes apostólicos por el mundo.

Existía, no obstante, hasta entonces, una regla no escrita pero por todos respetada: a los papas no se les formulan preguntas. En las primeras correrías de un obispo de Roma fuera de tierras italianas, el papa Montini viajaba con los periodistas a bordo del avión y pasaba a saludarlos personalmente a cada uno, pero nunca mantuvo conversaciones informativas o conferencias de prensa que pudieran dar pie a titulares más o menos sensacionalistas. Era más bien el pontífice quien hacía preguntas u observaciones a cada informador que saludaba, interesándose incluso por su familia o su estado de salud. Y no por un pudor fuera de época, sino por el deseo de ofrecer a la prensa sólo los momentos más emblemáticos de su magisterio. Lo contrario ocurriría con Juan Pablo II, que admitió todo tipo de preguntas, incluso las más provocadoras, aunque difícilmente recordaba, de un viaje a otro, los nombres de los periodistas que habitualmente le acompañábamos.

EL PAPA WOJTYLA DESCUBRE EL VALOR DE LA IMAGEN

Cuando el arzobispo de Cracovia accede al pontificado, los periodista tenían ya un retrato robot bastante aproximado del nuevo inquilino de los Palacios Apostólicos, y de su condición de excelente comunicador. Karol Wojtyla, por su parte, no era menos consciente de la importancia de los *mass media* para la transmisión de mensajes de cualquier naturaleza, incluido la religiosa, y del poder de la información en un mundo occidental que ya conocía en gran parte gracia a sus viajes por todo el mundo, como arzobispo de Cracovia, para entrar en conocimiento de la diáspora polaca. Ese contacto por todos los continentes, le permitió aquilatar la enorme diferencia entre el tratamiento que daban a la realidad los medios de prensa de su país, y de los demás países de detrás de «telón de acero», controlados estrechamente por los regímenes comunistas satélites de Moscú, y la libertad de que gozaba la prensa en los países democráticos occidentales.

De este modo, estaban dadas las premisas para una entente cordial, una especie de complicidad mutua, entre el Papa comunicador y los responsables de la comunicación, con una particularidad: el Papa polaco sabía que la batalla informativa se ganaba en el mundo de la imagen, la que se colaba en casi todos los hogares del mundo a través de la pequeña pantalla, y así la palabra cedió en buena parte al gesto, a su presencia física, que poseían una mayor carga de simbolismo. Por eso, el Papa polaco no dejaba escapar la menor ocasión para dejarse fotografiar en uno de sus muchas actitudes: abrazar a un niño o a un minero boliviano, cantar y bailar con los jóvenes, besar a las mujeres, abrazar a los enfermos (inolvidable el encuentro con un enfermo de sida en San Francisco, en 1987), colocarse un sombrero mexicano, acariciar a un pequeño rinoceronte.

Los periodistas comenzamos a detectar el calibre de este hombre desde el comienzo de su ministerio pontificio, con el primer saludo al mundo, lanzado desde el balcón de la logia central de la basílica de San Pedro.

Las cámaras captaron también su poder comunicador rodeado de cruces, en la colina del mismo nombre, de Vilna (Lituania, 1993); o contemplando el mar, con la mirada perdida hacia América, recostado en el muro de una antigua cárcel de la costa senegalesa, en la que los negros esclavizados aguardaban la hora de zarpar hacia un siniestro e incierto destino —un gesto, este último, que calaba en la opinión pública con más fuerza que una declaración conjunta de todas las Iglesias contra la esclavitud—.

Juan Pablo II supo transmitir no sólo estos sentimientos elementales de amor, alegría, cariño, dolor, melancolía. También mostró la riqueza de registros de su personalidad al apostrofar al religioso y ministro del gobierno sandinista, Ernesto Cardenal, a su llegada a Nicaragua; o en su firme reacción a la contestación de los sandinistas en Managua, durante la misa; también en la excomunión lanzada contra la mafia en la ciudad siciliana de Agrigento; en sus numerosas y dramáticas exclamaciones contra la pobreza y la guerra; o en su elocuente mutismo al escuchar

la dura requisitoria que le dirigió una responsable del laicado contestatario holandés (1985).

Y qué decir de su penúltima visita a España, en 1993, cuando en presencia del ex presidente del gobierno José María Aznar (entonces jefe de la oposición), que había acudido a la Nunciatura, para cumplimentarle, mientras Aznar le saludaba en tono solemne, en un ambiente relajado, y en presencia de los fotógrafos, y del que suscribe, al Papa, que acababa de regresar de una peregrinación al Rocío, en pleno mes de junio, no se le ocurrió otra cosa que decir: «¡Qué calor, qué calor!», con un candor exento de ingenuidad. Más tarde, el Papa y Aznar se encerrarían en un salón, para tratar de cosas serias.

No es de extrañar, así, que de los 6.000 operadores de la información acreditados durante los luctuosos sucesos de comienzos de abril, en Roma, 3.500 procedieran del mundo de la imagen.

Juan Pablo II supo también aprovechar el enorme impacto mediático de las transmisiones por mundovisión, directas o diferidas, para dar a su palabra un impulso de alcance planetario, y conseguir que sus breves saludos en numerosos idiomas, en sus mensajes *Urbi et Orbi*, tanto en la Navidad como en la Pascua de Resurrección; o sus intervenciones en las audiencias públicas de los miércoles, así como sus breves alocuciones a la hora del ángelus dominical, desde la ventana de su estudio privado, llegaran a todas las gentes.

HUMANIZACIÓN DEL PONTIFICADO

La inmersión del papa Wojtyla en el mundo de la información era sólo un aspecto del nuevo sentido que quiso dar al hecho de ser el sucesor del apóstol san Pedro. La afirmación, desde el comienzo, de su incuestionable autoridad moral sobre la Iglesia («la autoridad absoluta» —había acentuado al comienzo de su ministerio pontificio— «no es más que el servicio al pueblo de Dios») no impidió su intento de humanizar la función de los papas —un paso que había comenzado a dar Juan XXIII y habrían de continuar Pablo VI y Juan Pablo I—, haciéndolos bajar del olimpo para acercarlos a la gente, aligerando el peso del cargo con la supresión de la triple tiara, o de la silla gestatoria, siguiendo

el ejemplo de su predecesor el papa Luciani. Sorprendió incluso a cardenales y obispos, en la misa inaugural de su pontificado, al fundirse en un abrazo con el anciano cardenal primado de Polonia, Stefan Wyszynski; o al bajar la escalinata del atrio de la basílica de San Pedro, empuñando el báculo, para darse el primer baño de multitudes.

Pocos días después afloraría otro de los rasgos más acusados de la personalidad de Karol Wojtyla, aparentemente antagónico con el de actor: su vena mística. Sin dudarlo voló en helicóptero, también por vez primera en un papa, y se desplazó al santuario italiano de Mentorella, regentado por una comunidad de religiosos polacos, para transcurrir allí unas horas de oración y meditación.

La aparición de Juan Pablo II en la escena mundial, y de la información, la de un auténtico huracán, se produjo gracias a su concepto de Iglesia misionera, y a la nueva modalidad de acción del papado requerida para la proyección a todo mundo del mensaje evangélico, más allá de los muros de Oriente y Occidente, objetivo central de su pontificado, y que le valió diversos títulos acuñados por los medios informativos: Papa trotamundos, supermán de la fe, etc.

Con Pablo VI tuvimos viajes apostólicos cargados de simbolismo y ejemplaridad: Tierra Santa, la pobreza de la India, la atormentada Colombia, el lejano Oriente... Juan Pablo II se propuso visitar todas y cada una de las iglesias locales, como si el mundo fuera una gigantesca diócesis, aunque, como en el caso de Marruecos, los católicos constituyesen una comunidad exigua; así como todas las parroquias de Roma, en su condición de obispo de la sede petrina.

NACE UN GÉNERO PERIODÍSTICO

Esta giras sistemáticas a las iglesias (130 países visitados en 104 viajes fuera de Italia) acabaron por crear una red sistemática de medios de comunicación que reflejarían este eco evangélico, red que también se tejía al hilo de la actualidad mundial, sobre la que el papa Wojtyla siempre tenía reservada alguna opinión. Surgió así un nuevo género informativo sin parangón en el mundo: las ruedas de prensa en el avión pontificio. El Papa acepta todas las preguntas, con el riesgo de tener que

improvisar las respuestas más atrevidas; y se pone en manos de los fotógrafos, hasta en momentos tan reservados como al encontrarse en el lecho, recién operado en el Gemelli, tras el atentado, o al escuchar las confidencias de su agresor, el terrorista turco Ali Agca, en su celda de la cárcel romana de Rebibbia. ¡Cuán alejada esta actitud de la de los papas de apenas un siglo atrás, que se limitaban a hablar en latín, o a hacerlo en las reuniones con los cardenales!

Al margen de los viajes, auténtico tormento para los periodistas agencieros, que debíamos luchar contra el reloj para servir, a tiempo, a nuestros clientes el «jugo» informativo de toda una jornada plagada de discursos, homilías, saludos, etc., el magisterio del Papa polaco se convirtió en una fuente inagotable para la información.

Además de los 3.288 discursos programados en los 250 viajes por Italia, y el resto del mundo, los informadores nos vimos obligados a dar cuenta al mundo de lo más noticiable de sus 14 encíclicas, 15 exhortaciones apostólicas, 11 constituciones apostólicas, 43 cartas apostólicas, así como lo más sustancial de 15 asambleas sinodales, seis consistorios para la creación de 231cardenales (más uno *in pectore*), seis reuniones plenarias del colegio cardenalicio sobre asuntos importantes de la Iglesia y otras nueve asambleas interdicasteriales sobre problemas específicos de las iglesias locales (la opción preferencial de los pobres en Brasil, la inculturación en la India, la pederastia en los Estados Unidos, etc.).

Añádanse sus decisiones más proféticas, como la visita a la sinagoga de Roma; los encuentros interreligiosos de ayuno y oración por la paz; las grandes concentraciones de masas (jornadas mundiales de la juventud, de la familia, los congresos eucarísticos internacionales, los jubileos de 1983 y el 2000); y en fin, sus alocuciones públicas, todos los miércoles del año, las breves meditaciones de los domingos, a la hora del Ángelus, así como las numerosas canonizaciones y beatificaciones, algunas de ellas colectivas y vinculadas a episodios trágicos del pasado, como la guerra civil española, la revolución francesa, y las persecuciones en Vietnam y China: sólo por esta desmesura —posible en uno de los pontificados más largos de la historia— el papa Wojtyla se ha ganado justamente el título de «Magno».

Juan Pablo II aprovechaba, a veces, una determinada pregunta para decir en público lo que estaba deseando decir de todos modos, acerca de algún problema, o de alguna persona implicada en problemas. Durante el vuelo Roma-Montevideo, el 31 de marzo de 1987, le preguntaron al Papa su opinión sobre las acusaciones de bancarrota fraudulenta del Viejo Ambrosiano, a propósito de la cual llovían las críticas sobre el arzobispo Marcinkus y la presunta implicación en este caso del IOR (Instituto para las Obras de la Religión, o Banca Vaticana), que el citado prelado dirigía. El papa Wojtyla respondió: «Estamos convencidos de que no se puede atacar a una persona en forma tan brutal».

Estaban dadas las premisas para una *entente* cordial, una especie de complicidad mutua, entre el Papa comunicador y los responsables de la comunicación, con una particularidad: el Papa polaco sabía que la batalla informativa se ganaba en el mundo de la imagen.

En la relación de Karol Wojtyla con la prensa se producían a veces situaciones de cierta comicidad. El viaje a Asia y Oceanía, efectuado del 18 de noviembre al 1 de diciembre de 1986, fue el más largo y agotador de todos los de su pontificado. Después de trece días de trabajo ininterrumpido, los periodistas estábamos francamente cansados, y deseábamos reposar en lo que quedara de vuelo de retorno, por lo que al regresar de Australia, camino de la última etapa, en las islas Sheychelles, rogamos al portavoz del Papa, Joaquín Navarro Valls, que le dijera que «comprendíamos» que el pontífice estaría agotado por lo que «renunciábamos» a su acostumbrada charla de prensa. Fue inútil: el Papa nos hizo saber que se pasaría por la zona que ocupábamos los periodistas para hacernos el honor de someterse a la habitual batería de preguntas cuando, a nuestro juicio, ya nada quedaba por preguntar. Resultado: las escasas horas en las Sheychelles se convirtieron para nosotros en una nueva fatiga informativa. Eran los buenos tiempos, los del Papa incansable. Con el paso de los años, sobre todo a partir de fracturarse el fémur (1994), sus conferencias de prensa se fueron reduciendo paulatinamente. Aparecía en la zona

turística del avión, y sin moverse respondía a un número muy limitado de preguntas.

Juan Pablo II no rehuía someterse a las preguntas más sublimes... o a las más caseras y populares. En 1982 se le preguntó por qué equipo de fútbol pitaría, en el choque Italia-Polonia, a lo que respondió que para él «sería mejor esconderse». Esta sumisión voluntaria a la «tiranía» de los medios informativos visuales, y a su simplificación simbólica, le llevó hasta el extremo de repetir, para fotógrafos y cámaras de televisión que se habían rezagado, la genuflexión y el abrazo de Lech Walesa, porque —dijo— «es necesario hacer ver cómo el señor Walesa me saluda y cómo lo acojo yo» (abril de 1989). La cosa tenía su intríngulis, porque un vacío informativo visual de este encuentro hubiera podido dar pie a interpretaciones torcidas, del tipo «el Papa acogió con frialdad a su amigo Walesa».

Del valor de los medios informativos para difundir la verdad y, hasta cierto punto, influir en la realidad, se percató Karol Wojtyla —si es que aún le quedaban dudas— durante la primera visita a su patria polaca, en 1979. Juan Pablo II captó enseguida un hecho: los medios de comunicación que le acompañaban rompían el aislamiento geopolítico de Polonia, hacían ver al mundo la realidad social de un país católico controlado por un régimen comunista que, como los otros regímenes del socialismo real, filtraba la información y expulsaba a cualquier periodista occidental díscolo.

Más allá de la difusión de una realidad social o política, para el Papa polaco los *mass media* son ante todo «instrumentos que pueden convertirse en potentes medios de transmisión del Evangelio» (mensaje para la XIX Jornada mundial de las comunicaciones sociales, mayo 1985).

LA PRENSA, AGENTE DE LA PASTORAL PONTIFICIA

Con Juan Pablo II, los medios informativos pasan de ser un curioso tolerado, a convertirse en agente necesario para la pastoral expansiva del nuevo pontificado: un instrumento básico para el proceso de globalización del mensaje religioso en la era posmoderna, que trata de romper con las dicotomías alimentadas por un mundo secularizado que se esfuerza por

separar la religión de la sociedad, la fe personal de su reconocimiento publico.

El atentado de que Karol Wojtyla fue víctima el 13 de mayo de 1981 abrió otro filón informativo, esta vez en torno al estado de salud del Papa, que con más o menos insistencia se prolongaría hasta el final de sus días. La cadena de contratiempos y achaques que fueron apareciendo a partir de entonces, en la vida del pontífice polaco, hasta llegar a las últimas horas de su vida hicieron de su historia clínica la más conocida de cualquier otro mortal. Un hecho favorecido por la propia actitud del Papa, que nunca ocultó sus achaques a la opinión pública, como ocurrió al anunciar desde la ventana de su apartamento, que sería operado de un tumor en el colon (12 de julio de 1992). A veces respondía con ironía a las preguntas de los periodistas que le inquirían sobre su estado de salud: «Si quiero saber algo sobre mi salud, sobre todo sobre mis operaciones, debo leer la prensa» (declaraciones durante el vuelo Roma-La Habana, 21 de enero de 1998).

Juan Pablo II admitió todo tipo de preguntas, incluso las más provocadoras, aunque difícilmente recordaba, de un viaje a otro, los nombres de los periodistas que habitualmente le acompañábamos.

Con esta cadena fortuita de contratiempos en su salud física, narrada minuciosa y puntualmente por la prensa, y que condicionó al Papa itinerante en los dos más firmes pilares de su ser comunicador —su movilidad y su capacidad de palabra— formó Juan Pablo II toda una pedagogía del dolor humano y de su sentido redentor. Si quiso aparecer ante la gente, hasta pocos días antes de su muerte, sin ocultar los gestos de dolor y de rabia por no poder articular palabra, fue, a mi entender, porque quiso asumir hasta el final el sufrimiento humano para demostrar a los creyentes cómo muere una persona cuya fe y esperanza son incapaces de hundir los dolores más brutales.

Es justo decir que el sufrimiento prolongado en la trayectoria vital del papa Wojtyla dio pie a errores de cálculo sobre su final. Muchos periodistas llegamos a considerar una hazaña que el Papa llegara en buena

condición física para poder abrir la Puerta Santa, en el Gran Jubileo del año 2000. Pocos tenían la certeza de que llegase a cerrarla. Y lo logró.

Los frutos de la estrategia de Karol Wojtyla con la prensa se vieron recogidos el 4 de junio de ese mismo año. Aquel día se celebraba en la sala Nervi del Aula Pablo VI del Vaticano el jubileo de los periodistas. Los organizadores contaban con una audiencia de unos ochocientos informadores. Se presentaron siete mil, de cincuenta países. Un conmovedor aplauso arropó el titánico e interminable esfuerzo del anciano Papa minusválido, del hombre que había cubierto varias veces, con sus viajes, la distancia de la Tierra a la Luna, para recorrer los cincuenta metros por el pasillo de la sala hasta llegar al trono, y así saludar a los periodistas.

Esta acogida cordial de los informadores tuvo su inesperado eco en un gesto que habría de revelar la peculiar relación del Papa actor con los periodistas, y que se produjo dos años más tarde. Durante la Semana Santa del año 2002, Juan Pablo II confió a un grupo de «sus» periodistas, a profesionales de la palabra, los textos de las estaciones del Vía Crucis, hasta entonces encargados a obispos, sacerdotes, religiosos o a algún renombrado teólogo o escritor.

EL RELATO DE LA MUERTE DEL PAPA

Volvamos al comienzo. El 2 de abril, a las 21,37 se rompía un hechizo de 26 años, cinco meses y 15 días. La fase final de este gran comunicador se abría el lunes 21 de marzo, en torno a las ocho de la tarde, cuando comienzan a circular por Roma voces según las cuales el Papa había muerto. No era la primera alarma sobre la salud de Juan Pablo II, cuya voz se apagaba progresivamente, al compás de su postración en una silla de ruedas. Al menos desde 1994, cuando una fractura al fémur acabaría por obligarle a llevar bastón (en el que se inspiró para bromear, en público, al estilo de Charlot) fue creciendo la preocupación por la salud del papa Wojtyla. Preocupación que se prolongaría hasta la noche misma de la apertura de la Puerta Santa (24 de diciembre del 1999), en la que se ofrecía al mundo la imagen de un Papa enérgico pero doliente, que fue capaz de culminar un amplio y muy fatigoso programa jubilar.

El 16 de octubre del 2003 se produciría un ulterior agravamiento de las condiciones generales de salud, y los *mass media* volvieron a especular sobre un final que parecía más cerca..., hasta llegar al 31 de enero del año en curso, a partir de cuya fecha se va cerrando la última página de una larga amistad entre Karol Wojtyla y la opinión pública, galvanizada por los medios informativos de todo el mundo. A partir de ese día, se esfumaba el idilio con el Papa cercano a la prensa, siempre a la mano de cualquier informador. La antigua comunicación se reduce al hilo de lo que se pueda captar del abrir o cerrar dos ventanas: la del Policlínico Gemelli, y la ya habitual de la tercera planta de los Palacios Apostólicos, la cátedra desde la que Juan Pablo II ha ido tejiendo a lo largo de los años una parte sustancial de su magisterio. Se trataba de ver la imagen del Papa, sus gestos, sin importar tanto que consiguiese articular pocas o ninguna palabra, más o menos inteligibles, y de seguir los pasos de un drama que se iba consumando tras los visillos.

A veces respondía con ironía a las preguntas de los periodistas que le inquirían sobre su estado de salud: «Si quiero saber algo sobre mi salud, sobre todo sobre mis operaciones, debo leer la prensa», dijo él en cierta ocasión.

La imagen de las palomas blancas que se negaban a escapar de la habitación del Papa, el domingo 30 de enero, fue la última que pudimos ver, a través de la ventana, de un Juan Pablo II «normal», de un hombre ya marcado por la enfermedad y el dolor. Se alejaba el huracán, la tempestad amainaba. Cuatro días antes se habían suspendido, *sine die*, las audiencias públicas de los miércoles.

A partir de los sucesivos internamientos en el Gemelli, el «segundo Vaticano», y de las relativas convalecencias, todas las miradas, y las esperanzas, se concentraban en esas dos ventanas, con la excepción, que tanto dio que hablar, de la toma televisiva del Papa, de espaldas, abrazado a una cruz, en los mismos momentos en que en el Colosseo se celebraba el último Via Crucis de la era wojtyliana.

El Domingo de Ramos, Juan Pablo II se asomó a su ventana, alzó la mano derecha, empuñando un ramo de olivo, y bendijo a los fieles pero sin articular palabra. Se llevó la mano derecha a la frente y siempre con la diestra golpeó el atril, para dar a entender la mortificación que sentía al poder hablar, y bajar a la plaza para abrazar a sus jóvenes, que le aclamaban —desilusionados por no poder oír su voz— al grito de «Juan Pablo, Juan Pablo». No tenía fuerzas ni para sonreír.

Por fin, la presencia fugaz del Papa, el 27 de marzo, Domingo de Resurrección, con la muda bendición «Urbi et Orbi», y la imagen lacerante del grito mudo del 30 de marzo, la última que nos queda de un Papa que quiso mostrar su agonía mientras pudo. Los días sucesivos, miles de jóvenes de todo el mundo, los *papaboys*, se habían movilizado, atraídos por las noticias de la radio y la televisión, y se arremolinaban en la plaza de San Pedro y aledaños, dirigiendo la mirada hacia la tan familiar ventana, imaginando la escena del otro lado del muro, con las escasas y asépticas noticias que emitían los comunicados oficiales. Por último, la noticia de la muerte, el doblar de las campanas, las luces encendidas del dormitorio de un hombre que había querido morir en su lecho, y no entre las frías paredes de un hospital, la conciencia colectiva de haber quedado huérfanos, y no tener que dar a nadie el pésame. Y entre los periodistas, al menos según mi percepción, la tranquila conciencia de habernos mantenido alejados de toda manipulación, al narrar el trance más difícil en la vida de cualquier hombre, en este caso del párroco de la aldea global, que mientras pudo buscó un púlpito desde el que ejercer su ministerio y practicar aquel carisma que cautivó a tantos jóvenes, y menos jóvenes, de todo el mundo. ◆ MIGUEL ÁNGEL AGEA

EL QUE BUSCA COOPERAR CON LA VERDAD

De Joseph Ratzinger a Benedicto XVI

AURELIO FERNÁNDEZ PROFESOR DE TEOLOGÍA MORAL

La muerte de Juan Pablo II y la elección de Benedicto XVI han confirmado el interés de la gente —¡y la gente somos todos!— por la biografía de sus personas. Al final, se constata una vez más que las llamadas «revistas de papel cuché» responden a curiosidades primarías del ser humano.

Reconozco que esta comparación es desmedida, pues el interés que han despertado las personas de los papas Juan Pablo II y Benedicto XVI no admite comparación con la morbosa curiosidad que algunos sienten por las peculiaridades más íntimas de los personajes de esas revistas. Sin duda, la atención que merecieron los dos papas son bastante más profundas, puesto que pretendían valorar, ciertamente, sus personas, pero sobre todo buscaban interpretar su peculiar papel en el ministerio que el Papa difunto ha llevado a cabo en la Iglesia, o el que el Papa elegido está llamado a desempeñar en el futuro.

No obstante, en esta apreciación interesada de las personas también puede haber un equívoco: pensar que de la biografía personal de los pontífices deriva su ejecutoria posterior, como si en los papas se cumpliese el dicho de Fichte referido a los filósofos cuando escribe: «Qué tipo de filosofía se hace, depende de qué clase de hombre se es», condicionando así el sistema a la psicología del filósofo. No ocurre así en el papado, pues ni la psicología del elegido para el ministerio papal ni el currículo de su vida, ni siquiera la biografía ascética, determinan

esencialmente su ministerio, porque el Papa no es un jefe de Estado que ofrece un original programa político o económico, como acontece en los gobiernos de las naciones, sino que su cometido está ya prefijado por su misión. Por ello, con un juego de palabras, cabe decir que lo decisivo no es explicar «quién es este Papa», sino «quién es el Papa»; si bien, como es obvio, «este Papa es, coyunturalmente, el Papa», pues encarna el papel que desempeña.

«QUIÉN ES EL PAPA» Es evidente que el papel específico que el Papa desempeña en la vida de la comunidad católica está prefijado por la naturaleza misma de la Iglesia y por los encargos que Jesús hizo a Simón Pedro, de quien el Papa es sucesor. En efecto, el obispo de Roma es el sucesor de san Pedro y, consiguientemente, el portador de los encargos impuestos por Cristo a este apóstol.

El dato histórico, referido ya en el comienzo del Evangelio de san Juan, es que Jesús, en el primer encuentro con «Simón, el hijo de Juan» (*Jn* 1,40), le cambia de nombre para señalarle el papel peculiar de ser fundamento de la gran misión que Él inicia. Jesús de Nazaret, después de ser bautizado por Juan y haber ayunado cuarenta días en el desierto, se encuentra con Simón y le recibe con este singular saludo: «A partir de ahora te llamarás Kefas, que quiere decir piedra» (*Jn* 1, 42). Más tarde, Jesús da razón de este cambio de nombre, cuando dice: porque «sobre esa piedra edificaré mi Iglesia», con el fin de que el tal rocoso cimiento sea capaz de superar las inclemencias del tiempo y los fuertes avatares de la historia (*Mt* 16,18).

Mantenida la Iglesia sobre un fundamento firme, Pedro recibe otros dos encargos: Jesús le entrega las «llaves del reino de los cielos», con el simbolismo de ser portador y dueño de las llaves de la puerta por la que se entra a la ciudad amurallada, al mismo tiempo que le concede el poder de «atar y desatar» (*Mt* 16,19), que, en lenguaje rabínico de la época, significa «declarar permitido y prohibido»; lo que, a partir del siglo XI en Occidente, se denominará «potestad de jurisdicción».

Más adelante, Jesús le confía la potestad de enseñar a toda la comunidad de la Iglesia, ministerio que urge a Pedro para que «confirme a los

Por ti, miles de nosotros.
Es bueno saber que siempre hay alguien pendiente de ti. Por eso en Endesa ponemos a tu disposición más de 450 Puntos de Servicio, 50 Oficinas Comerciales, un teléfono permanente y una página web. Porque en Endesa queremos ofrecerte toda la atención que te mereces.
endesa
Por ti, miles de nosotros
luz y gas
Llama al 900 84 83 84
o infórmate en endesaonline.com

faes
fundación para el análisis y los estudios sociales
www.fundacionfaes.org
cuadernos@fundacionfaes.org

NUEVA PERIODICIDAD TRIMESTRAL

CUADERNOS
de pensamiento político

NÚMERO 6 • ABRIL • JUNIO 2005

Un puente sobre el Sena o el regreso a Bruselas JOSÉ VARELA ORTEGA • El nuevo antisemitismo SULTANA WAHNÓN • La doble oligarquía de la V República francesa PHILIPPE NEMO • Un año después RICARDO MONTORO • El triunfo del neopopulismo en Latinoamérica FERNANDO LONDOÑO • Gran Oriente Medio: una oportunidad de futuro DANIELLE PLETKA • PSOE: regreso al pasado MANUEL ÁLVAREZ TARDÍO • ¿Un Gerry Adams para el País Vasco? ROGELIO ALONSO • Nación, comunidad nacional y otros conceptos no intercambiables BENIGNO PENDÁS • Un visitante en la corte del nacionalprogresismo catalán MIQUEL PORTA PERALES • Gregorio Ordóñez, en el recuerdo FERNANDO GARCÍA DE CORTÁZAR • ALEJO VIDAL-QUADRAS • CARLOS MARTÍNEZ-CAVA • RAFAEL L. BARDAJÍ • IGNACIO FERNÁNDEZ BARGUES • IGNACIO TORRIJOS

EJEMPLAR: 12 € • SUSCRIPCIÓN ANUAL: 36 €

DISPONIBLE EN LOS PRINCIPALES PUNTOS DE VENTA

SUSCRIPCIÓN Y PEDIDOS: 91 576 68 57

hermanos en la fe» (*Lc* 22,32), después que los apóstoles se dispersaron en desbandada a la vista de los sucesos que antecedieron y acompañaron a la Pasión del Señor.

Finalmente, al concluir su vida en la tierra, después del triple examen sobre el amor de Pedro, Jesús le confía la misión de ser «pastor del rebaño» (*Jn* 21,15-17); o sea, su misión será cuidar, vigilar, proteger y acompañar la comunidad de los creyentes.

El Papa no es un jefe de Estado que ofrece un original programa político o económico, como acontece en los gobiernos de las naciones, sino que su cometido está ya prefijado por su misión. Por ello, con un juego de palabras, cabe decir que lo decisivo no es explicar «quién es este Papa», sino «quién es el Papa».

Así, desdobladas, cabe enumerar hasta cinco las misiones que Jesús confió a Pedro y que éste desempeñaría cuando el Maestro concluya su vida terrestre con este mandato confiado a los apóstoles y a los numerosos discípulos —hombres y mujeres— que le acompañaron a lo largo de su vida terrena: «Id; enseñad a todas las gentes, bautizándolas en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, enseñándoles a observar todo cuanto yo os he mandado» (*Mt* 28,19-20).

Es evidente que esos oficios y misiones confiados a Pedro no eran meramente privilegios personales, sino que son propios de una misión que debía ser prolongada a través del tiempo, dado que, a partir de la naturaleza de la Iglesia y de la singular condición del ser humano, siempre sería necesario un «fundamento» bien cimentado que sostenga firme la edificación de la Iglesia frente a los envites a los que estará sometida, así como es preciso que alguien ostente un poder supremo con el fin de orientar y dirigir la marcha de la comunidad. Y, dado que el cristianismo, esencialmente, es una «revelación» y, habida cuenta de la capacidad del «animal racional» de equivocarse y de tergiversar la doctrina, se requiere que haya alguien que sea el referente último que garantice la veracidad de las enseñanzas divinas. Finalmente, es lógico que la comunidad

de los creyentes sea acompañada amorosamente por alguien que la proteja de las asechanzas del exterior, la auxilie con cuidados y la guíe en su ida por el mundo: tal es el papel que, conforme a la cultura rural y agraria de la época, se explica bajo la imagen del «pastor».

Estos diversos ministerios están expresados en los distintos nombres que recibió el Papa a lo largo de la historia. Y si el «nombre» es la «envoltura» del concepto, pues refiere la naturaleza de lo que las cosas son, los múltiples «nombres» con los que se designó al obispo de Roma expresan con rigor los cargos que está llamado a desempeñar. Entre otros, además de «Papa», que se inicia en el siglo III, cabe mencionar los siguientes, todos ellos bien significativos de su oficio: «vicarius Christi», «vicarius Petri», «summus Pontifex», «episcopus episcoporum», «princeps», «éxarkhos» (exarca, o sea, jefe o guía), «topoteretés» (delegado o lugarteniente) y «koryphaios», o sea, «director del coro» —*el que lleva la batuta*—, título también atribuido al emperador, en aquella cultura del arte de las «tragedias», en cuya representación escénica el coro ocupaba un lugar tan destacado y era misión del «director», señalar «il tempo» y marcar el compás.

PASADO Y PRESENTE DEL PAPA JOSEPH RATZINGER

La persona de Joseph Ratzinger es bien conocida, dado que él mismo ha relatado en una pequeña obra su propia biografía, *Mi vida: Memorias 1927-1977* (Ed. Encuentro, Madrid, 1998, 133 págs.). Además, su figura ha estado veintitrés años en el escaparate más visible de la Iglesia, cual es la Congregación de la Doctrina de la Fe, que tiene la misión de velar públicamente por la ortodoxia católica. Por ello, esa labor doctrinal ha dejado entrever, además de su categoría intelectual, los intereses que mueven su espíritu y la calidad de su criterio filosófico-teológico, al tiempo que ha merecido la atención de sus críticos más acérrimos. Este cometido ministerial y las reacciones a favor y en contra muestran, a su vez, hasta qué punto le han permitido asomarse a las corrientes de la cultura de nuestra época.

Además, a lo largo de ese periodo de tiempo, el cardenal Ratzinger no se mantuvo aislado en su despacho, sino que se ha hecho presente en

los más diversos foros: ha viajado continuamente por la amplia geografía del mundo y ha tomado parte en numerosos congresos de índole bien diversa. Muestra de ello son sus siete visitas a España, siempre en calidad de ponente de algún congreso o convención. También ha mantenido diversos diálogos públicos con algunos intelectuales de nuestro tiempo, tales como Humberto Eco, Carlo Azeglio Ciampi, Jürgen Habermas, etc. Finalmente, Ratzinger se ha prodigado en el género de «entrevistas».

Su figura ha estado veintitrés años en el escaparate más visible de la Iglesia, cual es la Congregación de la Doctrina de la Fe, que tiene la misión de velar públicamente por la ortodoxia católica. Por ello, esa labor doctrinal ha dejado entrever, además de su categoría intelectual, los intereses que mueven su espíritu y la calidad de su criterio filosófico-teológico, al tiempo que ha merecido la atención de sus críticos más acérrimos.

A este respecto, además de las numerosas conversaciones y entrevistas que ha concedido a la prensa internacional —siempre en abierto y sin poner veto previo a pregunta alguna—, al menos tenemos tres amplios libros en los que los periodistas le han sometido a todo tipo de cuestiones, sin esquema pactado y en ocasiones sobre preguntas formuladas sin ningún miramiento. El primero, *Informe sobre la fe* (BAC, Madrid, 1985, 224 págs.), el periodista católico convertido Vittorio Missori sitúa a Ratzinger ante el empeño de hacer una radiografía exhaustiva sobre la situación de la Iglesia en la etapa posterior al Concilio Vaticano II.

En 1996, el periodista alemán Peter Seewald, redactor de *Der Spiegel*, católico no practicante, somete al cardenal Ratzinger a una amplia entrevista de 302 páginas (en la edición alemana), en la que le interroga sobre un cuestionario que abarca tres amplios capítulos: «su persona», los «problemas de la Iglesia católica» y el análisis de «los umbrales de la nueva época». En ella, Seewald expone al entrevistado «aquellas cuestiones que el hombre actual plantea a la Iglesia y que a

menudo le cierran el acceso a la fe». Esta amplia entrevista se publica en español con la traducción exacta del título alemán, *La sal de la tierra. Cristianismo e Iglesia católica ante el nuevo milenio* (Editorial Palabra, Madrid, 1997, 310 págs.).

Cuatro años más tarde, este mismo periodista alemán, a la vista del éxito alcanzado por la publicación anterior, demanda de Ratzinger una amplia exposición del dogma y de la moral católica. Al ritmo de la conversación que se desarrolla en unos días de estancia en el monasterio benedictino de Monte Casino, el incrédulo periodista propone a Ratzinger las dudas y dificultades que la cultura de la increencia propone a la doctrina cristiana. Esta amplia entrevista se publicó en una extensa obra de 441 páginas con el título español de *Dios y el mundo. Creer y vivir en nuestra época* (Galaxia Guttenberg, Barcelona, 2002, 441 págs.).

Pues bien, la lectura de estas tres obras —género diálogo-entrevista, sin apenas tecnicismos teológicos y, por consiguiente, de fácil lectura y comprensión— es un acceso seguro para el conocimiento de la persona, de la doctrina, de las convicciones y de las sensibilidades culturales y religiosas de Benedicto XVI.

Pero la finura intelectual de Ratzinger era ya conocida desde el comienzo de sus estudios académicos: desde muy joven, su vida estuvo unida a la universidad. Como es sabido, en el inicio de los años cincuenta no era fácil el acceso de una persona joven a una cátedra en las universidades alemanas. Ratzinger cubre con inusitada rapidez el proceso de finalizar la carrera, la defensa del doctorado y la prueba de la «habilitación», que le capacita para acceder como profesor a la universidad. Este triple proceso lo recorre el joven sacerdote (ordenado en 1951) en apenas seis años, y lo lleva a cabo brillantemente con la tesis doctoral sobre la Iglesia en san Agustín (1953, editada en 1954) y el concepto de Revelación en los escritos de san Buenaventura (1957, publicada en 1959). El título de estas dos obras y los autores elegidos, así como los profesores que dirigen su trabajo de investigación, M. Schmaus y G. Söhngen, testifican que el joven profesor estudia con atención esmerada dos épocas decisivas para la historia del cristianismo y de la teología, como son la patrística —con su mayor exponente en san

Agustín— y el estudio de uno de los autores más representativos de la Escolástica del siglo XIII, san Buenaventura. De este modo, llegó a ser uno de los profesores más jóvenes de la universidad alemana.

Para ese acceso tan rápido, el joven Ratzinger partía de una excelente preparación intelectual, pues, a pesar de los años azarosos de la guerra que había sumido a Alemania en un auténtico caos intelectual, mostraba ya una acusada sensibilidad por los autores más representativos de su época. Él mismo narra cómo, todavía alumno en el seminario de Freising, había leído a Gertrud von Le Fort, a Ernst Wiechert, a E. Langgäser, a Dostoyevski... Asimismo, escribe: «Me interesaron mucho Heidegger y Jaspers», y alaba la obra del más conocido reformista de la teología moral de la época, el filósofo y teólogo Theodor Steinbüchel, que supuso un reclamo para una moral personalista, superando el excesivo realismo del neotomismo y el idealismo de los epígonos kantianos. Con ocasión de la lectura de este autor, Ratzinger expresa también su interés por la tradición de los grandes autores de la Teología: «Steinbüchel ha escrito un libro, *Die Wende des Denkens* (El cambio del pensamiento), donde expone, de forma impresionante, el cambio radical del predominio del neokantismo a la fase personalista. Esta fue la lectura clave para mí. Además desde el inicio me interesó mucho san Agustín, también como contrapeso a Tomás de Aquino» (*La sal de la tierra*, pág. 66).

Esta confidencia muestra cómo el joven estudiante simpatiza con esta corriente del personalismo del pensamiento europeo, al tiempo que conoce los filósofos alemanes más en boga de la época, como son, entre otros, Heidegger, Jaspers y Husserl; y, así como parece sentirse ajeno al esquema del neotomismo reinante en el mundo latino, también se distancia del neokantismo alemán a la moda de las escuelas de Marburgo y Baden, donde enseñan los filósofos Hermann Cohen y Paul Natorp, maestros, a su vez, de los filósofos españoles de la Universidad de Madrid, Ortega y Gasset, García Morente, García Vacca, etc.

Con esta esmerada preparación en la cultura alemana de la época y el conocimiento de la tradición teológica, Joseph Ratzinger se inicia en la carrera hacia la cátedra, después de su *habilitación* en la Facultad de Teología de Múnich. Es conocido que las universidades alemanas se

«ganan» a los buenos profesores con la conocida forma académica del «Aufruf», o sea, llamada o «fichaje». A este respecto, no cabe menos de admirar cómo a este joven profesor le solicitan —le «llaman»— sucesivamente las universidades de Bonn, Münster y Tubinga —posiblemente, junto con Múnich— las mejores facultades de Teología de la época. Su salida de Tubinga y llegada a Regensburg, según su propio relato, es una huida a causa de la revolución de mayo del 68 que hizo estragos en la disciplina académica de esta universidad, para retirarse a una facultad de Teología más pacífica, en Ratisbona, que ofrecía un ambiente más tranquilo para la exposición en el aula, la investigación y el estudio. Según testimonio común de sus alumnos de cada una de esas cuatro facultades, el profesor Ratzinger ha sido un excelente profesor, siempre muy elogiado por ellos.

Pero es aún más de admirar el abundante catálogo de su producción teológica. En la última obra traducida al español, *Convocados en el camino de la fe. La Iglesia como comunión* (Ed. Cristiandad, Madrid, 2004, 390 págs.), el editor recoge el amplísimo catálogo de sus publicaciones. Pues bien, hasta el 1 de febrero de 2002, el enunciado y las correspondientes traducciones de sus obras ocupan 75 páginas (309-384). Al mismo tiempo, se citan las versiones a las distintas lenguas; en concreto, además del alemán, sus obras son traducidas al español, inglés, francés, italiano, portugués, holandés, croata, polaco, húngaro, eslovaco, esloveno, checo, lituano, ruso, japonés, coreano, chino, árabe, noruego y sueco. Y causa admiración cómo en los últimos años, con el grave e intenso quehacer de su ministerio en la Congregación, en lugar de mermar su trabajo intelectual, aumenta el número de publicaciones de esta etapa de su vida.

Pero, ¿cuál es el perfil intelectual de este fino intelectual, sabio profesor y eminente teólogo? El mismo Ratzinger expone cuál ha sido el talante de su reflexión teológica. He aquí una sucinta y brillante confesión: «Yo nunca he buscado tener un sistema propio o crear nuevas teorías. Quizá lo específico de mi trabajo, si queremos decirlo así, podría consistir en que me gusta pensar la fe de la Iglesia y eso supone, para empezar, pensar con los grandes pensadores de la fe. Significa que yo no hago una teología aislada; intento hacer una teología lo más amplia

posible y siempre abierta a otras formas de pensamiento dentro de la misma fe. Por eso para mí ha tenido siempre especial interés la exégesis. Yo no podría hacer teología puramente filosófica. Para mí, lo primero de todo, el punto de partida, es el Verbo. Creer en la Palabra de Dios y poner empeño en conocerla a fondo, ahondar en ella y entenderla, para después reflexionar junto a los grandes maestros de la fe. Por eso mi teología tiene cierto carácter bíblico e incluso patrístico, sobre todo agustiniano. Pero procuro, como es natural, no quedarme en la Iglesia primitiva; lo que intento es subrayar los aspectos más relevantes de su pensamiento y entablar al mismo tiempo un diálogo con el pensamiento contemporáneo» (*La sal de la tierra*, pág. 72).

La extensión de esta cita permite descubrir la razón del rigor doctrinal de su reflexión teológica, la atracción y originalidad de su pensamiento, así como la permanencia de sus escritos en sucesivas reediciones. En efecto, Ratzinger es un «teólogo de raza», pues no empieza por opinar racionalmente sobre la fe: la teología no es lo que «el hombre dice sobre Dios», sino «lo que Dios dice acerca de sí mismo», de ahí el recurso necesario a la Escritura y, consecuentemente, el interés del teólogo Ratzinger por la exégesis. Al mismo tiempo, cumple el presupuesto de todo intelectual: buscar la verdad, sin la pretensión de llamar la atención con lo novedoso: «Yo nunca he buscado tener un sistema propio o crear nuevas teorías». También destaca su espíritu dialogante: «Yo no hago una teología aislada; intento hacer una teología lo más amplia posible y siempre abierta a otras formas de pensamiento». Asimismo, es propio de la ciencia teológica —como acontece en todas las demás ciencias— no empezar de nuevo, sino tener a la vista la larga tradición de la reflexión de quienes nos han precedido en la comprensión racional de la fe revelada. De ahí su interés por la tradición. Pero el verdadero pensador tampoco se instala en el pasado, sino que busca la forma de interpretar el presente e iluminar el futuro: en esta síntesis cabe resumir toda la actividad intelectual de esta inteligencia cumbre que es el pensador y teólogo Joseph Ratzinger.

Finalmente, el perfil teológico académico se completó con el encargo pastoral de la diócesis de München-Freising. Fue nombrado obispo

de esta importante ciudad bávara por el papa Pablo VI el 24 de marzo del año 1977. Ministerio muy corto, pues en 1981, el arzobispo de Múnich es llamado a Roma por el papa Juan Pablo II que le nombró prefecto de la Congregación de la Fe y presidente de la Pontificia Comisión Bíblica.

En cuanto a su estilo intelectual, Ratzinger fue un «teólogo de vanguardia». Esta impronta de una teología renovada, con formulaciones nuevas —algunas de las cuales revisó posteriormente— se manifestó en una de las primeras obras traducidas al español, *Introducción al cristianismo* (Ed. Sígueme, Salamanca, 1971; la edición alemana es de 1968), en la que explica el credo de los apóstoles. Pero no sólo se dejó sentir en sus escritos, sino también en actitudes muy conocidas en época anterior, como asesor teológico en el Concilio Vaticano II. Las crónicas del concilio relatan la influencia decisiva que tuvo el cardenal Frings, arzobispo de Colonia, en tres intervenciones que cambiaron el rumbo del concilio y que el propio Ratzinger califica de «tres campanadas». Primera: El cambio de toda la metodología del concilio prevista de antemano por la curia. Segunda: El rechazo del esquema sobre la Divina Revelación, de importancia decisiva para la teología. Tercera: La crítica a la práctica del Santo Oficio con la exigencia de cambiar su modo y praxis de actuar. En diversas ocasiones, Ratzinger reconoció su intervención directa en ellas, y, aunque algunos de aquellos discursos confiesa que no fueron dictados por él, es evidente que pasaron por sus manos, dado que el joven profesor de Bonn estaba en el concilio como el teólogo asesor del cardenal de Colonia.

En resumen, como le recuerda Peter Seewald, en su primera etapa de docencia universitaria Ratzinger fue un «profesor estrella» y «un teólogo progresista». Y como prueba aduce una serie de hechos y propuestas de reforma de la Iglesia y de la teología que él hacía en sus clases abarrotadas y con el aplauso de sus alumnos. En la respuesta al periodista, Ratzinger asiente a esas afirmaciones, pero le explica el verdadero sentido de estos elogios y matiza sus propias afirmaciones: «Lógicamente, los sentimientos propios de la juventud jugaban un papel importante en todas esas reflexiones» (*La sal de la tierra*, págs. 79-80).

FUTURO DEL PAPA JOSEPH RATZINGER Todo inicio es misterioso porque tiene delante un futuro siempre arcano; además su realización supera los propios proyectos, dado que depende de condiciones no siempre previstas. El futuro es un camino que necesariamente se ha de recorrer, pero se desconocen las posibilidades y los obstáculos con que el caminante pueda encontrarse. En este sentido, se explica que, en la homilía al inicio de su pontificado, Benedicto XVI haya expresado que «no tenía programa». Una muestra más de su inteligencia y de su humildad intelectual y ascética.

No obstante, si como hemos comentado, el Papa tiene ya marcada su misión, es evidente que los grandes objetivos se concentrarán en el cumplimiento de su encargo o ministerio —los *munera* u oficios, en expresión teológica— señalados por Jesucristo a Pedro: anunciar a su Señor, ser fundamento firme de la Iglesia, regirla haciendo observar los preceptos de su Fundador, mantener íntegras sus enseñanzas y acompañar amorosamente a esa comunidad de fieles, que, en lenguaje bíblico, se denomina «cuidar del rebaño» como buen Pastor.

Pero es evidente que esos distintos ministerios están circunstanciados al momento histórico en que se desarrollen, a la situación en que se halle la Iglesia en el contexto de las corrientes culturales y a las variables opciones que le ofrezca el mundo cultural, social y político. También es obvio que en tales circunstancias tampoco puede salirse de su misión, por lo que seguirá la pauta del magisterio papal de todos los tiempos, de forma que los cambios serán sólo de acento o, si se quiere, de «ritmo y sonido», porque la «letra» será la misma. Sin embargo, sin pretensiones de profeta, los acentos musicales serán indiscutiblemente distintos y, posiblemente, de cadencia en ocasiones sorprendente. Por ello, me atrevería a señalar los «coda» con que el papa Benedicto XVI pondrá un cierto remate final a algunas cuestiones urgentes de nuestro tiempo.

En este presagio del futuro parece normal que sea un pontificado de búsqueda de la unidad de los creyentes. Sin duda es la cuestión más evangélica y urgente, dado que responde al deseo de unidad tan advertido por Jesús en su despedida; a su vez, es el mayor escándalo cristiano cometido en la historia y es también el argumento más convincente de

la veracidad del Evangelio, tal como predijo Jesucristo a los doce (*Jn* 13,35). El sano ecumenismo será sin duda el objetivo tendencia de este pontificado. El resultado en avances concretos es incierto porque la larga historia ha creado una sima profunda de separación entre las diversas confesiones cristianas. No obstante, los esfuerzos de los últimos papas han limado en los espíritus los enconos y los prejuicios que las separaban, por lo que es posible que, eliminadas las prevenciones, los problemas doctrinales —aun siendo graves— puedan encontrar la luz que esplende de la propia verdad. Por ello, sería un milagro del Espíritu que se alcanzase la unión, pero puede ser un avance significativo.

En segundo lugar, Benedicto XVI se volverá hacia el interior de la Iglesia: es preciso conseguir la unidad interna, fortificar el armazón de la *fe creída* (las verdades del Credo), aunar la *fe practicada* (la doctrina moral) y esclarecer la *fe celebrada* (la liturgia). Es preciso descubrir las potencialidades que entraña este Cuerpo misterioso de Cristo, que es la Iglesia, y que está animado por la vida desbordante del Espíritu Santo. Esto representa en todas las épocas la gran novedad del cristianismo. En este sentido, será también un pontificado doctrinal. En una época en la que, al decir de Chesterton, «las ideas se han vuelto locas», la amplitud de miras, la garantía de la doctrina y la humildad al proponerlas y exigirlas del actual pontífice seguro que, sin fisuras ni violencias, se alcanzarán asentimientos sobre la doctrina católica, tantas veces quebrada con ocasión de las novedades introducidas por el Concilio Vaticano II. Parece que ha llegado el momento de integrar lo antiguo y lo nuevo, liquidando esa nomenclatura política —ajena a la fe común cristiana— de «integrismo» y «progresismo» doctrinales en el seno de la Iglesia. Quizá una etapa de más serenidad nos convenza a todos que ni lo antiguo por antiguo ni lo nuevo por lo nuevo es criterio de verdad y que tan peligroso es el arcaísmo como el modernismo.

Otro acento del actual pontificado será, sin duda, el diálogo con la situación peculiar y singular de nuestro tiempo. A este respecto, el Pastor de la Iglesia universal no será un Papa «encerrado» en la Vaticano: será un «papa viajero» en busca de las comunidades cristianas diseminadas en la amplia geografía del mundo. Pero me atrevo a pensar que su

«púlpito», además de las catedrales y explanadas al aire libre, estará sobre todo en los grandes areópagos de la cultura y en los foros internacionales de la vida artística, social, económica y política. Conociendo el interés del papa Ratzinger por la situación actual del mundo actual, buscará esos ámbitos en los cuales se toman las grandes decisiones. Y estoy convencido que; si a los papas Pablo VI y Juan Pablo II se les abrieron los foros de los grandes organismos internacionales —en muchos casos, por cortesía, en razón de lo que representaban—, esos mismos foros invitarán al nuevo Papa porque les interesa conocer sus ideas lúcidas sobre tantos problemas que se suscitan en la convivencia mundial.

En este ámbito doctrinal y de magisterio acerca de la vida político-social, el campo está abonado, pues las propias raíces de la familia Ratzinger tienen sus precedentes de preocupación por los temas sociales y políticos, y más en concreto por la justicia social. Es de destacar que en el libro de su vida, el cardinal Ratzinger recuerda con elogio a su tío-abuelo, tío de su padre, Georg Ratzinger, sacerdote y doctor en teología, que llegó a ser diputado del Parlamento del Reich y del Land de Baviera. Y pasó a la historia del parlamentarismo bávaro como el gran defensor de los derechos de los trabajadores del campo. La historia de las conquistas sociales de Baviera considera al diputado Ratzinger como un hombre de gran prestigio y eficacia en sus ideas y logros políticos.

Ciertamente, no será esta la onda de su actuación. Por el contrario, en este pontificado se caracterizará de forma sobresaliente —en mi opinión y deseo esperanzado— por un magisterio que cabría denominar de la «inteligencia». Es evidente que nos encontramos ante una de las curvas culturales más cerradas de la historia de la humanidad. Sin poner excesivo énfasis en las palabras tan repetidas de «crisis» y «cambios», se da un consenso a múltiples niveles de que nuestra época se caracteriza por tales novedades técnicas, culturales, de ideales y sensibilidades tan distintas a la época inmediata anterior, que no resulta fácil hacer la radiografía de lo que realmente acontece. Además, a los sorprendentes cambios, se añade la novedad, la universalidad y la profundidad de los mismos, hasta el punto que hace pensar que nos encontramos ante un giro y vuelco de civilización.

Pues bien, cuando se leen con detención los escritos del teólogo y cardenal Ratzinger, sorprende que es, precisamente, esta situación tan nueva de nuestro tiempo la que suscita su interés. Por ello, es convicción profunda que, dado lo difícil que resulta encontrar explicaciones que aúnen los valores subyacentes que emergen en nuestra época, al tiempo que tampoco se presenta como tarea fácil detectar las raíces de los muchos y profundos errores que afloran, es previsible que la lucidez de este extraño y fino pensador pueda aportar luz para discernir la clave de nuestro tiempo, de forma que sepa ofrecer rutas que orienten esta novísima etapa cultural.

Este discernimiento tan urgente para afrontar un futuro incierto no pueden hacerlo ni las viciadas ideologías de nuestro tiempo ni los cauces políticos o económicos tan cerrados sobre sí mismos —«endogámicos»—, sino que sólo puede iluminarlo quien verdaderamente parta de la verdad y la busque con pasión. A este respecto, conviene destacar el amor y el interés por la verdad que caracteriza su biografía y toda su obra publicada. Será preciso dejar constancia que el lema de su escudo episcopal es «Cooperator veritatis», cuyo significado él mismo comentó en diversas ocasiones, siempre en clave de una vida sellada y comprometida por amor a la verdad. Y es que esta humilde pasión por la verdad que profesa el nuevo Papa puede conducir a conquistar verdades más altas e integradoras, al tiempo que será capaz de detectar las escorias del error y de la mentira que tanto abundan, y que Julián Marías se atreve a calificar de «falsificación deliberada de lo real», y lo más grave, añade el filósofo, es que «la mentira circula con absoluta impunidad». Sólo quien busca la verdad podrá aunar las verdades parciales y detectar los errores que se encubren bajo la silueta de opiniones brillantes, pues, como escribió san Agustín, «para conocer la verdad, tenemos que estar en la verdad».

Sería un buen final de este pontificado que ahora se inicia que alguien en el futuro pudiese aplicar al papa Benedicto XVI el elogio que formuló san Jerónimo a la labor intelectual que en su tiempo llevó a cabo san Agustín. Es ampliamente reconocido que el obispo de Hipona injertó la enseñanza cristiana en el paganismo de la cultura de los

primeros cinco siglos cristianos y que su muerte coincide con el final del Imperio Romano. Pues bien, san Jerónimo sentenció esta impresionante labor con esta alabanza: «Tú has dado una expresión nueva al cristianismo en la cultura romana». Pero el mismo san Jerónimo añadió la causa de por qué había sido tan calumniado: «por eso te detestan todos los herejes». Si como sentenció el sabio Orígenes, «los herejes piensan más profundamente, pero no más verdaderamente», la búsqueda humilde y apasionada por la verdad que caracteriza la biografía de Benedicto XVI puede ser un foco que ilumine el presente incierto y desorientado de nuestro tiempo, que, según el título feliz de la película protagonizada por Fernando Fernán Gómez, parece que ha emprendido un «viaje a ninguna parte».

Y, a propósito del carácter de «inquisidor» —acusación tan manejada como calumniosa por los enemigos del teólogo y cardenal Ratzinger— es conveniente consignar que en esos casi veinticuatro años de su cargo de prefecto de la Doctrina de la Fe, en una época en que algunos ámbitos del quehacer teológico «naufragaron en el oleaje bravo de la fatuidad del pensamiento» (Lewis), las condenas han sido muy escasas en número. Lo que acontece es que los interesados se dejaron airear por los enemigos de la curia romana —algunos son también declarados beligerantes contra la Iglesia—, los cuales les han prestado los micrófonos y las cámaras para pasearlos por la geografía del mundo. Y, en cuanto al rechazo de algunos aspectos de la «teología de la liberación», es ya sentencia bastante compartida —incluso entre algunos de sus autores— que ha sido, precisamente, Ratzinger quien ha sabido formular con rigor los alientos válidos de esa corriente teológica que sus partidarios intuían, pero que, debido a su falta de pericia y de rigor teológico, no fueron capaces de formular. ⇐ AURELIO FERNÁNDEZ

UNA LECTURA (MUY) CRÍTICA

Shakespeare y el drama

LEÓN TOLSTÓI

La «incorrección política» de este ensayo ha podido tener parte en el desinterés que hasta la fecha han mostrado los editores españoles por un texto tan importante y bravo como este de Tolstói que nos complace presentar ahora. Publicado en 1906, pertenece al último periodo, el más crítico y radical del escritor. Sobre el arte en general ya se había despachado a gusto en su demoledor «¿Qué es el arte?», un ensayo, también largo, publicado en 1898 y que, a diferencia del que vertimos ahora por primera vez al castellano, sí ha sido traducido a nuestra lengua. El análisis sociológico y estético que desarrollaba Tolstói en él fue proyectado luego sobre la obra de Shakespeare. La crítica al autor inglés se basa en una inspección exhaustiva de su obra dramática, así como también en la de sus comentaristas. Razones de espacio nos han obligado en esta edición a abreviar algunos de los extensos comentarios de Tolstói sobre la bibliografía secundaria; hemos indicado con puntos suspensivos y corchetes, [...], los lugares de esas sustracciones, que en absoluto impedirán, sin embargo, la comprensión global del texto. De su lectura no sería despreciable consecuencia un debate sobre las creaciones dramáticas en nuestros días. Al fin y al cabo, *De lo espiritual en el arte* (1910), de Vassily Kandinsky, resultó de aplicar las categorías tolstoianas de este ensayo a las artes plásticas.

I

Un artículo de Ernest Howard Crosby sobre la actitud de Shakespeare respecto a la clase trabajadora[1] me ha sugerido la idea de manifestar la opinión que hace tiempo me formé de las obras de Shakespeare, una opinión sustancialmente contraria a la que es admitida por todas partes en el mundo europeo. Haciendo memoria de mi lucha contra las dudas, el fingimiento y los esfuerzos que he tenido que realizar para aclimatarme a Shakespeare, debido a mi completo desacuerdo con las adulaciones, y suponiendo que muchas personas habrán experimentado y experimentan la misma perplejidad, he pensado que podría ser de alguna utilidad expresar de una vez por todas y con entera franqueza esta discrepancia mía respecto a la opinión mantenida por la mayoría, especialmente porque las conclusiones a las que llegué al examinar las causas de mi desacuerdo no están exentas, creo, de interés y sentido.

Mi disconformidad con la opinión predominante sobre Shakespeare no es resultado de un estado de ánimo pasajero ni de una actitud despreocupada hacia este tema, sino la conclusión de continuos y exigentes esfuerzos, realizados a lo largo de muchos años, por armonizar mis puntos de vista con las opiniones que acerca de Shakespeare son aceptadas en los cuatro rincones de la cristiandad ilustrada.

Recuerdo el asombro que me produjo la primera lectura de Shakespeare. Esperaba recibir una gran satisfacción estética, pero al leer, una

1 E. H. Crosby (1856-1907) fue durante unos años diputado por Nueva York en el Congreso de los Estados Unidos. En uno de sus viajes a Europa en donde actuaba como defensor de difentes causas cívicas, conoció a León Tosltói, que le causó una viva impresión personal e intelectual. De ese encuentro surgió su obra *Tolstoi and His Message* (1903). Ese mismo año publicó el ensayo al que se refiere Tolstói, "Shakespeare and the Working Classes". Tolstói pensó inicialmente en este texto sobre Shakespeare como una introducción a esta obra de Crosby; pero el análisis de Shakespeare requería una obra más extensa, que es finalmente la que público tres años después, y que es la que aquí traducimos.

detrás de otra, las obras consideras las mejores entre las suyas —*King Lear, Romeo and Juliet, Hamlet, Macbeth*—, no sólo no experimenté ninguna satisfacción sino que sentí una repulsión y un tedio insuperables, así como la duda de si sería mi falta de sensibilidad —pues consideraba tan poco significativas o simplemente malas esas obras que todo el mundo ilustrado consideraba el no va más de la perfección—, o si, por el contrario, la importancia atribuida a las obras de Shakespeare por las clases educadas era un sinsentido. Mi perplejidad fue en aumento, al considerar cómo siempre había apreciado yo con íntima satisfacción la belleza de la poesía en cualquier de sus formas: ¿por qué, pues, las obras de Shakespeare, reconocidas por todo el mundo como los trabajos de un genio artístico, no sólo dejaban de gustarme sino que llegan a parecerme detestables?

Leí las tragedias, las comedias y los dramas históricos una y otra vez, e invariablemente experimentaba la misma sensación: repulsión, fatiga y asombro.

Durante mucho tiempo desconfié de mi juicio sobre esta materia, y durante los últimos cincuenta años no he ahorrado esfuerzos para leer a Shakespeare de todas las maneras posibles: en ruso, en inglés, en la traducción alemana de Schlegel, que alguien me recomendó. Leí las tragedias, las comedias y los dramas históricos una y otra vez, e invariablemente experimentaba la misma sensación: repulsión, fatiga y asombro.

En esta ocasión, antes de escribir este artículo, y como un hombre adulto de setenta y cinco años que ya soy, queriendo comprobar una vez más la validez de mis conclusiones, he vuelto a leer todo Shakespeare, incluyendo los dramas históricos, los *Enriques*, *Troilus and Cressida*, *The Tempest*, *Cymbeline*, etc., y he experimentado la misma sensación pero aún más fuerte, y esta vez no ya con perplejidad sino con la convicción firme e inamovible de que la indiscutida fama de gran genio de que disfruta Shakespeare —la misma por la que los escritores contemporáneos le imitan, y los lectores y los espectadores, alterando su sentido estético

y ético, buscan unas cualidades inexistentes en su obra— es un gran mal, como toda falsedad lo es.

Aunque sé que la mayoría de la gente tiene tal fe en la grandeza de Shakespeare que al leer esta opinión mía ni siquiera admitirán la posibilidad de que sea correcta y no le prestarán atención, trataré no obstante de mostrar de la mejor manera que me sea dado por qué pienso yo que no cabe aceptar que Shakespeare sea un escritor no digo ya de genio, es que ni siquiera uno de la media.

A este propósito voy a referirme a uno de los dramas más admirados de Shakespeare: *King Lear*, sobre el que casi todos los críticos coinciden en elogios entusiastas[2]. [...] Tales son los juicios de los críticos sobre este drama que justifican, me parece, el que lo elija para analizarlo en adelante como uno de los mejores de Shakespeare.

Trataré de referir del modo más imparcial posible el contenido del drama, para mostrar a continuación por qué no es la cumbre de la perfección, como han dicho los críticos más eruditos, sino algo más bien distinto.

II

La tragedia de Lear comienza con una escena en la que dos cortesanos, Kent y Gloucester, están conversando. Señalando a un joven allí presente, Kent pregunta a Gloucester si se trata de su hijo. Gloucester dice que con frecuencia se ha sonrojado al reconocer que en efecto ése

2 Tolstói cita varios pasajes de las obras críticas de Samuel Johnson (1709-1784), y su *Preface* (1765) a una edición conjunta de las dramas de Shakespeare de ese año; William Hazlitt (1778-1830) y su *Characters of Shakespeare's Plays* (1817); Percy Bysshe Shelley, (1792-), en su *A Defence of Poetry* (1840); Algeron Charles Swinburne (1837-1909) y su *A Study of Shakespeare* (1880); Victor Hugo (1802-1885), «William Shakespeare», en *Œuvres complètes: Philosophie*, París, ed. J. Hetzel & A. Quantin, 1882, pp. 34 y ss.; George Brandes (1842-1927), autor de *William Shakespeare. A Critical Study* (1898, vol. 1, p. 283). No podemos reproducir aquí todas esas citas por motivos de espacio.

es su hijo, pero que ahora eso ya no le importa. Kent dice: «No puedo concebir...»[3]. A ello responde Gloucester, en presencia de su hijo: «Señor, la madre del muchacho sí que pudo; por lo cual se le redondeó el vientre; y, por cierto, señor, tuvo un hijo en la cuna antes que un esposo en su lecho»[4]. Gloucester continúa diciendo que ha tenido otro hijo legítimo, pero que, aunque «aquel tunante vino algo impertinentemente al mundo antes de que lo llamaran, su madre, empero, era muy hermosa; hubo fino deleite en su hechura, y el hijo de puta, pues, tuvo que ser reconocido»[5].

Gente libre de prejuicios, no dispuesta de antemano a la alabanza de Shakespeare, no hay ya quien la encuentre en nuestro tiempo.

Este es el tenor de la introducción. Al margen de la vulgaridad de las palabras que emplea Gloucester, están además fuera de lugar en labios de un hombre al quien se quiere representar como de noble carácter. Es imposible estar de acuerdo con la opinión de algunos críticos, para quienes esas palabras han sido puestas en boca de Gloucester para indicar el resentimiento por la ilegitimidad, que Edmond, su hijo bastardo, experimenta. Si ese fuera el caso, habría sido necesario en primer lugar hacer que el padre expresara el desprecio que siente todo el mundo en general por esa condición; y en segundo, que Edmond mismo, en su monólogo sobre la

3 «I cannot conceive you» (*The Tragedy of King Lear*, I, 1, v. 11). En el original ruso de Tolstói, las citas de Shekespeare se hacen directamente en inglés. En nuestra edición, hemos preferido citar la traducción castellana en el cuerpo principal, y reproducir a pie de página el texto inglés de Shakespeare. Para la traducción al castellano de Shakespeare nos hemos servido de la de Luis Astrana Marín, en la edición de las obras completas de Aguilar (1933). Y para el original inglés, citamos según el texto crítico de la Oxford University Press, la edición compacta de las obras completas de Shakespeare de 1989.

4 «Sir, this young fellow's mother could; whereupon she grew round-wombed, and had, indeed, sir, a son for her cradle ere she had a husband for her bed» (I, 1, vv. 12-15).

5 «Though this knave came somewhat saucily before he was sent for, yet was his mother fair, there was good sport at his making, and the whorseson must be acknoledged» (I, 1, vv. 20-23).

injusticia de aquellos que le desprecian por su nacimiento, debería haberse referido a las palabras de su padre. Pero nada de eso ocurre, y por tanto esas palabras de Gloucester al comienzo mismo de la pieza no tienen más propósito que el de informar al público de manera jocosa sobre la existencia de dos hijos de Gloucester, uno legítimo e ilegítimo el otro.

Tras el toque de unas trompetas, hace su entrada el rey Lear acompañado de sus hijas y yernos, para pronunciar un discurso acerca de su avanzada edad y el deseo de retirarse de los asuntos públicos y dividir su reino entre sus hijas. Para determinar qué partes han de corresponder a cada una de ellas, anuncia que a la que logre expresar un mayor afecto por él le corresponderá la parte mayor. La primera de ellas, Goneril, dice que no hay palabras que puedan dar a entender su amor, que le es más querido que «la niña de mis ojos, el espacio y la libertad»[6], y que su amor es tal que «deja pobre el aliento»[7]. Acto seguido el rey Lear asigna sobre el mapa la parte que le ha correspondido a su hija, en campos, bosques, ríos y prados, y propone la misma cuestión a su segunda hija.

Su segunda hija, Regan, dice que su hermana ha expresado correctamente sus propios sentimientos, pero de manera insuficiente. Ella, Regan, ama a su padre hasta el punto de que todo le resulta aborrecible fuera de este amor. El rey recompensa también a su hija; y a la más joven de las tres, su favorita, aquella a quien, según él mismo se expresa, «las vides de Francia y la leche de Borgoña se disputan, competidoras»[8] —es decir, que está siendo pretendida por el rey de Francia no menos que por el duque de Borgoña—, a Cordelia, le pregunta el rey cómo es su amor por él. Cordelia, que encarna todas las virtudes de manera similar a como sus hermanas mayores encarnan todos los vicios, responde de una manera notoriamente inadecuada, como si deliberadamente quisiera humillar a su padre, diciendo que aunque le quiere y le respeta y le está agradecida, sin embargo, si llegara a casarse, su capacidad de

6 «Dearer than eyesight, space and liberty» (I, 1, v. 56).

7 «A love that makes breath poor» (I, 1, v. 60).

8 «The vines of France and milk of Burgundy / Strive to be interessed» (I, 1, vv. 84-85).

amor ya no le correspondería por entero, porque también sentiría amor por su marido.

Al oír esas palabras el rey pierde los estribos, y rompe a maldecir a su hija favorita con unas imprecaciones terribles y extrañas, diciendo, por ejemplo, que él querrá a un bárbaro capaz de devorar a sus propios hijos tanto como quiere ahora a aquella que una vez fue su hija.

> [...] El bárbaro escita
> o el hombre que hace de sus hijos alimento
> para saciar su hambre, se hallarán tan próximos
> a mi amistad, a mi conmiseración y amparo
> como tú, la que en otro tiempo fuiste mi hija[9].

El cortesano Kent se pone de parte de Cordelia y, tratando de hacer entrar en razón al rey, le reprocha su desmesura y argumenta sobre la perversidad de la adulación. Lear, sin atender a las razones de Kent, le destierra bajo amenaza de muerte, y llamando a su presencia a los pretendientes de Cordelia, el rey de Francia y el duque de Borgoña, les propone por turno aceptar a Cordelia sin la dote. El duque de Borgoña dice a las claras que no aceptará a Cordelia sin la dote, pero el rey de Francia sí la acepta, y la conduce afuera. Después de esto, las hermanas mayores, conversando entre sí en ese momento y lugar, preparan la ofensa que harán a su padre, que les ha dado su parte en la herencia. Así concluye la primera escena.

Dejando al margen el estilo fatuo, falto de carácter con que el rey Lear —como todos los reyes de Shakespeare— se expresa aquí, el lector o el espectador no puede admitir que un rey, no importa lo viejo ni lo estúpido que sea, dé crédito a las palabras de la hijas perversas con las que ha convivido toda su vida, y en cambio no confíe en su hija favorita, sino que la maldiga y la destierre; por tanto, ni el lector ni el espectador podrán

9 «The barbarous Scythian, / Or the that makes his generation messes / To gorge his appetite, shall to may bosom / Be as well neighbour'd, pitied, and reliev'd / As thou, my sometime daughter» (I, 1, vv. 116-119).

participar en las emociones de las personas que intervienen en esa escena tan poco natural.

La escena segunda empieza con Edmond, el hijo bastardo de Gloucester, quien en soliloquios acerca de la injusticia de los hombres que reconocen los derechos y el honor a los hijos legítimos pero se los niegan a los ilegítimos, se determina a arruinar a su hermano Edgar y a usurpar su lugar. A estos efectos concibe una carta dirigida a él mismo, como escrita por mano de Edgar, en la cual este último aparece planeando la muerte del padre de ambos. Habiendo esperado hasta que Gloucester hace su aparición, Edmond, como si lo hiciera contra sus propios deseos, le muestra esa carta, y su padre cree a pies juntillas que su hijo Edgar, a quien ama tiernamente, busca asesinarle. El padre sale de escena, Edgar entra en ella y Edmond le sugiera que, por determinadas razones, su padre persigue su muerte. También Edgar se cree esto a la primera, y se aleja de su progenitor.

Las relaciones entre Gloucester y sus dos hijos, así como las emociones de estos caracteres, son tan poco naturales como la relación de Lear con sus hijas, si no más; y por tanto, para el espectador es difícil ponerse en los zapatos de Gloucester y en los de sus hijos y simpatizar con ellos, todavía más que lo era en relación a Lear y a sus hijas.

En la escena cuarta [...][10].

III

Así es el tan celebrado drama. Aunque pueda parecer absurdo en la versión que aquí he propuesto (que he tratado de hacer tan imparcialmente como me ha sido posible), puedo decir con toda confianza que es mucho más absurdo todavía en el original. A cualquier hombre de nuestros días, siempre que no estuviera bajo los hipnóticos efectos de la

10 Continúa el análisis de varias escenas de este primer acto y otras de los siguientes, en el mismo tenor que los aquí traducidos, hasta un total de veinte páginas más, que no podemos incluir aquí por las razones ya apuntadas.

sugestión de que este drama es la cumbre de la perfección, le bastaría leerlo hasta el final, si tiene paciencia suficiente, para quedar convencido de que, lejos de constituirse en la cumbre de la perfección, es un trabajo pobre, construido sin ningún cuidado, que si en su día pudo suscitar algún interés entre determinado tipo de público, nada puede evocar en nosotros ahora sino aversión y hartazgo. Y todo hombre de nuestros días no sujeto a esa sugestión recibirá la misma impresión de los otros, aún más ensalzados dramas de Shakespeare, por no hablar de esos absurdos relatos dramatizados que son *Pericles*, *Twelfth Night*, *The Tempest*, *Cymbeline* y *Troilus and Cressida*.

Tanto en este drama como en los otros de Shakespeare todo el mundo vive, piensa, habla y actúa de un modo impropio de su época y tiempo.

Pero esa gente libre de prejuicios, no dispuesta de antemano a la alabanza de Shakespeare, no hay ya quien la encuentre en nuestro tiempo ni en nuestra sociedad cristiana. La idea de que Shakespeare es un genio de la poesía y del drama, y que todas sus obras son la cima de la perfección, ha sido inculcada en todo individuo de nuestra sociedad y época desde los primeros años de su vida consciente. Por tanto, por superfluo que pueda parecer, voy a tratar de indicar en este drama del rey Lear que he escogido los defectos característicos de todas las tragedias y comedias de Shakespeare, a resultas de los cuales no sólo son inadecuados para proporcionar modelos al arte dramático sino que lo son también para satisfacer las exigencias más elementales y generalmente reconocidas de todo arte.

De acuerdo con las leyes establecidas por esos mismos críticos que encumbran a Shakespeare, las condiciones de cualquier tragedia es que las personas que aparecen en ellas deben, como resultado de sus propios caracteres, acciones y el discurrir natural de los acontecimientos, ser llevados a una situación en la cual, encontrándose ellos mismos en oposición al mundo que les rodea, deben luchar contra él y en esa lucha mostrar sus cualidades internas.

En la tragedia de *El rey Lear*, las personas representadas están desde luego colocadas externamente en oposición al mundo en torno y en situación de pelear contra él. Pero la lucha no resulta de un curso natural de acontecimientos y de sus propios caracteres, sino que queda establecida por el autor de un modo bastante arbitrario y por tanto no puede producir en el lector esa ilusión en que consiste la cualidad principal del arte. Nada fuerza a Lear a abdicar de su poder, por tanto no tiene razones para hacerlo. Habiendo vivido con sus hijas todos los años de vida de éstas, no tiene motivos para creer en las palabras de las dos mayores, y no hacerlo tratándose del aserto leal de la más joven; y sin embargo, toda la tragedia de su postura tiene su asiento en ello.

Igualmente afectado es el argumento secundario y notoriamente similar: la relación de Gloucester con sus hijos. La posición de Gloucester y Edgar surge del hecho de que Gloucester, como Lear, presta inmediatamente crédito a un palmario embuste, sin ni siquiera tratar de preguntar al hijo que ha sido engañado si la acusación que trae contra él es verdadera o no, sino que directamente le maldice y lo arroja de su presencia.

El hecho de que la relación de Lear con sus hijas sea exactamente la misma que la de Gloucester con sus hijos, le hace a uno sentir todavía con mayor intensidad que ambos han sido arbitrariamente concebidos y que no surgen de sus propios caracteres o del curso natural de los acontecimientos. Igualmente falto de naturalidad y manifiestamente inventado es el hecho de que a lo largo de todo el drama Lear no sea capaz de reconocer a su viejo cortesano, Kent; y por eso las relaciones entre Lear y Kent son impotentes para despertar simpatía en el lector o en el oyente. Esto vale en grado mayor aún referido a la situación de Edgar, a quien nadie reconoce, y que actúa como guía de su padre ciego y le convence de haber dado un salto desde un barranco cuando realmente ha saltado sobre el suelo.

Estas situaciones en las que los personajes son colocados de manera tan arbitraria son tan poco naturales que el lector o el espectador o no puede simpatizar con los sufrimientos de ellos o ni siquiera interesarse por aquello que lee u oye. Esto en primer lugar.

En segundo, está el hecho de que tanto en este drama como en los otros de Shakespeare todo el mundo vive, piensa, habla y actúa de un modo impropio de su época y tiempo. La acción de *El rey Lear* tiene lugar en el año 800 d. C., y sin embargo los personajes son colocados en unas condiciones concebibles únicamente en la Edad Media: reyes, duques, ejércitos, hijos bastardos, hijosdalgo, cortesanos, doctores, agricultores, peritos, soldados, caballeros armados y otros personajes semejantes aparecen en el drama. Quizá esos anacronismos (de ellos, los dramas de Shakespeare están llenos), no abortaban la posibilidad de la ilusión en un espectador de finales del siglo XVI o de principios del XVII, pero en nuestros días ya no es posible interesarse en el desarrollo de unos acontecimientos que no han podido tener lugar en las condiciones que el autor describe al detalle.

Es costumbre afirmar que el dibujo shakespeariano de los caracteres es el súmmum de la perfección; pero por mucho que por mi parte he tratado de hallar confirmación de ello en los dramas de Shakespeare, siempre he ido a dar con lo contrario.

La artificialidad de las situaciones, que no surgen de un curso natural de acontecimientos ni de los caracteres de los personajes en juego, y su incompatibilidad con la época histórica y el lugar aumentan todavía más por los burdos embellecimientos escénicos de que Shakespaere hace continuo uso en los pasajes en los que se propone resultar particularmente impactante. La fabulosa tormenta durante la que Lear vaga por el páramo; los manojos de hierba que por alguna razón se pone en la cabeza, como también lo hace Ofelia en *Hamlet*; el adorno de Edgar; todos esos recursos, lejos de reforzar la impresión, consiguen el efecto contrario. «*Man sieht die Absicht and man wird verstimmt*», dijo Goethe[11]. Ocurre con frecuencia —como con esos efectos obviamente buscados de arrastrar tirando de los pies a media

11 «Si uno descubre la intención, empieza a incomodarse». En alemán en el original (N. del Tr.).

docena de cadáveres, con el que Shakespeare concluye con frecuencia sus tragedias—, que en lugar de sentir temor y piedad uno siente lo absurdo del invento.

IV

Los personajes de las obras de Shakespeare no sólo se hallan en situaciones trágicas notoriamente imposibles, y no resultan del curso de los acontecimientos ni son adecuados en relación al ambiente histórico y al lugar, sino que además se comportan de un modo básicamente arbitrario e inadecuado con el carácter que ha sido definido para cada uno de ellos. Es costumbre afirmar que en los dramas de Shakespeare, el carácter de sus personajes está particularmente bien expresado y que, como es tanta su viveza, sus criaturas son tan polifacéticas como la gente real y, al tiempo que exhiben la naturaleza de un individuo determinado, muestran asimismo la naturaleza del hombre en general. Es costumbre afirmar que el dibujo shakespeariano de los caracteres es el súmmum de la perfección. Esto es afirmado con gran contundencia y repetido por todo el mundo como una verdad incuestionable, pero por mucho que por mi parte he tratado de hallar confirmación de ello en los dramas de Shakespeare, siempre he ido a dar con lo contrario.

Desde la primera línea de cualquiera de las obras de Shakespeare que me pusiera a leer, siempre estuve persuadido con palmaria evidencia de que carece del principal, si no el único medio para pintar un carácter, que es la peculiaridad del lenguaje —que cada persona hable de manera acorde con su propio carácter—. Esto está ausente en Shakespeare. Todos sus personajes hablan no un lenguaje propio sino siempre un único e idéntico, afectado e innatural lenguaje shakespeariano, que no sólo no lo podrían hablar ellos, sino que ninguna persona real puede haberlo hablado nunca.

Ninguna persona real puede hablar, ni nunca podría haber hablado como Lear lo hace —diciendo que «divorciaríame de la tumba de tu

madre»[12] si Regan no le recibe, o solicitando al viento que «haga estallar sus mejillas»[13], u ordenando «a los vientos que barran la tierra hasta dentro del mar»[14], o «que hinchen las rizadas olas por encima de la tierra»[15], como el caballero describe lo que Lear ha proclamado a la tormenta, o que es más fácil sobrellevar los propios sufrimientos y que «cuando la desgracia tiene compañeros y el dolor está asociado a otros dolores, entonces el alma esquiva grandes pesares»[16]; que Lear está «childed, as I father'd»[17], tal como Edgar dice, y otros tantos casos similares de expresiones artificiales que recargan los parlamentos de los personajes en todos los dramas de Shakespeare.

Estas situaciones en las que los personajes son colocados de manera tan arbitraria son tan poco naturales que el lector o el espectador no puede simpatizar con los sufrimientos de ellos, o siquiera interesarse por aquello que lee u oye.

Pero no se trata sólo de que los personajes hablen como ninguna persona real habló nunca ni puede hablar; todos ellos están además afectados por una similar incontinencia verbal.

Enamorados, disponiéndose a morir, combatiendo o expirando, todos hablan sin parar ni venir a cuento de cuestiones bastante irrelevantes, conducidos más por el sonido de las palabras y los retruécanos que por sus pensamientos.

12 «I would divorce me from thy mother's tom» (II, 2, v. 303).

13 «Blow, winds, and crack your cheeks!» (III, 2, v. 1).

14 «Bids the wind blow the earth into the sea» (III, 1, v. 4).

15 «Or swell the curlèd waters 'bove the main» (III, 1, v. 5).

16 «The mind much sufferance doth o'erskip, when grieg hath mates, and bearing fellowship» (III, 6, vv. 53-57), entendiéndose aquí «bearing» en sentido de «sufrimiento».

17 III, 6, vv. 70-72. La versión castellana que aquí estamos citando reza: «... cuando lo que me doblega le hace curvarse al rey. ¡Él por sus hijas, yo por mi padre!».

Y todos ellos hablan del mismo modo. Lear delira justo como Edgar lo hace cuando finge estar loco. Keny y el imbécil hablan del mismo modo. Las palabras de una persona podrían ser puestas en boca de otra, y por el carácter del lenguaje es imposible saber quién es el que habla. Si hay alguna diferencia en el modo de hablar de los personajes de Shakespeare, se trata sólo de que Shakespeare ha elaborado para ellos parlamentos diferentes, no que ellos hablen de una manera diferente.

De este modo, Shakespeare siempre habla por boca de sus reyes con un único y semejante lenguaje engolado y vacío. Análogamente, todos sus personajes femeninos, cuando se ha propuesto hacerlos poéticos —así, Juliet, Desdemona, Cordelia, Miranda— hablan el mismo lenguaje shakespeariano seudo sentimental. Exactamente de la misma manera no es otro que Shakespeare quien habla siempre por boca de sus villanos —Richard, Edmund, Yago y Macbeth—, expresando por medio de ellos unos sentimientos malignos que ningún villano expresaría jamás. Pero todavía más uniforme es el habla de todos sus locos, con sus palabras tremendas, y los discursos de sus necios con todo su melancólico ingenio.

De manera que el habla singular de la gente real —el habla singular que en las obras dramáticas es el medio principal para hacer presente un carácter— es inhallable en Shakespeare. (Si los gestos son medio para expresar carácter, como en los ballets, lo son sólo de manera subsidiaria). Si los personajes proclaman lo que se les ocurre y del modo como se les ocurre, y todos además de una única e idéntica manera, como sucede en Shakespeare, incluso el efecto que produciría la gesticulación se perderá; y por tanto, a pesar de lo que puedan decir sus ciegos ensalzadores, Shakespeare no nos muestra caracteres.

Los personajes que en sus dramas se alzan como caracteres, son caracteres tomados en préstamo por él de las piezas teatrales anteriores que emplea como base de sus obras dramáticas, y que están descritos principalmente no de un modo dramático, que consiste en hacer hablar a cada persona con una dicción propia, sino de un modo épico, por una persona que describe las cualidades de otra.

La afirmación de la excelencia en el modo shakespeariano de describir caracteres quiere apoyarse básicamente en los de Lear, Cordelia,

Otelo, Desdemona, Falstaff y Hamlet. Pero esos caracteres, como también otros, lejos de pertenecer a Shakespeare, han sido tomados por él de dramas anteriores, crónicas y romances. Y no es que todos esos caracteres no fueran reforzados gracias a Shakespeare, es que en la mayoría de los casos resultaron empobrecidos y arruinados por él. Esto es ciertamente evidente en el drama del rey Lear que consideramos aquí, y que fue tomado por Shakespeare de un anterior *El rey Lear*, de autor desconocido. Los caracteres de este drama, como Lear mismo y en particular Cordelia, no sólo no fueron creados por Shakespeare, sino que se han visto sorprendentemente disminuidos por él y privados de personalidad, si los comparamos con los del drama anterior.

Los caracteres están descritos principalmente no de un modo dramático, que consiste en hacer hablar a cada persona con una dicción propia, sino de un modo épico, por una persona que describe las cualidades de otra.

En la obra primera, Lear renuncia al poder porque, habiendo enviudado, piensa solamente en la salvación de su alma. Interroga a sus hijas acerca de su amor por él para que la más joven y favorita entre sus hijas permanezca junto a él en una isla, por medio de una astuta estratagema. Las dos mayores están ya comprometidas, pero la menor no quiere contraer matrimonio con ninguno de los aspirantes de reinos vecinos que Lear le ofrece, pues no los ama, y él teme que ella pueda casarse con algún lejano potentado.

La estratagema que Lear inventa, según es participada a su cortesano Perillus (el Kent de Shakespeare) es ésta: que cuando Cordelia le diga que ella le ama más que ningún otro, o al menos tanto como sus hermanas mayores, Lear le dirá que en prueba de su amor tendrá que casarse con el príncipe que él le va a indicar cuando estén en su isla.

Todos estas motivaciones de Lear desaparecen en el drama de Shakespeare. En la obra primitiva, cuando Lear interroga a sus hijas acerca de su amor por él [...].

Por extraña que pueda parecer esta opinión a los devotos de Shakespeare, el drama primitivo al completo es bajo todo los aspectos sin comparación mejor que la adaptación de Shakespeare. Esto es así, primero porque en él esos caracteres tan superficiales como el del villano Edmond y el artificial Glaucester y Edgar, que sólo distraen nuestra atención, no existen. En segundo lugar, porque está libre de esos «efectos» enteramente falsos como son la errancia de Lear por el páramo, sus conversaciones con el imbécil y todos esos imposibles disfraces, faltas de reconomiento y muertes al por mayor. Y sobre todo, porque en este drama primero existe el carácter simple, natural y profundamente conmovedor de Lear, y el aún más conmovedor y mejor definido carácter de Cordelia, que no se hallan en Shakespeare. Y también porque en el drama primitivo, en lugar de esa escena de brocha gorda en la que Lear se reúne con Cordelia y el superfluo asesinato de ésta, existe la delicada escena del encuentro de Lear con Cordelia, a la que nada en el drama de Shakespeare puede compararse.

El drama primitivo acaba también de un modo más natural y más acorde con las exigencias morales del espectador, en comparación a como lo hace el de Shakespeare, es decir, con el rey de los galos venciendo a los maridos de las hermanas mayores, y con Cordelia no muerta, sino devolviendo a Lear a su anterior condición.

Este es nuestro punto de vista en lo que se refiere al drama que estamos examinando, tomado en préstamo del viejo texto *El rey Lear*.

Lo mismo ocurre con *Otelo*, obtenido de una historia italiana, y de nuevo lo mismo con el famoso *Hamlet*. Lo mismo cabría decir de Antonio, de Bruto, de Cleopatra, de Shylock, de Ricardo y de todos los caracteres de Shakespeare; todos han sido obtenidos de obras ya existentes. Shakespare, al asumir caracteres que ya presentes en dramas anteriores, en relatos, en crónicas, en las *Vidas* de Plutarco, no sólo fracasa en hacerlos más fieles a la vida y más vivos, como sus aduladores afirman, sino que por el contrario siempre los empobrece y con frecuencia los destroza, como en el caso de *El rey Lear*, cuando obliga a sus caracteres a realizar acciones innaturales para ellos, y cuando sobre todo les obliga a hablar de una manera nunca natural ni en ellos ni en

ningún ser humano. Así por ejemplo, en Otelo, aunque sea, no diré que el mejor sino el menos malo, es decir, el menos sobrecargado de pomposa verborrea de todos los dramas de Shakespeare, los caracteres de Otelo, Yago, Cassio y Emilia son con mucho menos naturales y vivos en Shakespeare que en el romance italiano. En Shakespeare, Otelo es epiléptico y sufre un ataque en escena. Después de esto, en Shakespeare, el asesinato de Desdémona viene precedido por un extraño voto que Otelo pronuncia arrodillado, y además de eso, en la pieza de Shakespeare Otelo es un hombre de color y no un moro. Todo esto es inusual, ampuloso, no espontáneo y daña la unidad del carácter. Nada de eso existe sin embargo en el romance.

Por extraña que pueda parecer esta opinión a los devotos de Shakespeare, el drama primitivo es bajo todo los aspectos sin comparación mejor que la adaptación de Shakespeare.

En el romance, las causas de los celos de Otelo también se presentan de modo más natural que en Shakespeare. En el romance, Cassio, sabiendo a quién pertenece el pañuelo, busca a Desdémona para devolvérselo, pero al llegar junto a la puerta trasera de la casa de Desdémona divisa a Otelo y sale corriendo de su presencia. Otelo ve la huida de Cassio, y esa es la confirmación principal de su sospecha. Todo esto ha sido omitido en Shakespare, a pesar de que este incidente fortuito hace comprensible los celos de Otelo mejor que ninguna otra cosa. En Shakespeare, los celos de Otelo tienen su origen enteramente en las maquinaciones de Yago, que siempre tienen éxito, y en sus diestros discursos, a los que Otelo presta crédito con los ojos cerrados.

El monólogo pronunciado por Otelo junto a la durmiente Desdémona, para expresar cómo él desea que, asesinada, ella haya de parecerle lo mismo que cuando está viva, y que él la amará cuando haya muerto y que ahora desea inhalar su «balsámico aliento» y todo eso, es manifiestamente imposible. Un hombre que se dispone a asesinar a alguien a quien ama no puede pronunciar esas sentencias, y todavía

menos podrá después del asesinato decir que el sol y la luna deberían en ese instante eclipsarse, y bostezar la tierra; ni puede él, no importa cuál sea la procedencia de ese hombre de color, dirigirse a los demonios invitándoles a que le achicharren en ácido sulfuroso, etc.

Finalmente, como quiera que el suicidio de Otelo pueda producir algún efecto (en el romance no ocurre), destruye en gran parte la concepción de su firmeza de carácter. Si realmente sufriese aflicción y remordimiento en el momento en que quiere suicidarse, no se metería a pronunciar frases acerca de sus propios servicios, acerca de una perla, acerca de sus ojos que derraman lágrimas «as fast as the Arabian tress their medicinable gum», y todavía menos podría él discurrir sobre la manera en que un turco abroncó a un veneciano, y cómo «thus» él le castigó. Por tanto, a pesar del poderoso cauce de los sentimientos de Otelo, que los celos, bajo la influencia de las insinuaciones de Yago, han suscitado en él, nuestra idea sobre su carácter está constantemente agredida por un falso *pathos* y los discursos tan artificiales que pronuncia.

Esto es lo que ocurre con el carácter principal, Otelo. Pero a pesar de las poco favorables alteraciones a que ha sido sometido en comparación con el carácter en el romance original del que ha sido tomado, Otelo resulta todavía un carácter. Pero todos los otros personajes han sido prácticamente arruinados por Shakespeare.

En el drama de Shakespeare, Yago es un perfecto villano, un embustero, un ladrón y un ser avaricioso; roba a Rodrigo, sale bien parado en toda suerte de empresas imposibles y resulta por tanto una persona bastante irreal. En Shakespeare, la causa de su villanía es, primero, que le ha ofendido el que Otelo no haya querido concederle el cargo al que aspiraba; luego, porque sospecha que Otelo intriga con su mujer; y en tercer lugar, porque, como dice él mismo, siente una extraña clase de amor por Desdémona. Hay numerosos motivos, pero todos ellos vaporosos. En el romance hay uno solo, simple y claro: el amor apasionado de Yago por Desdémona, que se transforma en odio hacia ella y hacia Otelo, una vez ella muestra su preferencia por el moro y le rechaza a él definitivamente. Y todavía más artificial es la figura de Rodrigo, a quien Yago engaña

y roba prometiéndole el amor de Desdémona y a quien obliga a que lleve a efecto sus órdenes: que emborrache a Cassio, que le provoque y que luego le mate. Emilia, que articula todo lo que al autor se le va ocurriendo poner en sus labios, no tiene ni siquiera la más mínima semejanza con ningún ser humano real.

El drama primitivo está libre de esos «efectos» enteramente falsos como son la errancia de Lear por el páramo, sus conversaciones con el imbécil y todos esos imposibles disfraces, faltas de reconomiento y muertes al por mayor.

¡Pero Falstaff, el fabuloso Falstaff!, dirán los elogiadores de Shakespeare? «Es imposible afirmar de él que no sea una persona viva y que, habiendo sido obtenido de una comedia anónima, haya resultado empobrecido».

Faltaff, como todos los caracteres de Shakespeare, ha sido tomado en préstamo de una pieza teatral de autor desconocido, que trataba de un individuo real —el caballero sir John Oldcastle, amigo de un cierto duque—. Este Oldcastle fue una vez acusado de herejía y se salvó gracias a su amigo el duque, pero posteriormente fue condenado y quemado en la hoguera por sus convicciones religiosas, que eran contrarias al catolicismo. Para dar gusto al público católico un autor desconocido escribió una pieza teatral acerca de Oldcastle, ridiculizando a quien fuera mártir por su fe y mostrándolo como un hombre sin méritos, un jovial compañero del duque; y de esta pieza tomó Shakespeare no sólo el carácter de Falstaff sino también su propia actitud jocosa hacia él. En los primeros dramas de Shakespeare en los que aparece este carácter, es llamado Oldcastle; pero luego, cuando con la reina Elizabeth volvió a triunfar el protestantismo, no convenía mofarse de ese mártir de la lucha contra el catolicismo, y, además de esto, la familia Oldcastle se había quejado, así que Shakespeare cambió el nombre de Oldcastle por el de Falstaff —también un personaje histórico, señalado por haber abandonado el campo de batalla en Agincourt—.

Falstaff es realmente un personaje enteramente natural y peculiar, casi el único natural y peculiar dibujado por Shakespeare. Y es natural y peculiar porque, de todos los caracteres shakespearianos, sólo él habla de un modo que le es adecuado. Habla de un modo adecuado a él porque habla justamente el lenguaje shakespeariano, lleno de chistes sin gracia y aburridos juegos de palabras, que si son poco naturales en cualquiera de los otros caracteres de Shakespeare, está bastante en armonía con el fanfarrón, deforme y pervertido carácter del borracho Falstaff. Esta es la única razón por la cual esta figura presenta un carácter definido. Por desgracia el efecto artístico de este carácter se echa a perder por el hecho de resultar repulsivo en su glotonería, en su afición a beber, su libertinaje, su bellaquería, su mendacidad y en su cobardía, tanto que resulta difícil compartir el sentido de humor festivo que Shakespeare adopta en todo lo que se refiere a él. Este es el caso de Falstaff.

Pero en ninguna de las figuras de Shakespeare es tan sorprendentemente manifiesta, no diré ya su incapacidad sino su completa indiferencia a la hora de procurar para cada personaje un carácter adecuado, como lo es en el caso de Hamlet, ni con ningún otro de sus trabajos la ciega alabanza de Shakespeare es tan sorprendentemente manifiesta —ese hipnotismo falto de razonamiento que no admite la ocurrencia siquiera de que alguna de sus obras pueda ser algo distinto de una pieza maestra; o que el carácter principal de cualquiera de sus dramas pudiera no ser la expresión de un tipo dramático nuevo, concebido con hondura—.

Shakespeare adopta una vieja historia, en absoluto mala dentro de su género, en relación *avec quelle ruse Amlet qui despuis fut Roy de Dannemarch, vengea la mort de son père Horwendille, occis par Fengon, son frère, et autre occurrence de son histoire*, o el drama que fue escrito sobre el mismo tema quince años antes de que lo hiciera él; y desarrolla su texto dramático sobre este tema poniendo de modo inadecuado (como habitualmente lo hace) en boca del personaje principal todos esos pensamientos de cosecha propia que a él le parecen dignos de consideración. Al poner esos pensamientos en labios de su personaje principal: acerca de la vida (los sepultureros); acerca de la muerte («To be or not to be»); aquellos que ya había expresado en el soneto número sesenta y seis; acerca del teatro y

acerca de las mujeres: al hacerlo, en absoluto presta atención a las circunstancias en las cuales esos discursos han de ser pronunciados, y de ello resulta, obviamente, que la persona que articula esos variados pensamientos resulta un mero altavoz de Shakespeare, privado de carácter propio, y que sus acciones y sus palabras no se corresponden.

¡Pero Falstaff, el fabuloso Falstaff!, dirán los elogiadores de Shakespeare. «Es imposible afirmar de él que no sea una persona viva y que, habiendo sido obtenido de una comedia anónima, haya resultado empobrecido».

En la leyenda original, la personalidad de Hamlet se entiende sobradamente: le ha soliviantado la conducta de su tío y de su madre, desea vengarse de los dos pero teme que su tío le mate como mató a su padre, y por tanto finge estar loco, con la intención de esperar y observar todo lo que ocurre en la corte. Pero su tío y su madre, atemorizados por su conducta, tratan de averiguar si está fingiendo o si realmente está loco, y le envían a la muchacha que él ama. Él se mantiene en su papel de loco y posteriormente se entrevista a solas con su madre, mata a un cortesano que permanecía ocultado a la escucha y señala a su madre como culpable del pecado de ella. A continuación es enviado a Inglaterra. Intercepta unas cartas, vuelve de Inglaterra y se venga de todos sus enemigos, prendiéndoles fuego.

Todo esto es comprensible y surge del carácter y de la posición de Hamlet. Pero Shakespeare, al poner en boca de Hamlet discursos que quería hacer públicos, y obligándole a realizar algunas acciones imprescindibles para garantizar algunas escenas impactantes, destroza todo lo que en la leyenda constituía el carácter de Hamlet. En todo el drama Hamlet no llega a realizar aquello que podría haber deseado realizar, sino sólo lo que convenía a los planes del autor: primero el espíritu de su padre le llena de espanto pero luego se chancea de él, llamándole «old mole»; primero ama a Ofelia pero luego la importuna, etc. No hay modo de encontrar una explicación a las acciones y palabras de Hamlet, y por tanto es imposible atribuirle ningún carácter.

Pero como se supone que Shakespeare, el genio, no pudo escribir nada malo, los eruditos consagran todas sus energías mentales a descubrir las extraordinarias bellezas de lo que es un defecto obvio y llamativo —particularmente evidente en *Hamlet*— a saber, que el personaje principal del drama en absoluto tiene carácter. Y ved aquí a sesudos críticos proclamando que en este drama, en la persona de Hamlet, un carácter enteramente nuevo y profundo se hace presente de la manera más efectiva: consiste precisamente en esto, en que la persona no tiene carácter; y que esta falta de carácter constituye una creación genial —¡es la creación de un carácter impenetrable!—.

Y una vez esto queda decidido, los críticos eruditos escriben un volumen detrás de otro hasta que los encomios y las explicaciones de la grandeza y la importancia de describir el carácter de un hombre sin carácter llena librerías enteras. Bien es cierto que algunos críticos han expresado tímidamente la idea de que algo extraño ocurre con este personaje, y que Hamlet constituye un enigma sin resolver; pero ninguno se atreve a proclamar, como en el cuento de Hans Andersen, que el rey está desnudo; que es claro como la luz del día que Shakespeare fue incapaz, y ni siquiera lo intentó, de proporcionar a Hamlet un modo de ser definido, ¡porque no comprendía siquiera la necesidad de hacerlo! Y los sesudos críticos continúan estudiando y elogiando esta enigmática producción, que nos recuerda a una de las famosas piedras talladas que Pickwick encontró junto a la puerta del *cottage*, capaz de dividir al mundo científico en dos bandos enemistados.

Por tanto, ni el carácter de Lear, ni el de Otelo, ni el de Falstaff, y mucho menos todavía el de Hamlet confirman de ninguna manera la opinión prevaleciente que la fuerza de Shakespeare consiste en el diseño de los caracteres.

Si en las piezas teatrales de Shakespeare damos con algunas figuras que sí presentan rasgos peculiares (sobre todo en personajes secundarios como Polonio en *Hamlet*, y Portia en *El mercader de Venecia*), esas pocas figuras próximas a la vida real, de entre los quinientos o más personajes secundarios presentes en sus obras, y con la completa ausencia de carácter en los personajes principales, están lejos de poder probar

que la excelencia de los dramas de Shakespeare radica en el diseño de los caracteres.

Que una gran maestría en la presentación de los caracteres se le haya atribuido a Shakespeare procede de una peculiaridad de la que él sí es poseedor, y que cuando es ayudada por la interpretación de buenos actores podría aparecer a la mirada de observadores superficiales como la capacidad de construir escenas en las que se expresan emociones en movimiento. Como quiera que sean arbitrarias las situaciones en las que haya colocado él a sus personajes; como quiera que sea artificial el lenguaje que les hace hablar; como quiera que puedan estar faltos de singularidad, el movimiento de las emociones en sí mismo, su aumento y transformación y la combinación de muchos sentimientos contradictorios, con frecuencia quedan expresados adecuadamente y con eficacia en alguna de las escenas de Shakespeare. Y esto, cuando es representado por buenos actores puede evocar, aunque sea por un momento, simpatía por las personas representadas.

De todos los caracteres shakespearianos, sólo Falstaff habla de un modo que le es adecuado. Y habla de un modo adecuado a él porque habla justamente el lenguaje shakespeariano, lleno de chistes sin gracia y aburridos juegos de palabras, que si son poco naturales en cualquiera de los otros caracteres de Shakespeare, está bastante en armonía con el fanfarrón, deforme y pervertido carácter del borracho Falstaff.

Shakespeare, él mismo actor y hombre inteligente, sabía servirse no sólo de discursos sino también de exclamaciones, gestos y repetición de palabras, para expresar el estado mental y las transformaciones emocionales que ocurren en la persona representada. Por eso sucede que en muchos lugares los caracteres de Shakespeare, en lugar de hablar, simplemente profieren exclamaciones, o lloran, o en medio de un monólogo indican la pena en que se hallan por medio de un gesto (como cuando

Lear pregunta si tiene un botón desabrochado); o en un momento de gran excitación repiten la misma cuestión varias veces, lo que produce que una palabra que les llama la atención se repita, como ocurre con Otelo, Macduff, Cleopatra y con otros personajes.

Otros métodos igualmente inteligentes para expresar la marcha de los sentimientos —que proporcionan a los buenos actores la oportunidad de lucir sus facultades— han sido considerados por muchos críticos como modos de expresión del carácter. Pero como quiera que en una escena se exprese con eficacia el juego de los sentimientos, una única escena no puede dibujar el carácter de una persona cuando, después de unas exclamaciones o de unos gestos eficaces, esa persona empieza a hablar prolijamente no de una manera natural, peculiar de él, sino como se le antoja al autor —diciendo cosas innecesarias y no acordes con su carácter—.

V

De acuerdo, pero ¿y los profundos discursos y máximas que pronuncian los caracteres de Shakespeare?, exclamarán quienes elogian a Shakespeare: «¿Qué decir del monólogo de Lear sobre el castigo, el de Kent sobre la venganza, el de Edgar sobre su vida anterior, las reflexiones de Gloucester sobre la perversidad del destino, y en otros dramas los conocidos monólogos de Hamlet, Antonio, y otros?».

Los pensamientos y los dichos son tal vez dignos de aprecio, les contesto, tratándose de obras en prosa, o de ensayos, o de colecciones de aforismos; pero no cuando se trata de obras de arte dramáticas, cuyo propósito es educir simpatía con aquello que es representado. Por tanto los monólogos y las sentencias de Shakespeare, incluso si contuvieran numerosos y muy profundos y frescos pensamientos —lo que no es el caso—, no pueden constituir la excelencia de una obra de arte y poética. Por el contrario, esos discursos, pronunciados en condiciones harto artificiales, sólo pueden perjudicar a las obras de arte.

Una obra de arte poética, especialmente un drama, debe en primer lugar evocar en el lector o en el espectador la ilusión de que aquello que

las personas representadas están viviendo y experimentando en sus carnes está siendo vivido y experimentado por él o ella mismos. Y para lograr este objetivo, que el dramaturgo conozca con precisión qué es lo que debe obligar a hacer y a decir a sus caracteres en acción, no es más importante que sepa también con precisión qué es lo que debe obligarles a no hacer ni a decir, para no arruinar la ilusión del espectador o del lector. Pues por elocuentes o profundos que sean los discursos puestos en boca de caracteres en acción, si están de más y no casan con la situación y los caracteres, anulan la condición principal de toda obra dramática, que es la ilusión que permite al lector o al espectador experimentar las emociones de las personas representadas. Se pueden dejar muchas cosas sin decir y no arruinar por ello la ilusión del receptor: el lector o el espectador pondrá de su parte lo que falta, y a resultas de ello su ilusión saldrá en ocasiones hasta reforzada; pero decir lo que es superfluo es como menear una estatua hasta romperla y diseminar las pequeña piezas, o como quitar la lámpara de una linterna mágica. La atención del lector o del espectador se dispersa; el lector ve al autor; el espectador ve al actor; la ilusión desaparece, y recuperarla puede llegar a ser imposible en ocasiones. Por tanto, sin un cierto sentido de la proporción no puede existir ningún artista, y en particular ningún dramaturgo. Y Shakespeare está por entero privado de ese sentido.

En ninguna de las figuras de Shakespeare es tan sorprendentemente manifiesta, no diré ya su incapacidad sino su completa indiferencia a la hora de procurar para cada personaje un carácter adecuado, como lo es en el caso de Hamlet.

Los caracteres de Shakespeare dicen y hacen aquello que es no sólo impropio de ellos sino también superfluo. No voy a proporcionar ejemplos de esto, porque creo que si alguien no es capaz de percibir por sí mismo este llamativo defecto en todos los dramas de Shakespeare, no se dejará persuadir por ninguna suerte de ejemplos o pruebas. Basta con que uno lea *El rey Lear*, con su locura, sus asesinatos, la mutilación de

los ojos, el salto de Gloucester, los envenenamientos y los torrentes de abusos —por no mencionar *Pericles*, *El cuento de invierno* o *La tempestad*—, para convencerse por uno mismo de esto. Sólo un hombre que carezca del sentido de la proporción y de buen gusto puede producir los tipos de *Tito Andrónico* y *Troilo y Crésida*, y deformar tan sin piedad el antiguo drama de *El rey Lear*.

Gervinus trata de probar que Shakespeare poseía sentido estético —*Schönheitssinn*—, pero todas las pruebas que Gervinus aduce sólo prueban que él mismo, Gervinus, está enteramente privado de él. En Shakespeare todo es exagerado: las acciones son exageradas, como también lo son sus consecuencias; los discursos de los caracteres son exagerados, y por tanto a cada paso la posibilidad de crear una impresión artística se ve arruinada.

Diga lo que diga la gente, no importa cuánto puedan sentirse raptados por las obras de Shakespeare ni los méritos que le pueden atribuir a las mismas, lo cierto es que Shakespeare no fue un artista y que sus obras no son producciones artísticas. Sin sentido de la proporción nunca ha habido ni puede haber un artista, de manera similar a como sin sentido del ritmo no puede existir un creador musical. Y Shakespeare puede ser todo lo que uno quiera, menos un artista.

«Pero uno no debe olvidar la época en que Shakespeare escribió», dicen sus defensores. «Era una época de crueles y rudas maneras; una época en que estaban de moda los cultismos, es decir, una modo artificial de hablar: una época de formas de vida extrañas para nosotros, en definitiva, y por tanto para juzgar a Shakespeare uno tiene que tener ante la vista la época en que escribía. También en Homero, como en Shakespeare, hay muchas cosas que nos resultan extrañas, y sin embargo, esto no nos impide apreciar las bellezas de Homero», proponen los defensores de Shakespeare.

Pero cuando uno compara Shakespeare con Homero, como Gervino lo ha hecho, la distancia infinita que separa la auténtica poesía de su imitación se hace patente con especial viveza. Por lejos que Homero esté de nosotros, podemos trasladarnos sin el más mínimo esfuerzo a la vida que él describe. Y podemos trasladarnos de esa manera a la vida que él describe sobre todo porque, por ajenos que nos puedan resultar los eventos que

Homero describe, él cree en lo que está diciendo y habla con total seriedad de aquello de lo que se ocupa, y por tanto nunca exagera y el sentido de la medida nunca le abandona. Y en consecuencia ocurre que, sin hablar de los excelentes caracteres, tan maravillosamente precisos, reales como la vida misma, de Aquiles, Héctor, Príamo, Odiseo; y de las siempre emocionantes escenas de la despedida de Héctor, de la embajada de Príamo, del retorno a casa de Odiseo, etc., la *Iliada* al completo y aún más la *Odisea* nos resultan tan naturalmente próximas a nosotros que es como si estuviéramos viviendo en ese momento en medio de los dioses y los héroes.

Pero esto no ocurre con Shakespeare. La exageración salta a la vista desde sus primeras palabras: exageración en los acontecimientos, exageración en las emociones, exageración en la expresión. Es inmediatamente manifiesto que no cree en aquello de lo que está hablando, que no le es necesario decirlo; que los acontecimientos que describe son producto de su imaginación; que no le importan sus caracteres y que los ha diseñado solamente para el escenario, y que por tanto les obliga a hacer y a decir lo que piensa que podrá impresionar al público; y por ello nosotros no creemos ni en los acontecimientos ni en las acciones ni en los sufrimientos de sus caracteres.

Nada muestra más palmariamente la ausencia completa de sentido estético en Shakespeare como la comparación entre él y Homero. Las obras que atribuimos a Homero son obras de arte, poéticas, originales, enteramente vividas por su autor o autores. Pero las obras de Shakespeare son composiciones construidas para un propósito particular, y en absoluto tienen algo en común con el arte o con la poesía.

VI

Pero tal vez la elevación de la concepción de la vida en Shakespeare sea tal que, incluso sin llegar a satisfacer los requisitos de la estética, nos revela una visión de la vida tan novedosa e importante, que a la vista de ese valor todos sus defectos artísticos pasan inadvertidos. Esto es ciertamente lo que dicen algunos de entre los que alaban a Shakespeare.

Gervinus sostiene expresamente que además de la importancia en el ámbito de la poesía dramática —en la cual, en su opinión, Shakespeare llega a ser «lo que Homero es en el ámbito de la épica»—, Shakespeare, siendo como es el juez supremo del alma humana, resulta un maestro de la más incuestionable autoridad moral, y el líder para la vida y para el mundo más selecto.

¿En qué consiste, pues, esta indubitable autoridad del más selecto maestro para la vida y para el mundo? Gervinus consagra el capítulo final de su segundo volumen (unas cincuenta páginas) a explicar esto.

La autoridad moral de este supremo maestro de la vida, en opinión de Gervinus, consiste en esto: «La percepción moral de Shakespeare arranca del simple presupuesto de que el hombre ha nacido con facultades para la acción», y por tanto, lo primero de todo, dice Gervinus, Shakespeare considera que «es una obligación emplear nuestro poder innato de acción» (¡como si al hombre le fuera posible no actuar!).

«Die tatkräftigen Männer, Fortinbras, Bolingbroke, Alcibiades, Octavius spielen hier die gegensätzlichen Rollen gegen die verschiedenen Tatlosen; nicht ihre Charaktere verdienen ihnen allen ihr Glück und Gedeihen etwa durch eine grosse Ueberlegenheit ihre Natur, sondern totzt ihrer geringern Anlage stellt sich ihre Tatkraft an sich über die Untätigkeit der Anderen hinaus, gleichviel aus wie schöner Quelle diese Passivität, aus wie schlecther jene Tätigkeit fliesse» [18]. Esto es, Gervinus nos informa de que personas activas como Fortinbras, Bolingbroke, Alcibiades y Octavio son confrontados por Shakespeare con diferentes caracteres que no despliegan una actividad poderosa. Y, de acuerdo con Shakespeare, la felicidad y el éxito los logran las personas que tienen este carácter activo, y en absoluto como resultado de la superioridad de su naturaleza. Al contrario, es a pesar de sus inferiores talentos como su misma energía les proporciona ventaja sobre la gente inactiva, no importa si la inactividad de unos tiene su origen en unos impulsos excelentes, o si la actividad de los otros en

18 G. G. Gervinus, *Shakespeare*, Leipzig 1872, vol. II, pp. 550-51. Citado por L. T., según el original alemán.

motivos ruines. La actividad es buena, la inactividad es mala. La actividad hace bueno lo malo, dice Shakespeare, según Gervinus. «Shakespeare prefiere el principio de Alejandro al principio de Diógenes», dice Gervinus. En otras palabras, según él, Shakespeare prefiere la muerte y el homicidio perpetrados por ambición, a la autosujeción y a la sabiduría.

Bien es cierto que algunos críticos han expresado tímidamente la idea de que algo extraño ocurre con este personaje, y que Hamlet constituye un enigma sin resolver; pero ninguno se atreve a proclamar, como en el cuento de Hans Andersen, que el rey está desnudo.

Según Gervinus, Shakespeare concibe que la humanidad no debe darse a sí misma ideales, sino que lo único necesario para ella es una actividad sana y en todas las cosas el justo medio. De hecho, Shakespeare estaría tan imbuido de esta sabia moderación que, en palabras de Gervinus, se permite incluso repudiar la moralidad cristiana porque plantea exigencias excesivas a la naturaleza humana. «Hasta qué punto estaba completamente penetrado Shakespeare de este principio de sabia moderación —dice Gervinus— queda tal vez claro del mejor modo en esto, que se arriesgó incluso a oponerse a las leyes cristianas que exigen de la naturaleza humana unas cargas excesivas; pues él no aceptaba que los límites del deber se extendieran más allá de la finalidad de la naturaleza. Enseñó, pues, el sabio y humano término medio entre los preceptos cristianos y los paganos» (pág. 917) —un equilibrio razonable, natural al ser humano, a mitad de camino entre los mandamientos cristianos y los mandamientos paganos: ¡amar por un lado a los enemigos y por otro odiarlos!—.

«Que es posible excederse en la realización del bien es una de las doctrinas explícitas de Shakespeare, expresada de palabra y con ejemplos... Así, una excesiva liberalidad arruina a Timon, mientras que una generosidad moderada preserva el honor de Antonio; la auténtica ambición que hace grande a Enrique V es la que derriba a Percy, por haber aspirado él a cosas sobremanera elevadas. Una virtud desmedida conduce a Angelo a la

ruina; y cuando, en aquellos que le rodean, el castigo exagerado se revela dañino e incapaz de impedir el pecado, la piedad, el don que nos hace más semejantes a Dios, se muestra también como causa de pecado cuando es excesivo».

Shakespeare, observa Gervinus, enseña que *en el hacer el bien caben excesos*. «Enseña —dice Gervinus— que la ética, como la política, es una cuestión tan complicada en términos de relaciones, condiciones vitales e intenciones que es imposible reducirla a unos principios primeros» (pág. 918). «A juicio de Shakespeare (y en esto coincide con Bacon y con Aristóteles) no hay ninguna ley positiva de naturaleza religiosa o ética que pueda proporcionar una regla de actuación moral que sirva como un precepto siempre vinculante y válido en todos los casos».

Del modo más claro Gervinus enuncia el conjunto de la teoría moral de Shakespeare, al decir que Shakespeare no escribe para aquellas clases sociales para las que son adecuados los preceptos y leyes religiosas concretas (esa decir, para novecientos noventa y nueve individuos de cada mil), sino para aquellos hombres cultivados que han hecho suyos una sana discreción en la vida y un sentimiento instintivo que, unido a la conciencia, la razón y la voluntad son capaces de orientarles hacia los fines más elevados de la vida.

Pero incluso para estos afortunados, esta enseñanza puede ser peligrosa si se asume de manera incompleta. Ha de ser aceptada como un todo. «Hay clases —dice Gervinus— cuya moralidad es estipulada del mejor modo posible por medio de la letra escrita de la religión y de la ley; pero para éstos, los escritos de Shakespeare son en sí mismos inaccesibles; éstos son legibles y comprensibles sólo para los hombres cultivados, a los que sí se puede exigir el deber de concebir por sí mismos la medida saludable de la vida, y esa confianza en sí mismos en la que el poder inmanente y práctico de la conciencia y de la razón, unidos a la voluntad, son, cuando se aprehenden conscientemente, los fines deseables de la existencia» (pág. 919). «Pero incluso para los cultos la doctrina de Shakespeare puede también no estar exenta de peligro... La condición para que su doctrina sea enteramente inocua es que sea aceptada al completo y entera, sin expurgación ni división de ningún tipo. Es entonces cuando no sólo no

presenta peligros, sino que es también inerrable e infalible, y en consecuencia merecedora de nuestra confianza en grado mayor que ningún otro sistema de moralidad lo pueda ser» (pág. 919). [...]

Esta es la concepción de la vida de Shakespeare, en la explicación del mayor de sus estudiosos y admiradores. Otro de los últimos elogiadores de Shakespeare, Brandes, añade lo siguiente: «Por supuesto, nadie puede preservar su vida completamente limpia de injusticia, de engaño, del mal hecho a otras personas; pero la injusticia y el engaño no son siempre vicios e incluso el mal hecho a otras personas tampoco es un vicio siempre: con frecuencia es sólo una necesidad, un arma legítima, un derecho. En el fondo, Shakespeare siempre había sostenido que no existen esos que llamamos deberes incondicionales ni prohibiciones absolutas. Nunca se había cuestionado, por ejemplo, el derecho de Hamlet a asesinar al rey, y apenas su derecho de atravesar con la daga a Polonio. Sin embargo, hasta ese momento no había sido capaz de imponerse un sentimiento de indignación y disgusto cuando alrededor de él no veía más que infracciones de las leyes morales más simples. Pero en ese momento, por otro lado, los oscuros presentimientos de sus primeros años cristalizaron en su mente como un cuerpo coherente de pensamiento: ningún mandamiento es incondicional; no es en la observancia o inobservancia de una orden externa en lo que radica el mérito moral de una acción, por no decir ya de un carácter: todo depende de la sustancia volitiva sobre la cual el individuo, como un agente responsable, inyecta el imperativo moral formal en el momento de la decisión»[19].

Shakespeare, él mismo actor y hombre inteligente, sabía servirse no sólo de discursos sino también de exclamaciones, gestos y repetición de palabras, para expresar el estado mental y las transformaciones emocionales que ocurren en la persona representada.

19 Georges Brandes, *William Shakespeare*, tr. by William Archer y Miss Morison; Londres 1898, p. 921. (Nota de L. T.)

En otras palabras, Shakespeare ve claramente que la moralidad del fin es la única verdadera, la única posible; de modo que, de acuerdo con Brandes, el principio moral fundamental de Shakespeare, por el cual es ensalzado, consiste en que *el fin justifica los medios*. Actividad a cualquier precio, ausencia de cualquiera ideales morales, moderación en todo, la preservación de las formas vitales establecidas, y la máxima de que el fin justifica los medios.

Si a esto uno añade un patriotismo inglés lleno de chauvinismo, tal y como se expresa en todos sus dramas históricos: un patriotismo de acuerdo con el cual el trono inglés es cosa sagrada, los ingleses siempre engañan a los franceses, masacrándolos a millares y haciendo que se pierdan en masa; Juana de Arco es una bruja; Héctor y todos los troyanos —de quienes descienden los ingleses— son héroes, mientras que los griegos son cobardes y traidores, etc.: esta es la concepción de la vida del más sabio maestro, de acuerdo con la opinión de sus más grandes admiradores. Y cualquiera que lea con atención las obras de Shakespeare no puede sino reconocer que la atribución de esta concepción de la vida a Shakespeare por aquellos que le elogian es enteramente correcta.

El valor de toda obra poética depende de tres cualidades:

1. El contenido de la obra: cuanto más importante sea el contenido, es decir, cuanto más importante sea para la vida de los seres humanos, mayor será esa obra.

2. La belleza externa lograda por los métodos técnicos propios de cada género particular de arte. Así, en el arte dramático el método técnico deberá ser: que los caracteres tengan por sí mismos una singularidad real; que el desarrollo de los acontecimientos sea natural y al mismo tiempo emocionante; que la presentación en el escenario de la manifestación externa y la transformación de los sentimientos sea correcta; y que haya sentido de la medida en todo lo que es representado.

3. Sinceridad, es decir, que el autor sienta él mismo vivamente aquello de lo que habla. Sin este requisito no puede existir una obra de arte, siempre que la sustancia del arte consiste en que el espectador de la obra

quede inficionado por el sentimiento del autor. Si el autor no ha sentido aquello de lo que está hablando, el receptor no puede resultar inficionado por la emoción del autor, no experimentará ninguna emoción, y el producto no podrá ser clasificado como una obra de arte.

El contenido de los dramas de Shakespeare, tal como se percibe en las explicaciones de sus mayores admiradores, es la más baja y vulgar concepción de la vida, que considera la elevación externa de los grandes de la tierra como la genuina superioridad; a costa de la multitud, es decir, de las clases trabajadoras; y que repudia no sólo los esfuerzos procedentes de la religión, sino también los de cualquier humanitarismo por alterar el orden social existente.

El segundo requisito está también ausente en Shakespeare, a excepción de su manejo con las escenas en las que se expresa la transformación de los sentimientos. En sus obras hay ausencia de naturalidad en las situaciones, los caracteres carecen de una dicción propia y se echa en falta también el sentido de la proporción, sin el cual una producción no puede ser considerada artística.

La tercera y principal condición —la sinceridad— está completamente ausente en todas las obras de Shakespeare. Uno ve en todas ellas una artificialidad buscada; es manifiesto que él no compone en serio sino que está jugando con las palabras.

VII

Las obras de Shakespeare no cumplen los requisitos que se exigen en cualquier dominio artístico, y además de eso, muestran una inclinación muy baja e inmoral. ¿Cuál es, pues, el sentido de la inmensa fama que estas obras han conocido durante más de cien años?

Responder a esta cuestión parece tanto más difícil por cuanto, de haber tenido las obras de Shakespeare algún género de excelencia, el logro de la cual hubiese producido un elogio desmesurado, la generosidad con ellas sería al menos en cierta medida comprensible. Pero aquí conectan los dos extremos: obras que ni siquiera son dignas de crítica,

insignificantes, vacías e inmorales se topan con una alabanza insensata y universal, que proclama que esas obras están por encima de todo cuanto ha sido producido por el hombre.

¿Cómo explicar esto?

En muchas ocasiones a lo largo de mi vida he tenido oportunidad de discutir sobre Shakespeare con sus admiradores, no sólo con gente poco inclinada a la poesía sino también con aquellos que sienten hondamente la belleza poética, como Turguéniev, Fet y algunos otros, y en cada ocasión he encontrado una única y la misma actitud respecto a mi desacuerdo con las alabanzas a Shakespeare.

Al señalar los defectos de Shakespeare no fui contestado; simplemente me compadecieron por mi falta de capacidad de comprensión y me instaron a la necesidad de reconocer la grandeza extraordinariamente sobrenatural de este autor. No me explicaron en qué consistían las bellezas de Shakespeare, sino que simplemente eran vaporosa y exageradamente entusiastas sobre éste en general, del que seleccionaban sus pasajes preferidos: el botón desabrochado del rey Lear, los embustes de Falstaff, las manchas de Lady Macbeth que nunca se limpian, el discurso de Hamlet al espíritu de su padre, los «cuarenta mil hijos», «none does offend, none, I say none», y demás.

«Abre Shakespeare —solía decir a esos sus admiradores— por donde quieras, o simplemente al azar, y verás cómo nunca serás capaz de encontrar diez líneas consecutivas que sean comprensibles, naturales, características de la persona que las expresa y eficaces para producir una impresión artística». (Cualquier lector puede hacer por sí mismo la experiencia). Y los alabadores de Shakespeare abrieron algunas páginas de Shakespeare al azar, o bien las eligieron ellos mismos, y sin prestar ninguna atención a las razones que yo aducía por las cuales las diez líneas seleccionadas no cumplían las condiciones más elementales de la estética o del buen sentido, elogiaban exactamente las mismas cosas que a mí me parecían absurdas, ininteligibles y extrañas al arte.

Así que, en general, en respuesta a mis intentos de obtener de los devotos de Shakespeare una explicación sobre la grandeza de éste, me he encontrado precisamente con la actitud con la que ya había dado

habitualmente, y con la sigo dando aún, de parte de los defensores de cualquier dogma aceptado no sobre la base de la razón sino sobre la base de la mera credulidad. Y fue exactamente esta actitud de los encomiadores de Shakespeare —una actitud que cabe encontrar en todos los indefinidos y confusos ensayos, lo mismo que en las conversaciones sobre él— que me proporcionó la clave para comprender la causa de la fama de Shakespeare.

Cuando uno compara Shakespeare con Homero, como Gervino lo ha hecho, la distancia infinita que separa la auténtica poesía de su imitación se hace patente con especial viveza.

Sólo hay una explicación de este sorprendente fenómeno: se trata de una de esas sugestiones epidemiales a las que los hombres siempre han estado y están expuestos. Esas sugestiones irracionales siempre han existido, y todavía existen, en todas las esferas de la vida. Las cruzadas del Medioevo, que influyeron no sólo en los adultos sino también en los niños, son ejemplos llamativos de esa sugestión, considerable por su amplitud y su capacidad para engañar. Pero ha habido muchas otras sugestiones epidemiales sorprendentes por su falta de sentido, como la creencia en las brujas, o la creencia en la eficacia de la tortura para el descubrimiento de la verdad, o la búsqueda del elixir de la vida, o de la piedra filosofal, y la pasión por los tulipanes, valorados en varios miles de *guilders* cada bulbo, de que se infestó Holanda entera.

Siempre ha habido y siempre hay tales sugestiones irracionales en todas las esferas de la vida humana: religiosa, filosófica, económica, científica, artística y en la literatura, suceden habitualmente, y la gente sólo percibe la insensatez de tales sugestiones después de haberse librado de ellas. Pero en tanto están bajo su influencia esas sugestiones les parecen verdades tan incuestionables que no consideran necesario o posible razonar acerca de ellas. Con el desarrollo de la prensa escrita, estas epidemias han resultado particularmente sorprendentes.

Con el desarrollo de la prensa ha ocurrido que tan pronto como algo logra una especial notoriedad a partir de determinadas circunstancias

accidentales, los medios de la prensa notifican de inmediato dicha notoriedad. Y tan pronto como la prensa ha realzado la importancia de esa cuestión, el público le presta una atención todavía mayor. La hipnosis del público incita a la prensa a observar el fenómeno con mayor detenimiento y más particularmente. El interés del público se incrementa aún más, y los periódicos, compitiendo unos con otros, responden a lo que demanda la audiencia.

El público deviene todavía más interesado, y la prensa atribuye todavía más importancia a la cuestión; de modo que esta importancia, haciéndose cada vez mayor, como una bola de nieve echada a rodar, alcanza una valoración desnaturalizada, y esta valoración, exagerada incluso hasta lo absurdo, se mantiene a sí misma tanto tiempo como la perspectiva vital de los líderes de la prensa y del público permanece idéntica.

Ofrecen nuestros días innumerables ejemplos de ese falsa comprensión de la importancia de los acontecimientos más insignificantes, que tienen lugar por las reacciones entre sí de la prensa y el público. Un ejemplo sorprendente fue la conmoción que embargó al mundo entero a propósito del *affaire* Dreyfus. Se da lugar a la sospecha de que un capitán del Estado Mayor del Ejército francés es culpable de traición. Fuera porque este capitán era judío, fuera por determinados desacuerdos internos entre los partidos de la sociedad francesa, este caso, similar a otros tantos casos que ocurren todos los días sin llamar la atención de nadie y sin interesar a todo el mundo o ni siquiera al Ejército francés, ocupó un lugar relativamente importante en la prensa. El público le prestó atención. Los periódicos, rivalizando unos con otros, empezaron a describir, a analizar, a discutir el suceso; el público quedó todavía más interesado; la prensa respondió a la demanda del público y la bola de nieve empezó a crecer y crecer, y creció tanto a la vista de todo el mundo que no había familia en la que no se discutiera sobre el *affaire*. Por eso la viñeta de Caran d'Ache, que representaba primero una familia en paz que había decidido no discutir más el caso Dreyfus, y luego la misma familia representada como violentas furias divinas peleando unas contra otras, describía bastante exactamente la relación de todo el mundo lector con la cuestión Dreyfus. Personas de otras nacionalidades, que no podían tener ningún interés

auténtico en si un oficial francés había sido o no traidor —más aún, personas que no podían llegar a saber cómo evolucionaba el caso—, todos divididos a favor o en contra de Dreyfus, unos afirmando indisputablemente su culpa, otros negándola con la misma seguridad.

Fue sólo después de unos años cuando la gente empezó a despertar de la «sugestión» y a comprender que ellos no eran probablemente capaces de saber si Dreyfus era culpable o inocente, y que cada uno de ellos tenía mil temas más próximos y más de su interés que ese *affaire*. Tales infatuaciones ocurren en todas las esferas de la vida, pero son especialmente localizables en la esfera de la literatura, pues la prensa, como es lógico, se ocupa sobre todo de los asuntos de la prensa, y éstos son particularmente potentes en nuestros días, cuando la prensa ha alcanzado un desarrollo tan desproporcionado. Ocurre constantemente que la gente empieza de repente a prodigar unas alabanzas exageradas a obras muy insignificantes, y luego, si esas obras no se corresponden con la visión del mundo vigente, resultan de inmediato perfectamente indiferentes para la gente, que olvida las obras mismas y su anterior actitud respecto de ellas.

La actividad es buena, la inactividad es mala. La actividad hace bueno lo malo, dice Shakespeare, según Gervinus. «Shakespeare prefiere el principio de Alejandro al principio de Diógenes», dice Gervinus.

En lo que yo soy capaz de recordar, en los años cuarenta del siglo XIX tuvo lugar, en la esfera artística, la exaltación y loa de Eugène Sue y de George Sand; en la social, la de Fourier; en la filosófica, la de Comte y la de Hegel; y en la esfera científica, la de Darwin.

Sue está bastante olvidado; George Sand está siendo olvidada y sustituida por los escritos de Zola y los decadentistas —Baudelaire, Verlaine, Maeterlink y otros—. Fourier y sus falansterios han caído bastante en el olvido, y han sido reemplazados por Karl Marx. Hegel, que justificó el orden existente, y Comte, que negó la necesidad de la actividad religiosa en la humanidad, y Darwin, con su ley de la lucha por la

existencia, todavía mantienen sus posiciones, pero empiezan a ser preteridos y sustituidos por las enseñanzas de Nietzsche, quien aunque perfectamente absurdo, ininteligible, oscuro y malo por su contenido, corresponde mejor con la perspectiva vital de la hora presente. Así, ocurre en general que de vez en cuando determinadas modas artísticas, filosóficas y literarias empiezan a existir, decaen rápidamente y son dadas finalmente al olvido.

Pero también ocurre que tales modas pasajeras, habiéndose iniciado a consecuencia de unas causas especiales que favorecían accidentalmente su afianzamiento, se corresponden tan ajustadamente con la visión de la vida difundida en la sociedad y especialmente en los círculos literarios, que mantienen su posición durante mucho tiempo. Ya en Roma se señalaba cómo cada libro tiene su destino, y con frecuencia uno muy extraño: fracaso a pesar de sus altas cualidades, y un éxito abrumador e inesperado a pesar de su insignificancia. Y surgió el proverbio: *Pro caput lectoris habent sua fata libelli*, es decir, que el destino de un libro depende de la capacidad de comprensión de aquellos que lo leen. Tal fue por cierto la correspondencia entre las obras de Shakespeare y la visión de la vida de las gentes entre las cuales creció su fama. Y esa fama se ha mantenido, y se mantiene aún ahora, porque las obras de Shakespeare siguen correspondiéndo a la visión de la vida de aquellos que mantienen su fama.

Hasta finales del siglo XVIII Shakespeare no sólo no tenía ningún prestigio especial en Inglaterra, sino que se le apreciaba menos que a otros contemporáneos suyos —Ben Johson, Fletcher, Beaumont y algunos otros—. Su fama comenzó en Alemania y desde allí pasó a Inglaterra. Esto pasó por las siguientes razones.

El arte, en especial el arte dramático, que exige para su realización una prolongada preparación, gastos y trabajo, fue siempre religioso, es decir, su propósito fue evocar en el hombre una clara concepción de esa relación del hombre con Dios obtenida en cada etapa histórica por los hombres más avanzados de la sociedad en la que el arte era producido.

Así debía ser por su propia naturaleza, y así ha sido siempre en todas las naciones: entre los egipcios, entre los hindúes, entre los chinos y entre los griegos, desde los primeros tiempos de los que tenemos

noticias de la vida humana. E invariablemente ha ocurrido que con el embotamiento de las formas religiosas el arte se ha apartado más y más de su propósito inicial (merced al cual había sido reconocido como algo importante, prácticamente como un acto de adoración); y en lugar de propósitos religiosos adoptó finalidades mundanas adecuadas a la satisfacción de las exigencias de las masas, o a las exigencias de los grandes de la tierra, es decir, propósitos de pasatiempo y distracción.

Si el autor no ha sentido aquello de lo que está hablando, el receptor no puede resultar inficionado por la emoción del autor, no experimentará ninguna emoción y el producto no podrá ser clasificado como una obra de arte.

La desviación del arte de su auténtica y elevada vocación ocurrió en todas partes, y ha ocurrido también en la cristiandad.

La primera manifestación del arte cristiano radicó en la alabanza a Dios en los templos: la celebración de la misa y, en general, de la liturgia. Cuando con el paso del tiempo las formas de este arte de la alabanza divina resultó insuficiente, se produjeron los misterios, para describir los acontecimientos considerados los más importantes en la visión religiosa y cristiana de la vida. Posteriormente, cuando en los siglos XIII y XIV el centro de gravedad de la enseñanza cristiana se fue trasladando más y más desde la alabanza del Jesús-Dios a la explicación de su doctrina y del modo de cumplirla, la forma de los misterios, que describían acontecimientos externos del cristianismo, resultó insuficiente y se reclamaron nuevas formas, y como expresión de esta tendencia aparecieron las alegorías morales, representaciones dramáticas en las que los caracteres personificaban las virtudes cristianas y los vicios opuestos.

Pero por su propia naturaleza, las alegorías, como un arte de nivel inferior, no pudieron sustituir al drama religioso que le había precedido, y ninguna nueva forma de arte dramático que se corresponda con la concepción del cristianismo como enseñanza de vida ha sido todavía encontrada. Y el arte dramático, a falta de una base religiosa, empezó en

todas las naciones cristianas a desviarse más y más de su finalidad, y en lugar de un servicio divino se transformó en un servicio a las masas (y cuando hablo de las masas no me refiero simplemente a la gente sencilla, sino a la mayoría de las personas inmorales o amorales, indiferentes a los problemas superiores de la vida humana).

A esta desviación contribuyó el hecho de que justo en aquel momento los pensadores, poetas y dramaturgos griegos, con los que hasta ese momento el mundo cristiano no se había familiarizado, fueron redescubiertos y aceptados de buen grado. Y por tanto, no habiendo tenido todavía tiempo de elaborar por ellos mismos una forma clara y satisfactoria de arte dramático, adecuada a la nueva concepción acariciada por el cristianismo como una enseñanza de vida; y al mismo tiempo reconociendo como insuficientes los anteriores misterios y alegorías morales, los escritores del siglo XV y del XVI, en su búsqueda de una nueva forma dramática, empezaron a imitar los modelos griegos recién descubiertos, que eran atractivos por su elegancia y su novedad.

Y puesto que eran principalmente los grandes de la tierra —reyes, princesas, cortesanos— quienes podían beneficiarse del drama —ellos eran las personas menos religiosas, y no simplemente indiferentes a las cuestiones religiosas sino en la mayoría de los casos, gente complemente depravada—, se siguió que para satisfacer las exigencias de su público el drama de los siglos XV, XVI y XVII fue principalmente un espectáculo dirigido a reyes depravados y a las clases superiores. Así ocurrió con el drama en España, en Inglaterra, en Italia y en Francia.

Las piezas teatrales de aquel tiempo, compuestas en su mayor parte en todos esos países conforme a los modelos de la antigüedad griega, reflejaron naturalmente sus respectivos caracteres nacionales. En Italia, la mayor parte fueron comedias con escenas y caracteres divertidos. En España floreció el drama mundano, con argumentos complicados y antiguos héroes históricos. La singularidad del drama inglés corrió pareja con el tosco efecto que producen los homicidios, las ejecuciones y las batallas en el escenario, así como con los cómicos interludios populares. Ni el drama italiano ni el español ni el inglés tuvieron fama europea, y cada uno de ellos tuvo éxito sólo en su respectivo país. Reputación general, gracias a

la elegancia de su lengua y al talento de sus escritores, sólo la disfrutó el drama francés, que se caracterizó por su estricto seguimiento de los modelos griegos, y en especial el de la regla de las tres unidades.

Así continuaron las cosas hasta finales del siglo XVIII, pero al final de ese siglo lo que ocurrió fue lo siguiente. En Alemania, donde no había ni siquiera dramaturgos mediocres (hubo uno flojo y poco conocido, el escritor Hans Sachs), toda la gente cultivada, incluido Federico el Grande, se inclinaba ante el drama francés seudo clásico. Y sin embargo en aquel preciso momento apareció en Alemania un círculo de escritores y poetas cultivados y de talento que, sintiendo la falsedad y la frialdad del drama francés, buscaron una forma dramática más novedosa y libre. Los miembros de ese círculo, como los de todas las clases superiores en la cristiandad de aquel tiempo, estaban sometidos a la influencia y el encanto de los clásicos griegos y, siendo completamente indiferentes a las cuestiones religiosas, pensaron que si el drama griego, describiendo las calamidades, padecimientos y luchas de sus héroes proporcionaban el mejor modelo de drama, entonces una representación tal de sufrimientos y luchas de héroes sería también materia suficiente para el drama en el mundo cristiano, a condición de que uno rechazase las estrechas exigencias del seudo clasicismo. Estos hombres, sin comprender que los sufrimientos y el esfuerzo de los héroes tenían un sentido religioso para los griegos, imaginaron que bastaba rechazar la inadecuada regla de las tres unidades y representar acontecimientos de distinta índole en la vida de los personajes

En muchas ocasiones a lo largo de mi vida he tenido oportunidad de discutir sobre Shakespeare con sus admiradores, no sólo con gente poco inclinada a la poesía sino también con aquellos que sienten hondamente la belleza poética, como Turguéniev, Fet y algunos otros, y en cada ocasión he encontrado una única y la misma actitud respecto a mi desacuerdo con las alabanzas a Shakespeare.

históricos, junto a, en general, pasiones humanas poderosas, para obtener una base dramática suficiente, exenta de cualquier elemento religioso que correspondiera a las creencias de su propia época. Sólo que ese tipo de drama existía por entonces en los correspondientes círculos ingleses, y los alemanes, que llegaron a familiarizarse con él, decidieron que ése debería ser el drama del nuevo periodo.

El dominio en el desarrollo de las escenas que constituía la especialidad de Shakeapeare, determinó que eligieran los dramas de éste entre el resto de las piezas de teatro inglés, que en absoluto eran inferiores, sino con frecuencia superiores a las de Shakespeare.

A la cabeza de ese círculo estaba Goethe, que en aquel tiempo era el dictador de la opinión pública sobre cuestiones estéticas. Y fue él quien, en parte por un deseo de destruir la fascinación por el falso arte francés, en parte por proporcionar un horizonte más libre a sus propia escritura dramática, pero principalmente porque su visión de la vida coincidía con la de Shakespeare, le aclamó como un gran poeta. Por cuanto tal falsedad había sido proclamada con el sello de la autoridad de Goethe, todos esos críticos de estética que no entendían nada de arte se lanzaron sobre Shakespeare como buitres sobre la carroña, y empezaron a buscar en él bellezas que nunca existieron, y también a elogiarlo.

Esos hombres, los críticos de estética alemanes —en su mayoría, privados por completo de sentimiento estético, ignorantes de esa simple y directa impresión artística que para los hombres con sentimiento para el arte basta para distinguir con claridad la impresión artística de todas las demás, pero que prestaban crédito a la autoridad que había proclamado a Shakespeare como un gran poeta— empezaron a ensalzar indiscriminadamente a Shakespeare en su conjunto, eligiendo especialmente aquellos pasajes que más les impresionaban por sus efectos o que expresaban pensamientos paralelos a sus propia concepción de la vida, imaginando que tales efectos y tales pensamientos constituyen la esencia de lo que se llama arte.

Estos hombres procedían como lo harían unos ciegos que trataran de escoger diamantes al palpo, de entre un montón de piedras que

manosearan. Como los hombres ciegos, que después de una prolongada selección de muchas pequeñas piedras no podrían sino concluir que todas las piedras son preciosas y que las más suaves al tacto son las más valiosas, así los críticos de estética, desprovistos de sentimiento artístico, no podrían llegar a un resultado distinto en lo que se refiere a Shakespeare.

Para que su elogio del conjunto de Shakespeare resultara más convincente elaboraron una teoría estética, de acuerdo con la cual una determinada visión religiosa de la vida en absoluto es necesaria para la creación de obras de arte en general, o para el drama en particular; que el contenido interno de una pieza teatral lo proporciona básicamente la descripción de pasiones y caracteres humanos; que no sólo no se requiere ninguna ilustración religiosa de la materia de la que se trata, sino que el arte debe ser objetivo, es decir, debe describir acontecimientos con suficiente independencia de toda valoración sobre qué es bueno y qué es malo. Y puesto que esta teoría había sido inducida a partir de Shakespeare, no podía sino ocurrir que las obras de éste se correspondieran con esta teoría y que resultaran por tanto ellas mismas el súmmum de la perfección.

Con el desarrollo de la prensa ha ocurrido que tan pronto como algo logra una especial notoriedad a partir de determinadas circunstancias accidentales, los medios de la prensa notifican de inmediato dicha notoriedad. Y tan pronto como la prensa ha realzado la importancia de esa cuestión, el público le presta una atención todavía mayor. La hipnosis del público incita a la prensa a observar el fenómeno con mayor detenimiento y más particularmente.

Y fue esta la gente en gran parte responsable de la fama de Shakespeare. A consecuencia en gran medida de sus escritos, resultó esa interacción entre escritores y público que halló su expresión, y todavía la encuentra en nuestros días, en una alabanza insensata de Shakespeare sin base racional alguna. Estos estetas escribieron sesudos tratados

críticos sobre Shakespeare (once mil volúmenes han sido escritos sobre él, y una ciencia completa de shakespearología ha quedado formulada); el público se interesó cada vez más, y los eruditos críticos explicaron más y más, es decir, hicieron crecer el caudal de confusión y de alabanzas.

Así, pues, la primera causa de la fama de Shakespeare fue que los alemanes querían algo más libre y más vivo que oponer al drama francés del que ya estaban cansados, y que realmente era pesado y frío. La segunda causa fue que los jóvenes escritores alemanes necesitaban un modelo para sus propios dramas. La tercera y principal razón fue la actividad de los eruditos y celosos críticos estéticos de Alemania, que carecían de sentimiento estético y que formularon su teoría del arte objetivo, es decir, que repudiaron deliberadamente la esencia religiosa del drama.

«Pero —se me preguntará— ¿qué entiende usted por "esencia religiosa del drama"? ¿Acaso lo que usted exige del drama es enseñanza, catequesis religiosa: eso que se llama una tendencia u orientación, y que es incompatible con el verdadero arte?». Por «esencia religiosa del arte», respondo, no entiendo yo ninguna inculcación externa de verdades religiosas mediante formas artísticas, ni una representación alegórica de esas verdades, sino la expresión de una visión de la vida definida, que se corresponde con la más elevada comprensión religiosa de la existencia en un periodo determinado: una estructura que, sirviendo como motivo impulsor de la composición del drama, empape toda la obra incluso sin que de ello sea consciente el autor. Siempre ha ocurrido así en todo arte verdadero, y siempre es así con todo artista verdadero en general, y especialmente con los dramaturgos. De ahí que, como ocurría cuando el drama era una cosa seria, y como debe ocurrir de acuerdo con su misma naturaleza, sólo ése puede escribir un drama que tenga algo que decir a los hombres —algo altamente importante para ellos— acerca de la relación del hombre con Dios, con el universo, con todo lo que es infinito y eterno.

Pero cuando, gracias a las teorías alemanas del arte objetivo, se ha asentado la idea de que, para el drama, esto no se requiere en absoluto, entonces un escritor como Shakespeare —que en su propia alma no se había formado convicciones religiosas acordes con su época, y que ni siquiera tenía convicciones en general sino que iba apilando en sus

piezas teatrales todo tipo de eventos, horrores, disparates, discusiones y efectos— puede evidentemente ser aceptado como el mayor de los genios dramáticos.

Pero todas esas son razones externas: la principal causa interna de la fama de Shakespeare fue, y sigue siendo, que sus piezas teatrales son adecuadas *pro captu lectoris*, es decir, corresponden a la actitud irreligiosa e inmoral de las clases superiores de nuestro mundo.

VIII

Una serie de casualidades provocó que a comienzos del siglo XIX Goethe, siendo el dictador del pensamiento filosófico y de las leyes estéticas, elogiara a Shakespeare; los críticos de estética cogieron al vuelo el elogio y empezaron a escribir sus largos y evanescentes ensayos eruditos, y el gran público europeo empezó a verse encantado por Shakespeare. Los críticos, respondiendo a este interés público, se emularon unos a otros con gran esfuerzo para escribir más y más artículos sobre Shakespeare, y tanto lectores como espectadores resultaron todavía más confirmados en su entusiasmo, y la fama de Shakespare continuó creciendo más y más, como una bola de nieve, hasta que en nuestros días ha adquirido un grado de alabanzas desnaturalizadas, que obviamente no puede descansar en otra base distinta de la sugestión. [...]

La manifiesta exageración de toda estas apreciaciones es la mejor prueba de que no es el resultado de un pensamiento natural, sino de la sugestión. Cuanto más insignificante, bajo y vacío es un fenómeno, una vez deviene objeto de sugestión, tanto más sobrenatural y exagerada es la importancia que se le atribuye. El Papa no es sólo santo, sino el más santo, etc. Y por eso Shakespeare es no sólo un buen escritor, sino el mayor de los genios, el eterno maestro de la humanidad.

La sugestión es siempre un fraude, y todo fraude, un mal. Y la sugestión de que las obras de Shakespeare son las grandes obras de un genio, que ofrecen el clímax tanto de la perfección estética como ética, ha causado y causa un gran daño a los hombres.

Este daño es doble: primero, el hundimiento del drama y la sustitución de este importante instrumento de progreso por un entretenimiento vacío e inmoral; y segundo, la inmediata degradación de los hombres cuando se les presentan falsos modelos de imitación.

La vida de la humanidad se aproxima a la perfección solamente a través de la elucidación de la conciencia religiosa (el único principio que puede unir con vigor a los hombres entre sí). La elucidación de la conciencia religiosa se logra en todas las esferas de la actividad espiritual de los hombres. Una de las esferas de esta actividad es el arte. Una parte del arte, y prácticamente la más importante, es el drama.

Ofrecen nuestros días innumerables ejemplos de ese falsa comprensión de la importancia de los acontecimientos más insignificantes, que tienen lugar por las reacciones entre sí de la prensa y el público.

Y en consecuencia, el drama, para estar a la altura de la importancia que se le atribuye, debe servir a la elucidación de la conciencia religiosa. Tal ha sido el drama en todas las épocas, y tal ha sido también en la cristiandad. Pero con la aparición del protestantismo en su sentido más amplio —es decir, con la aparición de una nueva comprensión del cristianismo como enseñanza de vida— el arte dramático no encontró una forma que se correspondiese con esta nueva comprensión de la religión, y los hombres del Renacimiento perdieron el norte imitando el arte clásico. Esto era algo completamente lógico, pero la atracción debería haber cedido y el arte haber encontrado, como ahora está empezando a encontrar, una nueva forma que se corresponda con la comprensión modificada del cristianismo.

Pero el hallazgo de esta nueva forma quedó obstruido por la doctrina, asentada entre los escritores alemanes de finales del siglo XVIII y de comienzos del XIX, sobre la así llamada objetividad del arte —es decir, la independencia del arte respecto del bien y el mal—, junto con una alabanza exagerada de los dramas de Shakespeare, que en

parte se correspondía con la teoría estética de los alemanes y en parte sirvió como confirmación de la misma. De no haber existido esta exagerada alabanza de los dramas de Shakespeare, aceptados como los modelos artísticos más perfectos, la gente de los siglos XVIII y XIX, y la gente de nuestros días, habría tenido que comprender que el drama, para tener derecho a existir y ser considerado como algo serio, debe servir, como siempre lo hizo y es por necesidad del caso, a la elucidación de la conciencia religiosa. Y habiendo entendido esto, ellos habrían buscado una nueva forma de drama en correspondencia con su percepción religiosa.

Ya en Roma se señalaba cómo cada libro tiene su destino, y con frecuencia uno muy extraño: fracaso a pesar de sus altas cualidades, para unos; y un éxito abrumador e inesperado a pesar de su insignificancia, para otros. Y surgió el proverbio: *Pro caput lectoris habent sua fata libelli,* es decir, que el destino de un libro depende de la capacidad de comprensión de aquellos que lo leen.

Pero cuando quedó decidido que el drama de Shakespeare era el súmmum de la perfección, y que la gente debía por fuerza escribir como él sin ningún contenido religioso, ni siquiera moral: todos los dramaturgos, imitándole, empezaron a escribir piezas teatrales sin contenido, como los dramas de Goethe, Schiller, Hugo y, entre nosotros, los rusos, Pushkin y los dramas históricos de Ostróvski, Alexéi Tolstói, y las otras innumerables obras dramáticas, más o menos conocidas, que llenan la programación de los teatros y que son escritas por cualquiera a quien se le ocurre la idea y el afán de escribir piezas teatrales.

Sólo gracias a esta pobre, insignificante comprensión de la importancia del drama pueden aparecer entre nosotros esas series infinitas de obras dramáticas que presentan las acciones, las situaciones, los caracteres y los estados de ánimo de la gente no sólo ajenos a todo contenido espiritual, sino incluso carentes de cualquier sentido humano. Y no

se crea el lector que yo excluyo de esta estimación del drama contemporáneo las piezas que yo mismo he escrito alguna vez para el teatro. Reconozco que a ellas, exactamente igual que al resto, les falta esa sustancia religiosa que debe constituir la base del futuro drama.

De modo que el drama —la esfera más importante del arte— ha devenido en nuestros días simplemente en una diversión vacía e inmoral para unas masas vacías e inmorales. Lo peor de todo es que al arte dramático, que ha caído todo lo bajo que podía caer, la gente sigue atribuyéndole una elevada significación, impropia de él.

Dramaturgos, artistas, empresarios teatrales, la prensa —esta última, escribiendo con total seriedad sus críticas de funciones teatrales, ópera, etc.—, todos se sienten convencidos de estar realizando algo muy conveniente e importante. El drama en nuestros días es como un gran hombre caído en la más baja de las degradaciones, que sin embargo continúa todavía enorgulleciéndose de su pasado, del que ya nada le queda. Y el público de nuestros días es como aquellos que sin piedad se divirtieran a costa de este que fue una vez un gran hombre ahora degradado a los más bajos niveles.

Este es uno de los efectos dañinos de la sugestión pandémica relativa a la grandeza de Shakespeare. Otro efecto dañino de esta alabanza es el establecimiento de un modelo para imitación de los hombres falso.

Si la gente de nuestros días escribiera que Shakespeare fue, para su tiempo, un gran escritor, que versificaba bastante bien; que era un actor inteligente y un buen administrador de teatro; incluso si esta valoración fuera inexacta y algo exagerada, por ser la inexactitud moderada, los individuos de las generaciones más jóvenes podrían quedar libres de la influencia de Shakespeare. Pero no hay hombre joven de hoy que pueda quedar libre de esta perniciosa influencia, porque en lugar de ver que se le ofrecen los maestros religiosos y morales de la humanidad como modelos de perfección moral, tan pronto como empieza a vivir se las tiene que ver primero de todo con Shakespeare, de quien algunos hombres eruditos han decidido (y transmitido de generación en generación como una verdad incuestionable) que es el mayor de los poetas y el mayor de los maestros en la vida.

Cuando se trata de leer o de escuchar a Shakespeare la cuestión para un hombre joven ya no es si éste es bueno o malo, sino sólo dónde encontrar esa extraordinaria belleza estética y moral sobre la que ha sido sugestionado por hombres eruditos que respeta, pero que él ni percibe ni siente. Y adulterando su propio sentimiento estético y ético, trata de hacerse fuerza a sí mismo para llegar a estar de acuerdo con la opinión prevaleciente. Ya no confía más en sí mismo, sino que en aquello que la gente erudita, que él respeta, le ha dicho (yo he experimentado todo esto por mí mismo). Leyendo los análisis críticos de las piezas teatrales y los fragmentos de libros con comentarios explicativos, empieza a creer que siente algo similar a una impresión artística, y cuanto más se prolonga este proceso más se pervierte su sentimiento ético y estético. Finalmente deja de distinguir con independencia y claridad entre lo que es verdaderamente artístico y lo que es una imitación artificial del arte.

El arte, en especial el arte dramático, que exige para su realización una prolongada preparación, gastos y trabajo, fue siempre religioso, es decir, su propósito fue evocar en el hombre una clara concepción de esa relación del hombre con Dios obtenida en cada etapa histórica por los hombres más avanzados de la sociedad en la que el arte era producido.

Pero sobre todo, habiendo asimilado esa visión de la vida inmoral que empapa todas las obras de Shakespeare, el joven pierde la capacidad de distinguir entre el bien y el mal. Y el error de exaltar a un escritor de poca importancia, sin arte y no sólo amoral, sino manifiestamente inmoral, concluye su pernicioso efecto.

Por esto pienso que cuanto antes se emancipe la gente de esta falsa alabanza a Shakespeare, tanto mejor; primero porque la gente, cuando se haya liberado de esta falsedad, podrá comprender que un drama que no tenga un soporte religioso no solamente no es una cosa importante o buena, como suponen hoy, sino que resulta la más trivial y despreciable;

y habiendo comprendido esto, tendrán que buscar y desarrollar una nueva forma de drama moderno —un drama que será útil para la elucidación y confirmación en el hombre de los niveles superiores de conciencia religiosa—; y en segundo lugar porque la gente, cuando se haya liberado a sí misma de ese estado hipnótico, comprenderá que las insignificantes e inmorales obras de Shakespeare y las de sus imitadores, orientadas solamente al pasatiempo y la diversión de los espectadores, no pueden verosímilmente servir a la enseñanza del sentido de la vida, sino que, mientras no haya auténtico drama religioso, la orientación en la vida habrá de ser buscada en otras fuentes. ◆ LEÓN TOLSTÓI

2005 © De la traducción al castellano, Rafael Llano.

Han colaborado

MIGUEL ÁNGEL AGEA

Periodista. Cubrió para la Agencia EFE numerosos viajes de Juan Pablo II

CAROLINA CAÑIBANO

Profesora de Economía Aplicada, Universidad Rey Juan Carlos (Madrid)

ALMUDENA DE CECILIA

Abogado. Fundación Iberoamérica Europa (CIPIE)

AURELIO FERNÁNDEZ

Profesor de Teología Moral, Facultad de Teología de Burgos. Fue profesor invitado de la Facultad de Teología en la Universidad de Maguncia (Alemania)

ANTONIO FONTÁN

Editor de *Nueva Revista*

PABLO HISPÁN

Doctor en Historia. Profesor de Relaciones Internacionales, Centro Universitario Villanueva (Madrid)

JAN KIENIEWICZ

Catedrático de Historia de Polonia, Universidad de Cracovia. Diplomático

RAFAEL LLANO

Coordinador editorial de *Nueva Revista*

ENRIQUE MORALES

Jefe de sección de Economía y Política del diario *La Gaceta de los Negocios*

JOSÉ ORLANDIS

Catedrático de Historia de la Iglesia, Universidad de Zaragoza

RAFAEL RUBIO DE URQUÍA

Catedrático de Teoría Económica, Universidad Autónoma de Madrid

ANTONIO SÁNCHEZ-GIJÓN

Periodista, experto en Relaciones Internacionales. Fue jefe de sección de Internacional del diario *Madrid*

FE DE ERRATAS

Luis Arranz Notario es profesor titular en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociología de la Universidad Complutense, y no en la Universidad Nacional a Distancia (UNED), como señalamos por error en la sección de Han colaborado correspondiente al número anterior (98, marzo-abril de 2005).

Nueva Revista

DE POLÍTICA, CULTURA Y ARTE

BOLETÍN DE SUSCRIPCIÓ

6 NÚMEROS AL AÑ

UN AÑO:

ESPAÑA (*)	EUROPA	RESTO DEL MUNDO
☐ 36,06 euros	☐ 48,08 euros	☐ 72,12 euros

DOS AÑOS:

ESPAÑA(*)	EUROPA	RESTO DEL MUNI
☐ 60,10 euros	☐ 84,14 euros	☐ 132,22 euros

(*) 4% de IVA incluido. El importe de las suscripciones para extranjero podrá hacerse efectivo mediante talón bancario con un equivalente en euros convertibles.

NOMBRE _____

EMPRESA _____ C.I.F. _____

DIRECCIÓN _____

C. POSTAL _____ POBLACIÓN _____

PROVINCIA _____ PAÍS _____ TELÉFONO _____

FÓRMULAS DE PAGO

☐ CHEQUE A NOMBRE DE DIPROEDISA, S.L., adjunto al boletín.

☐ TRANSFERENCIA a nombre de DIPROEDISA, S.L. (Banco Popular, CCC Nº 0075 - 0437 - 13 - 0600282940)

☐ VISA Nº: _____ Fecha de caducidad: _____

☐ AMERICAN EXPRESS N.: _____ Fecha de caducidad: _____

☐ DOMICILIACIÓN BANCARIA: Entidad: _____

Dirección: _____

Sucursal nº: _____ Población: _____ C.P.: _____

C.C.C. _____ / _____ / ___ / _____

ENTIDAD SUCURSAL D.C. NÚMERO DE CUENTA

FIRMA

Es imprescindible la firma en caso de tarjeta de crédito y domiciliacion banc

www.nuevarevista.com

RESPUESTA COMERCIAL
AUTORIZACIÓN N.º 9871
B.O.C. n.º 35 de fecha 4-5-90

TARJETA POSTAL

A franquear en destino

DIFUSIONES Y PROMOCIONES EDITORIALES, S.L.
(DIPROEDISA, S.L.)

APARTADO ESPECIAL F.D. Nº 1145
28080 MADRID

INVIERTE EN VALORES DE LA GENERALITAT

La Generalitat Valenciana pone a tu alcance la adquisición de Valores, integrados por Pagarés y Fondos (Fondvalencia), que promueve el Instituto Valenciano de Finanzas. Desde **150 €* (Fondos) y 1.000 € (Pagarés)** dispondrás de una inversión rentable en beneficios, para ti y para el futuro de todos.

Una inversión solidaria y segura que se destina a financiar todo tipo de infraestructuras sanitarias, sociales, culturales y de mejora de toda la Comunidad Valenciana.

Invertir en Valores de la Generalitat Valenciana es un **beneficio para ti**, pero sobre todo es un **beneficio para todos.**

* Consultar con cada entidad gestora.

Para más información o suscripción por internet, acceda a la página web del Instituto Valenciano de Finanzas.

www.ivf.es

VALORS

GENERALITAT VALENCIANA
CONSELLERIA D'ECONOMIA, HISENDA I OCUPACIÓ

Su mejor lugar de compras.

- Lo último de los grandes diseñadores de moda.
- Las grandes marcas en artículos y regalos para el hogar.
- Lo mejor en gastronomía. • Lo más especializado en electrónica, informática, deportes, discos, libros, juguetes...

Todo lo que pueda imaginar para regalar, o regalarse, el mejor recuerdo de su visita a nuestro pais.

Your best shopping place.

- *The latest in the best top fashion designers.*
- *The biggest brand names in merchandise and gifts for the home.*
- *The best in food • The most specialized in electronics, computers, sports, CD's, books and toys.*

Everything you can imagine for gift giving or to indulge in, even the best memoir of your visit to our country.

El Corte Inglés

GRANDES ALMACENES • DEPARTMENT STORES